

Guillermo Carey

por Santiago Culross, D.D.

Vertido al castellano por la Srta. Sara A Hale

Prefacio

Capítulo I: Infancia y Juventud

Capítulo II: Llamamiento Misionero,

Capítulo III: Oposición y Perseverancia por las Misiones

Capítulo IV: Estableciéndose en la India

Capítulo V: Trabajo Y Primeros Frutos

Capítulo VI: Pruebas de los Primeros Conversos

Capítulo VII: Traducción de las Escrituras – Dialectos

Capítulo VIII: Dificultades y Pruebas

Capítulo IX: Lucha en Pro de la Libertad Religiosa

Capítulo X: Obra Educativa

Capítulo XI: Otras Fases de su Vida

Capítulo XII: Ancianidad y Deceso

PREFACIO

La necesidad de desarrollar el espíritu misionero en las sociedades femeniles, nos ha hecho dirigir nuestra atención a la interesante a inspiradora biografía de Guillermo Carey.

Es indudable que uno de los agentes más poderosos para descubrir al cristiano su papel en la magna obra misionera, es el estudio de la vida de los que se han consagrado en cuerpo y alma al servicio de su Maestro, decidiéndose, en beneficio de su causa, a sepultar su vida en los rincones más apartados a incultos de la tierra para sembrar allí la simiente de la verdad.

Todo cristiano debe estar relacionado con el servicio misionero. Esto no quiere decir que cada uno deba alistarse en las filas de los misioneros activos, pero si en las de aquellos que le van a servir de apoyo material y moral para que lleven a cabo la sublime obra de la predicación del evangelio a todos los pueblos "asentados en tinieblas y sombras de muerte."

El campo de acción de las sociedades femeniles es el campo misionero. En él deben poner su corazón y sus energías, y deben identificarse con todos los obreros abnegados que han abandonado su patria y sus amigos para ir, como heraldos del Rey de reyes y Señor de señores, a las tierras más inhospitalarias e ingratas.

Las necesidades de estos siervos de Dios, las encontrarán manifestadas de una manera palpable en sus biografías. Y el tacto exquisito, sutil e incomparable de nuestras mujeres, les revelará la clase de ayuda que pueden impartir eficazmente a la obra de las misiones.

Aun cuando este libro está reconocido oficialmente como uno de los textos del Curso Especial para las Sociedades Femeniles, significa un gran tesoro también para las Uniones Bautistas de Preparación, así como también para todos aquellos cristianos que quieran estar más al tanto de la historia de las misiones, y, muy especialmente, para los que deseen Investigar los secretos que han determinado el éxito de los misioneros aun en las condiciones más terriblemente contrarias en que pueda encontrarse un mensajero de la verdad.

Por el estudio de este libro, individual o colectivamente, según sea el caso, se les dará el correspondiente crédito a las interesadas. Véanse las explicaciones correspondientes al final del libro.

No obstante el hecho de que la Introducción de los cursos de estudios en los distintos departamentos de las Iglesias evangélicas de la América Latina está demandando un gran sacrificio para la Casa Bautista de Publicaciones, estamos haciendo cuanto está a nuestro alcance para fomentarlos de una manera firme y decisiva, convencidos de que se resolverán en un gran empuje para toda la obra en los países de habla castellana si se comprende su verdadero valor.

Quiera el Señor que nuestros esfuerzos merezcan la simpatía de todos los evangélicos de habla castellana. Si así fuere sentiremos compensados con creces nuestros trabajos.

-Los Editores

Capítulo I

Infancia y Juventud

Paulerspury es el nombre de una villa situada al lado meridional de la antigua vía romana conocida como el camino de Watling, a tres millas de la población de Towcester, en el condado de Northampton. La región, sin ser pintoresca, es agradable, y de vez en cuando el viajero ve lugares modestamente hermosos.

Hace cien años el Bosque de Whittlebury que está cerca, estaba abierto al público, y sus hermosos árboles, aunque eran pocos en comparación con los que habían estado allí, formaban todavía una característica notable en el panorama. Tomás Fuller, narra que en su tiempo el condado -del cual era natural- era "tan fructífero y próspero como otro cualquiera en Inglaterra, tanto que se han presentado a mis ojos en una sola vista diez y seis distintas poblaciones con sus templos, aunque confieso que mis ojos no son los mejores. Estoy seguro," añade, "que hay tan poco terreno ocioso en este condado como en otro cualquiera en Inglaterra; no hay lagos, cerros,

terrenos inútiles que en otras partes perjudican; siendo Northamptonshire una manzana sin corazón que tiene que quitarse, o cáscara que tiene que pelarse.”

La villa misma, con cerca de mil habitantes estaba en el campo abierto alto y frío, y debió de haber sido muy triste en el invierno. Consistía en dos aldeas, Paulerspury y Pury End, separadas por una depresión con un pequeño arroyo en el fondo, donde los niños se deleitaban jugando en el verano; y se extendía de una manera irregular más de una milla de un extremo al otro. La mayor parte de las casas estaban construidas de piedra de color gris, y muchas de ellas presentaban a la calle un lado en lugar de la fachada, teniéndose poco cuidado de la simetría; las ventanas del segundo piso miraban al mundo de debajo de cejas de la oscura paja del techo. Grandes árboles echaban sus sombras aquí y allá -viviendo todavía un hermoso olmo que se halla a la entrada del cementerio. La tierra era demasiado fría y árida para producir otras flores que las más comunes, y unos pocos helechos de la clase más resistente de los que crecerían en cualquier parte. Había grupos de primaveras, violetas, y otras flores comunes, y juntamente al otro lado de la calle de la escuela se daban pensamientos en grande abundancia. Los pájaros más finos ya no se hallaban en esa región, si es que alguna vez la hayan frecuentado, pero en las noches de verano aún se oían cantar los ruiseñores en el oscuro bosque de Whittlebury a distancia de una milla. Cerca del templo estaba la plaza de la villa con un pozo profundo en medio de ella que daba agua cristalina y fresca aun en los días más calurosos del verano. Allá lejos se vela el Bosque, lugar donde cualquier muchacho tendría gusto en buscar nidos de pájaros, o un botánico muy joven plantas y flores.

En esta villa, en una choza que ya desapareció, Guillermo Carey vio la luz el 17 de agosto de 1761. Era el mayor de cinco hijos, Guillermo, Ana, María, Tomás y Elisabet. Elisabet, que tenía el nombre de su madre, murió en la Infancia. El padre, Edmundo Carey -hombre de poca estatura- era tejedor, pero cuando su hijo Guillermo tenía como seis años, llegó a ser maestro de la escuela de la villa y también lector de la parroquia. La escuela y la casa del maestro estaban lado a lado con un poco de terreno en frente donde los niños jugaban a la sombra de dos frondosos plátanos. Los asientos de la escuela eran árboles pequeños, partidos a lo largo, estando el lado plano alisado y vuelto para arriba, y sostenido con patas tan primitivas como lo demás. El viejito completó su año octogésimo, teniendo “buena reputación” entre sus vecinos por “su estricta Integridad y rectitud,” por ser “amador de hombres buenos,” y “amante de leer.” Una lápida en el cementerio conserva en su Inscripción la fecha de su muerte, que fue el 15 de junio de 1816.

En aquellos días y en aquel distrito, la vida en una villa tenía pocos atractivos. Desde sus primeros años los niños tenían que trabajar casi incesantemente, teniendo poco tiempo para estudiar o jugar. Se pagaba poco por el trabajo, y con frecuencia había carestía de alimentos. Los empleos principales eran la zapatería, la sastrería, los de peinadores de lana, tejedores, leñadores, y agricultores. Las esposas e hijas ganaban algo hilando y haciendo encajes. El pago común de un trabajador en el verano era como \$1.25 a la semana con su cerveza y una copa de leche para el almuerzo; otros trabajos se pagaban en proporción con éste. La renta de una hacienda de cien acres -y había pocas más grandes--- era como treinta libras esterlinas. Las decantadas “chozas de Inglaterra,” al lado de “argentinos riachuelos” o casi ocultas en “hermosas huertas,” se ven bonitas en la poesía, pero la vida de los que vivían en ellas --como puede imaginarse- era bastante sombría: la pobreza y el arduo trabajo traían vejez antes de tiempo. Con semejantes perspectivas nació el joven Carey.

Los recuerdos de su juventud, aunque escasos, nos ayudan a figurarlo algo vivamente. Junto a la casa del maestro habla una huerta, la que el niño cultivaba casi por sí solo. Si había un lugar estéril plantaba en él un árbol o arbusto; y halló lugar, también, para una variedad de flores escogidas, seleccionadas con cuidado, las cuales cultivaba asiduamente. Era pequeño por sus años, y delgado. Su vestido y sus modales eran rústicos; pero tenía un rostro Inteligente, siendo especialmente así sus ojos y frente, y un espíritu vivo y valeroso. Tenía buena salud, y era ligero y ágil, deleitándose como los más de los muchachos, en juegos y aventuras. Si por ejemplo había un árbol más difícil para subirse que los demás, no dejaba de hacer la prueba, y a menudo tenía éxito aunque otros fracasaran. En un esfuerzo de esta clase, cuando el premio era el nido de un pájaro, caía al suelo, herido y casi aturdido, pero luego que podía salir de la casa, la primera cosa que hacía era repetir la prueba de nuevo y esta vez tenía éxito.

Juntamente con su alegre disposición tenía un gran deseo de conocimiento, grande perseverancia en estudiar, y una excelente memoria. Por ser hijo del maestro de la escuela tenía más ventajas que la mayoría de los niños; no obstante esto tuvo que vencer dificultades. Después de hacerse famoso los de la villa se acordaron de que todo lo que empezaba lo acababa, y que no sabía desespérer. En su edad madura, cuando alguien refería lo que había efectuado, respondía -revelando así inconscientemente el hombre interior- “No hay nada de notable en ello; sólo se necesitaba la perseverancia.” En otra ocasión dijo a su sobrino Eustacio: “Si después de mi partida le pareciere a alguien que valiera la pena escribir mi biografía, lo daré una regla por la que puedes juzgar si es correcta. Si me da crédito por ser perseverante, me hará justicia. Algo fuera de esto será demasiado. Puedo perseverar. Puedo persistir en cualquier trabajo definido. A esto lo debo todo.” Hay verdad en este aprecio de sí mismo. Tenía por cierto una inteligencia despejada y vigorosa, pronta, aguda, y capaz de comprender bastantes cosas; tenía muchos lados; tenía la sencillez de un niño; con mocha suavidad de índole unía una doctrine fume; pero no tenía imaginación, nada de penetración filosófica.

“Ningún don vencedor de lenguaje o figure o rostro;” ningunos espléndidos dotes nativos de ninguna clase; su característica desde su juventud hasta el fin era toque Roberto Hall denominaba “la invencible industria,” o si hay semejante cualidad, el entusiasmo de la paciencia. Lo que incluye esto, dígame Carlyle: “Beberse uno aun disgustos, y hacer fielmente el desagradable mandado, no tomando `consejo' con carne ni sangre saber que el ingenio siempre en la naturaleza quiere decir esto en primer lugar; que sin esto no significa nada, por lo regular menos que nada.”

En aquellos días los libros eran pocos, y un joven campesino no podía fácilmente ni pedirlos ni conseguirlos prestados; pero tenía “hambre” de ellos, y los que pudo encontrar los aprendió perfectamente. Le gustaban más los que trataban de viajes, aventuras, historiar, y con más especialidad las ciencias naturales. Evitaba las novelas y dramas, así como evitaba los religiosos, y hasta cierto punto por el mismo motivo. Pero “El Viador” de Bunyan le fascinó aunque no lo entendió.

Aprendía de la naturaleza así como de los libros. Su hermana Maria, algunos años más joven que él, solía acompañarle en muchas de sus excursiones, como cuando iba a coger nueces en el Bosque de Whittlebury, o a visitar algún punto favorito, y ella relata cómo nunca se paseaba sin fijarse de continuo en los setos y arbustos; y encontrando alguna cosa siempre la observaba cuidadosamente. Su pequeño cuarto en la casa siempre estaba lleno de plantas, pájaros e insectos todos vivos, los cuales él mismo había coleccionado, y cuyos hábitos observaba atentamente. Este amor a la naturaleza nunca lo abandonó, y tenía mucho que ver con la buena salud y alegría por las cuales lo llamaban muchos años después “el viejito alegre.”

Desde que tenía siete años le molestaba una dolencia que afectaba principalmente su rostro y aun mayor, siendo que los rayos del sol le fuesen desagradables y haciéndole inhábil pare hacer trabajo fuera de la case; por esto, cuando tenga algo más de catorce años de edad fue puesto como aprendiz con el Sr. Clarke Nickols, zapatero de Brackelton, a distancia de nueve o diez minas al este de su villa nativo.

Este arreglo parecía por lo pronto decidir la carrera futura del joven y en cualquier taro ordinario habría sido así. Pero aunque busca ahora no tenía propósitos pare el futuro, su red de conocimientos no se había calmado. Como una indicación de esto se relate que había entre los libros de su patrón un comentario sobre el Nuevo Testamento que tenía las páginas bien rociadas de palabras griegas. Estas palabras le tenían tan suspenso como lo habrían hecho los jeroglíficos egipcios; pero le encantaron tanto que se resolvió a aprender su significación; así es que las copió tan exactamente como podía, y en sus visitas a su case llevaba consigo la copia pare ser traducida por Tomás Jones, un tejedor en la villa, que tenía una educación clásica de la cual sacaba poco provecho. No es probable que añadiera mucho a su acopio de información de esta manera, pero la discipline, le era provechosa.

Como al fin del segundo año de su aprendizaje murió su patrón. Aunque no había obligación legal, pagó (o se pagó por él) una soma de dinero a la viuda por su libertad, y buscó empleo con el Sr. T. Old, en la misma villa, como jornalero, pero recibiendo pago más bajo por no ser aún maestro del oficio. Se dice generalmente que no era buen trabajador tanto que aunts pudo hacer dos zapatos que sirvieran como un par o que dieran gusto al marchante; pero esto no era la, propia idea de su habilidad. (“La historia pueril de acortar yo un zapato pare hacerlo más largo no merece crédito, aunque sería muy tonto si pretendiera acordarme de todos los zapatos que bite. `Me consideraron un buen trabajador.” -Carey al Dr. Ryland. No hay inconsecuencia entre esto y su réplica al oficial general que preguntó a uno de sus subordinados cuando comían con el Marqués de Hastings, si Carey no habla sido antes zapatero----“¡ No señor, no era sino remendón!”) Por supuesto este joven campesino no habría logrado empleo en un taller a la moda, pero el trabajo que hizo fue tenido por bueno en ese distrito, y él relata que su amo tenla a la vista un par de zapatos hechos por él como modelos de lo que debían ser los zapatos.

Se verificó una revolución en su villa cuando tenla como dieciocho años. Aunque había sido criado estrictamente en la Iglesia Anglicana, como convenía al hijo de un lector de parroquia, y en el debido tiempo confirmado, era extranjero al amor de Cristo. Con frecuencia había estado inquieto sobre el asunto, y habla tornado buenas resoluciones las cuales, sin embargo, se habían disipado; sabía bien la letra de la Escritura, especialmente los Salmos y los libros históricos; acudía a la Iglesia y decía “Amén” con regularidad: pero eso no fue todo. No obstante el cuidado que su padre había puesto pare guardarle del mal, hablase asociado con compañeros cuya influencia no podía ser menos que degradante; con demasiada frecuencia sus labios estaban contaminados con lenguaje profano; mentía, y corría grande riesgo de bajar a aquellas profundidades de conducta grosera común entre las clases humildes de las villas descuidadas.

En el mismo empleo habla otro joven --que justamente estaba despertándose a la percepción de las realidades invisibles--- hijo de un disidente, con quien tenla frecuentemente discusiones en el taller sobre asuntos religiosos, agregando el amo de vez en cuando una palabra. Siendo un anglicano que había leído las “Obras” de Jeremías Taylor, y el “Enfermo Visitado” de Spinker, el joven Carey siempre miraba con desprecio a los disidentes--en verdad el ser entonces un disidente era casi lo mismo que ser un paria; también tenía mil veces más orgullo que el que convenía a sus conocimientos; y así sucedió que, aunque con frecuencia vencido en el

argumento, siempre decía la última palabra. Sin embargo las reflexiones subsiguientes le convencieron de que, aun siendo triunfante, no tenía razón, y esto tuvo por resultado una Inquietud creciente, y muchos “remordimientos de conciencia,” aunque pasó mucho tiempo antes de que viera que lo que necesitaba era un nuevo corazón. No obstante se sirvió un propósito de gratis, pues llegó a sentir su estado pecaminoso, y empezó seriamente a leer las Escrituras.

En este estado mental le parecía que podía hacerse aceptable a Dios, y obtener paz por medio de las observancias religiosas; y por esto, con el espíritu de un joven fariseo, empezó a acudir a la Iglesia tres veces en el domingo, y a un culto de oración entre semana; también empezó a procurar corregir sus males costumbres, y a veces estando solo procuró orar. Es imposible trazar los distintos pesos de su experiencia, pero el resultado fue una percepción de la maravillosa gratis, de Dios, por el Redentor, y aquel cambio vital de corazón del cual procede toda la novedad de vida. La transición de las tinieblas a la luz no fue repentina, sino al contrario. Por algún tiempo, reconociendo cada vez más su iniquidad “buscaba al Señor con vergüenza y terror;” y aun después de que pensaba que estaba en la luz creía a veces que sería arrojado de nuevo en tinieblas tan negras como las del principio. Justamente cuando el evangelio empezaba a presentarse a su mente como un sistema consecuente de gratis, llegó a conocer a algunos que “habían bebido profundamente las opiniones de Law y otros místicos.” En una larga discusión con uno de estos hombres, conducida de una manera que le era del todo nueva llegó a convencerse más profundamente que nunca, de que su vida no estaba de acuerdo con el evangelio; sentía que estaba arruinado a impotente, y la ansiedad en que fue introducido así le hizo depender del todo del Salvador crucificado para recibir perdón y salvación. No obstante esto, perplejidades y temores le molestaban, y aunque escuchaba cuidadosamente a varios ministros, y platicaba con muchos cristianos de experiencia, le dejaron en un estado nada satisfactorio.

Tomás Scott, el comentador, que había sucedido a Juan Newton en su vicariato de Olney, tenía la costumbre de ir a pie de vez en cuando desde Olney a Northampton; y al hacerlo llamaba a la casa del Sr. Old al pasar. En la primera de estas visitas “un joven que parecía ser inteligente,” con su delantal de cuero, entró en el cuarto al mismo tiempo que el señor Old. El señor Scott narró la conversación de un pariente anciano de los Old, que por mucho tiempo había sido considerado “un fariseo;” y observó que el término a menudo se aplica a investigadores concienzudos aunque ignorantes. El joven zapatero prestó atención “con toda señal y síntoma de inteligencia y sentimiento;” y de vez en cuando “modestamente hacía una pregunta apropiada.” Visitando la casa dos o tres veces al año, el señor Scott se fue interesando cada vez más en el joven y juzgaba que algún día llegaría a ser hombre nada ordinario. (Un señor que vivía cerca, y que había observado que era un joven de mocha promesa, dijo a la familia “que ningún joven Baba más esperanzas de llegar a ser un gran hombre, de no haberse hecho zapatero.”)

La, hermana más joven a quien nos hemos ya referido, hablando del cambio en su hermano dice: “Antes de este tiempo, por lo que toca a la religión, estaba en enemistad con Dios, y en mochas cocas se burlaba de su pueblo. Bien me acuerdo cómo nos admiró el cambio. Era evidente en su conducta y conversación. Por algún tiempo estuvo solo en la casa de su padre. Recuerdo cómo una vez quemó un juego de naipes que había comprado; como Gedeón quería echar abajo todos los altares de Baal en una sola noche; puede ser que en ese tiempo su celo pasara los límites de la prudencia. A menudo deseaba ya que no trajera su religión a casa, aunque era una tarea más difícil manifestar su celo en casa que en ninguna otra parte, a no haber sentido él que era tan importante. Con frecuencia le he visto suspirar como si se despedazara su corazón;

sin embargo no podía hablarnos. Esto no obstante, pidió permiso de orar en familia, y bien me acuerdo de una circunstancia: Siempre citaba estas palabras: que todas nuestras justicias eran como trapo de inmundicia. Esto hirió mi orgullo y me llenó de indignación.”

En 1781 se formó una pequeña iglesia en Hackelton, siendo nueve el número de miembros. El nombre de Carey es el tercero en la lista. (Se había separado de la Iglesia Anglicana hacía tiempo sin saber muy bien por qué. El nombre décimo en la lista mencionada arriba es el de Guillermo Manning, compañero de trabajo de Carey.) Parece que no se reunía con frecuencia con ellos por ocuparse poco después en predicar en las villas. Frente a su nombre en el libro de la iglesia se halla la observación: “Se fue sin ser despedido.” Otros varios se fueron de la misma manera. Como en el tiempo cuando esta pequeña iglesia se organizó, había un considerable “despertamiento” religioso en la comarca, y más personas que de costumbre acudían a los cultos de oración. También empezaron a tener una especie de “conferencia” en que los miembros daban su parecer sobre algún pasaje de la Escritura. Carey a veces tomaba la palabra “aplaudiéndome la gente ignorante,” como él mismo narra, “perjudicándome mucho,” por tentarle así a ser orgulloso.

El 10 de junio de 1781, en la Iglesia de Paddington, se casó con Dorotea Plackett, cuñada de su amo, y muriendo el señor Old poco después, le sucedió en el negocio. (El rótulo de su taller puede verse en el Colegio de Regents Park, Londres. Fue conservado por Guillermo Manning, de cuya viuda fue obtenido en 1815, por José Ivimey). Vivió en una pequeña pero buena casa en la villa, con un agradable jardín, al que daba mucha atención. Su matrimonio fue un gran infortunio. Es verdad que su esposa era buena, pero no tenía casi nada de educación; no tenía ni nervio ni fuerzas para sufrir pruebas; no podía sentir simpatía con las aspiraciones de su marido, y desgraciadamente estaba predispuesta a la, locura. Siempre la trataba con respeto y ternura.

Estaba presente uno de los días cuando la Asociación de Iglesias Bautistas tenía sus sesiones en Olney, en junio de 1782, quedándose en ayunas por no tener ni un penique para comprar comida. El señor Guy, predicó sobre El Crecimiento en Gracia, y en la tarde a las cinco, Andrés Fuller, un joven ministro de Soham, “rústico y con cabeza redonda, que apenas empezaba a ser reconocido como hombre de inteligencia singularmente poderosa y aguda y de carácter Imponente nada común,” predicó sobre “Ser Hombres en Entendimiento.” El mismo Andrés Fuller, la mañana siguiente depositó en la mesa la, “Carta Circular Anual, Sobre la Excelencia y Utilidad de la Gracia de la Esperanza.” En esta ocasión, por la intervención del señor Chacer, un ministro Independiente de Olney, Carey encontró algunos amigos que vivían en Barton, villa que distaba como seis millas de Hackelton; y dos semanas después fue convidado formalmente a predicar a una pequeña congregación allí. Consintió en ello. “No puedo decir,” dice él “por qué lo hice; pero creo que fue por no tener suficiente confianza para rehusar hacerlo; esto me ha hecho hacer muchas cosas que quisiera haber evitado.” Continuó visitando a Barton como por tres años y medio. Como una vez al mes predicaba en su villa nativa; y de vez en cuando en otras partes.

Aunque sinceramente confiaba en el Salvador y andaba en novedad de vida, sus ideas acerca de la -verdad distaban mucho de ser claras, y siguió escudriñando las Escrituras cuidadosamente y con oración, valiéndose de la “indagación libre y pesquisa diligente para cerciorarse de la verdad,” y paulatinamente construyéndose para sí un sistema de teología bíblica. Mientras hacía estas Indagaciones, el señor Skinner de Towcester le regaló un ejemplar de “Help to Zion’s Travelers.” “(Ayuda a los Peregrinos para Sión)” de Hall y este libro le fue tan útil que “por primera vez sintió firme y estable la base de su fe.” Hubo quienes opinaban que el libro era el

mismo “veneno.” Si era en efecto veneno, dice él, “me fue tan dulce que lo bebí con ansia hasta las heces.”

Poco después de abrir su negocio se vio obligado a venderlo todo con bastante pérdida, a causa del decaimiento del comercio. Al mismo tiempo la enfermedad Invadió su hogar; una hijita, la primera de sus hijos, le fue quitada después de una corta enfermedad, y él mismo fue atacado con una fiebre que le dejó tan débil que por más de un año tenía la mayor dificultad para proveer alimento para su familia. Tal en verdad era su aprieto, que habrían llegado a sufrir de hambre a no ser por la ayuda oportuna dada por su hermano más joven, y un pequeño regalo de dinero dado por sus amigos en Paulerspury, que hizo posible que rentara una choza en la villa vecina de Paddington. La fiebre intermitente le molestó allí todavía y le hizo prematuramente calvo. (Un retrato de él con un saco negro y una peluca tiesa y empolvada estaba en la sala de Fuller. No le gustaba al Dr. Ryland. Escribiendo a alguno en India en 1809 dice: “Ojalá que tuviéramos un retrato de Carey sin aquella detestable peluca. El buen señor Wilson de Olney, es un excelente cristiano, pero nunca ha existido hombre que pudiera hacer pelucas más feas. Las que hizo para Carey, Fuller y Sutcliff; bastaban para echar a perder la fisonomía de cualquiera.” Se dice que Carey tiró la suya en la mar en su viaje a la India.

A la edad de veintiún años habiendo llegado a convencerse por la Escritura que el bautismo no debe preceder, sino seguir la fe personal en el Redentor, se presentó como candidato al señor Ryland, padre, quien le prestó un libro, y le recomendó a su hijo. El 5 de octubre de 1783, fue bautizado por Ryland hijo en el Nen, un poco más allá de la capilla del Dr. Doddridge en Northampton.

Para los concurrentes, así como para Ryland mismo -Así dijo él después--- no era sino el bautismo de un pobre zapatero jornalero, y el servicio no atrajo nada de atención especial. El texto de que predicó Ryland en la mañana de ese día era inconscientemente profético (Mat. 19:30), “Más muchos Primeros serán postreros; y postreros primeros.”

Se había suscitado un deseo entre el pueblo de Barton de organizarse como iglesia, con Carey por pastor; y consultaron al señor Sutcliff de Olney sobre el asunto, el cual les hizo una visita y tuvo una conferencia con ellos. Predicó un sermón en la ocasión; y Carey se quedó a oírlo. En una conversación privada Sutcliff le aconsejó que se uniera con “alguna iglesia respetable,” por la cual fuese “apartado para el ministerio” de una manera regular. Siguió el consejo uniéndose a la Iglesia de Olney, una organización distinguida por su celo y concordia cristianos. Ya se habla cambiado de Piddington a Moulton, y ejercía su ministerio allí así como en Barton. El Libro de la Iglesia de Olney narra que “Guillermo Carey de Moulton condado de Northampton” presentó una petición de ser recibido como miembro el 17 de junio de 1785; y agrega: “Ha tenido y todavía tiene conexión con una sociedad en Hackelton. De vez en cuando habla la palabra con aceptación en distintas partes. Tiene buena reputación moral. Desea ser enviado por alguna Iglesia de Cristo respetable y regular a la obra del ministerio. La cuestión principal que se discutía era: ¿De qué manera hemos de recibirle?, ¿por carta de la gente de Hackelton?, ¿o por profesión de fe? La resolución final fue dejada para otra sesión de la iglesia.”

El mes siguiente se presentó ante la iglesia, y habiendo dado “un informe satisfactorio acerca de la obra de Dios en su alma,” fue recibido como miembro, y fue convidado a predicar en público una vez el próximo Día del Señor. De conformidad con esto predicó en la noche. Parece que algunos de los hermanos no estaban del todo satisfechos; por esto se resolvió que se le “permitiera” seguir predicando en aquellos lugares donde por algún tiempo había sido

empleado-en Barton, Moulton y en otras partes; pero les parecía que era necesario “que volviese a predicar en ocasiones oportunas por algún tiempo ante nosotros, a fin de que se hiciesen más pruebas de sus dones ministeriales.”

El 16 de junio del siguiente año, “el caso del hermano Carey fue considerado, y siendo expresada satisfacción unánime por sus habilidades ministeriales, se dio un voto para llamarlo al ministerio en un tiempo oportuno.” Por lo tanto, el 10 de agosto, fue formalmente llamado”- término que correspondía a la “licencia” de un presbítero y fue enviado desde Olney para predicar el evangelio “en dondequiera que Dios en su providencia” determinara. Esto se hizo después de hacer él un discurso que describe él mismo como “tan insípido a inmaturo como cabía serlo cosa alguna que se llama o que se ha llamado sermón.”

Entre tanto se rompía su relación con Barton. Esto se debió en parte a la necesidad. Sus amigos estaban pobres y eran pocos en número -tan pobres que no podían “ganar lo suficiente para pagar la ropa que usaban en el servicio,” y debió haber perecido de hambre a no haber sido por su oficio. Al poco tiempo “las circunstancias” condujeron a poner fin a su conexión con Barton; después de lo cual parece que la gente de Moulton gozaba ella sola, de sus servicios. La congregación de Moulton había pertenecido originalmente a la denominación de los Bautistas Generales. Por todas partes del país estas congregaciones fueron consideradas no como iglesias distintas, sino como una sola. Sin embargo por el descuido respecto a la predicación y vida, éstas habían menguado, mientras que organizaciones más distintamente evangélicas gradualmente tomaron su lugar. Así sucedió que cuando Carey se estableció en Moulton, la Iglesia prácticamente había dejado de ser bautista general, teniendo miras de la verdad divina muy parecidas a las suyas.

Por algún tiempo se habla descuidado la disciplina; pero el domingo, el primer día de octubre de 1786, habiendo tenido los servicios durante más de doce meses, se reunieron y unánimemente firmaron un “facto,” en que declararon que aceptaban la Palabra de Dios como su única regla en materias de religión, confesaron que ninguna otra autoridad, fuera cual fuese, debía señorearse sobre la conciencia, profesaron ser personas que habían hallado misericordia por el Señor, considerándose bajo obligación de andar en obediencia a sus mandamientos divinos. El “Pacto” que es algo largo, tenía por designio promover la pureza de la, Iglesia, particularmente en lo que respecta a la vida y carácter. Un mes más tarde (el 2 de noviembre) lo convidaron a ser su pastor.

Un motivo que le hizo establecerse en Moulton fue la perspectiva de cambiar el oficio de zapatero por el de maestro de escuela. Abrió una escuela; pero pronto se hizo claro que en hacerse maestro de escuela se habla equivocado en cuanto a su vocación: no podía manejar el cetro de la, escuela con autoridad sin inspirar a los niños de la villa el amor a la ciencia. “Cuando yo era maestro de escuela,” solía decir después, “los muchachos me dirigían a mí.” Su sueldo era “como diez libras al año” de la iglesia, cinco libras de un fondo en Londres, y más tarde siete chelines y seis peniques a la semana, de su escuela-por todo menos de 36 libras esterlinas, suma del todo inadecuada para dejarle libre para atender el trabajo de su Iglesia y al mismo tiempo mantener a su familia. En consecuencia tuvo que volver a ejercer su oficio de antes, el cual le suministró una subsistencia muy mezquina. Northampton, a distancia de como cuatro millas, era entonces la metrópoli de los zapateros, y decía un dicho común que “se sabía cuándo se llegaba a una milla de la población por el ruido de los martillos de los zapateros.” Una vez cada dos semanas, el pequeño hombre, con la expresión del rostro de quien piensa en otras cosas, podía vérselo llevando su maleta llena de zapatos para entregarlos al contratista del gobierno, volviendo después con su rollo de cuero para hacer más zapatos. Por todo este tiempo, en

pobreza tal que habría agotado el espíritu de un hombre ordinario en tres meses pidiendo prestado y de vez en cuando comprando un libro--seguía estudiando. Una costumbre notable que habla tomado en sus días en Barton la continuó en Moulton --la de leer cuidadosamente de antemano en el original hebreo o griego, así como en una traducción latina, la parte de la Escritura que había escogido para el culto de la mañana en la Iglesia.

El Dr. Ryland narra un incidente que ilustra la habilidad que tenía Carey como lingüista. “Bien, señor Carey,” le dijo un día, “usted se acordará de que yo me reía de usted un día al saber que aprendía el alemán, porque creía que nunca necesitaría ese idioma; pero ahora yo soy el primero que saca provecho de ello. He recibido un paquete del Dr. Erskine de Edimburgo, que hace mucho acostumbra enviarme las publicaciones interesantes que recibe de América, o que se han publicado en Escocia; y este paquete contiene varias de esta clase; pero me admiro de que haya incluido un libro holandés. Este, según me dice, es un tomo de sermones escritos por un teólogo que vive actualmente en Holanda, al fin del cual hay una disertación sobre la vocación del evangelio, que si algún amigo mío o del señor Fuller entiende el idioma suficientemente para traducírnoslo, tendremos gusto de verlo. Pues bien (dije yo al señor Carey) si usted quiere traducirme esta disertación, se la daré toda.” Pronto Carey tradujo la disertación, y después predicó un sermón extraordinario sobre Oscar III, traducido del tomo holandés. Había adquirido sus conocimientos principalmente de un libro holandés obtenido de una viejita que vivía en aquella comarca.

La vida de la congregación de Moulton se retrata sugestivamente en el libro de su Iglesia. El señor Carey, ha sido su “ministro” por algún tiempo y en una reunión de su Iglesia el 2 de noviembre de 1776, se acordó unánimemente llamarle “al oficio de pastor, lo cual se hizo en seguida.” El 1º de febrero de 1787 “consintió en aceptar este llamamiento.” El 3 de mayo, “nuestro hermano Guillermo Carey fue recibido por una carta de despedida de la Iglesia Bautista de Olney con el carácter doble de miembro y ministro; y se acordó que fuese ordenado el miércoles lo de agosto. Se acordó que el señor Ryland, hijo, hags el interrogatorio, que el señor Sutcliff haga la carga al pastor y el señor Fuller a la Iglesia.” Se tuvo el servicio conforme al arreglo, y el joven pastor fue solemnemente instalado en el oficio por la Imposición de manos; siendo ofrecida la “oración de ordenación” por el Sr. Stanger, quien puso énfasis en la petición que “sirviese al Señor con toda humildad de ánimo.” El 2 de agosto “habiendo sido ayer ordenado nuestro anciano o pastor nuestro hermano Guillermo Carey, acordamos administrar y recibir la cena del Señor el próximo Día del Señor.” En este arreglo se vio claramente que obedecieron el mandato apostólico de no imponer de ligero las manos a ninguno.

Al tiempo de llamarle a ser pastor, “se acordó establecer un pequeño fondo para el mantenimiento de los pobres, contribuyendo dos peniques al mes cada uno.” La misma noche se suscribieron dos chelines y cuatro peniques. El pequeño fondo se aumentó hasta que tuvieron más de una libra a su disposición. Fue desembolsado en somas que varían de seas peniques a tres chelines al mes, y se llevó la cuenta de Ingresos y egresos con tanta fidelidad como si se tratara de los códigos de la Gran Bretaña.

Una hermana en la Iglesia “por mucho tiempo ha descuidado el venir a oír,” y un hermano es nombrado para “indagar los rezones de ello, y si sigue descuidando el llenar su lugar, excluirla como miembro que no anda conforme al orden.” Promete venir y dar sus rezones para no venir; y hasta entonces se deja el asunto. “Habiendo dado sus razones, que parecieron insuficientes, y sin embargo prometiendo llenar su lugar tan a menudo como fuera posible, no por pareció bien admitirla a la comunión hasta que tuviéramos razón para pensar que viene por buenos motivos.”

Seis meses más tarde “se acuerda unánimemente excluirla de nuestra comunión, no habiéndose acercado ella pare responder a las acusaciones presentadas en su contra.”

Elisabet Britain, anciana en el Hospicio, afligida con una lengua no refrenada, “es acusada de proferir palabras apasionadas a Inconvenientes,” por lo cual “es reprendida por la iglesia;” pero como “confesó y pareció sentirlo,” no se hizo más. El mismo mes del año siguiente es acusada de nuevo “de ceder con frecuencia a una pasión excesiva,” así como de “chismear y andar en cuentos;” y fue suspendida hasta que mostrara “señales de dolor que es según Dios.” Dos meses después se apunta que ha dado señales satisfactorias de arrepentimiento. Dentro de poco aparece con quejas contra otros dos miembros de la iglesia, “Juan y Ana Law, que se hablan encargado del Hospicio,” acusándolos de “crueldad a los pobres.” La Iglesia escucha la evidencia contra ellos; y luego manifiestan ellos su defensa, que contiene “una acusación contra Elisabet Britain de portarse mal.” Después de una plena Indagación se halla que las acusaciones contra Juan y Ana Law “son demasiado ciertas,” pero no obstante era difícil probarlas positivamente. Sin embargo como la iglesia “no pudo probar la Inocencia” de los acusados, y como “el evangelio fue reprochado por medio de ello,” los aconsejaron a abstenerse entre tanto de la cena del Señor. Se halla que la pobre Elisabet Britain es culpable “de conducta muy arrogante y apasionada,” y también de “chismear, por lo cual la paz de la Iglesia se altera mucho”; y es “suspendida y amonestada.” Ocho meses después los mismos casos son considerados por la Iglesia en una sesión reunida con este propósito especial. Juan y Ana Law son “exhortados a permitir que la anciana Elisabet Britain trabaje o deje de hacerlo, como ella guste, y ser pagada por su trabajo;” y se les aconseja que luego que puedan hacerlo prudentemente, renuncien el cuidado del Hospicio, quedándose suspendidos hasta que lo hayan hecho. Se vuelve a considerar el taro de Elisabet Britain, Así como el de Eduardo, Smith, que “se había echado sobre la parroquia no obstante que tenía bienes pare mantenerse,” y son “amonestados a arrepentirse de su conducta, y quedarse suspendidos hasta manifestarlo.”

Parece que la Iglesia de Mouton tiene interés en ciertos legados, juntamente con algunas otras iglesias en aquella región, estando 50 libras esterlinas en manos del Hermano Guillermo Stanger de Burton-Latimer. En la sesión de la Iglesia se hace una pregunta acerca del hermano Juan Law, el cual rehusa responder; y se refiere el asunto al “arbitraje” del Hermano Stanger; del señor Wade, Anciano en Killsby; y del señor Adams, Anciano en Napton sobre el Cerro. En tiempo señalado el señor Adams viene armado con autoridad; y se halla que el señor Wright de Deventry dejó 60 libras esterlinas; un soldado que “según se supone estaba en el ejército de Oliverio,” dejó 20 libras; y así por el estilo, agregando la soma de 150 libras, de las cuales 5 libras se había perdido. La soma que podía pagarse a Moulton era 85 libras, de las cuales, según apareció, se había perdido 10. De las 75 que restaban, se acordó dar al hermano Stanger el interés de 15 libras: siendo dividido igualmente el interés de 60 libras entre el ministro y los pobres de la iglesia. Intereses que llegaron a una libra, diecinueve chelines y ocho peniques, se habían acumulado, de toys soma “se acordó dar 20 chelines a nuestro hermano Carey, de modo que se quedan pare distribución entre los pobres 19 chelines y 8 peniques.”

La villa de Moulton era de tamaño considerable, y había otras villas que enviaron su contingente a la congregación bautista en el domingo. La “case, de reunión,” construida en 1750, era un pequeño edificio, de treinta pies por veintiuno; y en el tiempo de Carey había venido a estar “bastante arruinada,” y una pared estaba “tan averiada” que parecía ser peligroso reunirse en el lugar mucho tiempo más. Además de esto ya plugo a Dios “despertar un número considerable de personas a interesarse seriamente por la salvación de sus almas, y a inclinar a

otras mochas a venir a oír la predicación del evangelio;” de modo que ya hacía dos años que no había habido “lugar suficiente pare que cupieran en él,” y otras muchas habrían asistido si hubiera habido lugar pare ellas. Esto presentó la imprescindible necesidad de hacer algo, “a memos que renunciáramos al evangelio, o corriéramos el riesgo de ser sepultados en las ruinas de maestro edificio.” Resolvieron por lo tanto ampliar la case haciéndola de treinta pies cuadrados, poniéndole un techo nuevo, y reconstruyendo “la mayor parte de las paredes;” y esto esperaban ellos que les costaría cien libras. Pretendiendo recoger una colecta entre ellos mismos, pudieron levantar solamente dos libras y unos cuantos chelines. En vista de esto solicitaron la ayuda de “todos aquellos que estuvieran generosamente dispuestos a apoyar la publicación del bendito evangelio, con el propósito de honrar al gran Redentor y la salvación de los pecadores perdidos;” y como el señor Carey no podía dejar la escuela para solicitar contribuciones, suplicaban que. “si Dios inspire en el corazón de cualesquiera de nuestros amigos cristianos que viven lejos, el deseo de ayudarnos en nuestra penuria y necesidad,” remitieran el dinero “a cargo del Rdo. señor Ryland, en la calla Gyles, Northampton.”

Tal era el Nazareth del cual iba a nacer la empresa misionera moderna. “La cosa más pequeña,” dice Juan Foster, “se eleva a la, categoría de consecuencia cuando se le considera como el principio de lo que ha progresado, o va a progresar, hasta la magnificencia. La primera colonia rústica de Rómulo hubiera sido una circunstancia insignificante, y se hubiera hundido justamente en el olvido, si Roma no hubiera a la larga mandado al mundo.” El reclamo de Moulton al recuerdo, es su asociación con la gran idea misionera de los tiempos modernos.

II

Llamamiento Misionero

Aunque apremiado duramente por la pobreza, Carey encontró ventajosa en muchos aspectos su residencia en Moulton. Además de esto su esfera de utilidad fue ampliada, y podía dedicarse a un estudio más completo y sistemático. Aprendió a distribuir su tiempo con una severa sabiduría que le dio el pleno use de él; tenía un acceso más pleno y amplio a los libros; y fue puesto en contacto con un círculo de ministros de gran valor personal, siendo notables entre ellos el Dr. Ryland, el señor Sutcliff, el venerable y simpático señor Hall de Arnsby, no inferior en genio nativo a su ilustre hijo, y principalmente Andrés Fuller, quien era en ese tiempo pastor de la iglesia en Kettering. Su intimidad con Fuller data de una reunión de ministros en Northampton. Fue llamado inesperadamente a predicar en la ocasión, y cuando dejó el púlpito, Fuller estrechó su mano y le manifestó su deseo de que se relacionaran más. La amistad así principiada maduró en una amistad que vino a ser más y más estrecha y confiada cada día, hasta la muerte de Fuller, más de un cuarto de siglo después.

Fue en Moulton donde el gran pensamiento de Carey tomó una forma definida en su mente. Había estado leyendo "Viaje Alrededor del Mundo" de Cooke -un libro tan

fascinador en ese tiempo como Robinson Crusoe- y, cuando enseñaba su clase de geografía en la escuela, con la ayuda de una esfera de cuero construida por él mismo, le vino dolorosamente la idea de cuán pequeña era la porción de la raza humana que poseía algún conocimiento de Jesucristo y de su salvación. ¿Cómo podía responderse de este estado de cosas que existía? ¿Era por decreto soberano, lo que hacía impío preguntar? ¿Era la voluntad Divina que las naciones se asentaran en tinieblas hasta que llegara "cierto tiempo"? ¿O no había culpa en alguna parte? Y si así era, ¿no debía haber arrepentimiento y hacerse obras para el arrepentimiento? Resolvió investigar detenidamente el asunto, dejarse guiar en lo sucesivo, no por sus sentimientos, sino por la investigada voluntad del Señor. Paciente y devotamente prosiguió sus pesquisas. Vio, con Fuller, "la gracia del Evangelio", y vio su adaptabilidad a los hombres universalmente. Y la responsabilidad de llevarlo a todo el mundo, le pareció colocar una obligación imperativa de alguna especie, no meramente en las iglesias cristianas en general, sino sobre él mismo en lo particular.

Con el mapa del mundo extendido y consultando libros que describían los varios países, averiguó tan exactamente como le fue posible la extensión de aquellos países, su población, su gobierno, y sus condiciones sociales y religiosas. (Fuller relata que al entrar a su taller, encontró en la pared un gran mapa que consistía en varias hojas de papel pegadas unas con otras, en el cual estaban representados todos los países del mundo conocido, con anotaciones de todo lo que había encontrado en su lectura, relativas a su condición: un comentario singular sobre el aforismo, *Ne sutor ultra crepidam*. El ultra en este caso era el límite más distante de la tierra; y el gran pensamiento que inspiró al zapatero-predicador tuvo su efecto natural, y dignificó y amplió su ser). El resultado al cual llegó, fue algo como esto: que la población del mundo no era menor de setecientos treinta millones, de los cuales como siete millones eran judíos, siete millones griegos y armenios cristianos de nombre, cuarenta y cuatro millones nominalmente protestantes, cien millones de católicos romanos, y ciento treinta millones de mahometanos, mientras que el resto, que ascendía a más de cuatrocientos millones, estaba en la noche más negra del paganismo.

El resultado lo espantaba, pero no era esto todo. Los vicios de la civilización europea habían sido propagados a todas las playas; la faz del llamado "cristianismo" presentaba un horroroso espectáculo de ignorancia, hipocresía y libertinaje; había en todas partes la opresión de los débiles por los fuertes; los errores perniciosos abundaban; el evangelio mismo era atacado, y todos los métodos que podía inventar el enemigo eran empleados "para minar el reino de nuestro Señor Jesucristo;" mientras que las iglesias, generalmente, estaban en un estado de complaciente y profunda apatía -apatía casi sublime cuando se tomaban en consideración los enemigos del mundo.

La condición de Inglaterra misma -a la cual se le llamaba algunas veces "un jardín del Señor"- era terrible; y esto no obstante todo lo que habían hecho Whitefield, Wesley y sus coadjutores. En "la iglesia" hombres como Herberto, "pastor rural" se hubieran encontrado si se les hubiera buscado, pero eran raras excepciones; mientras que en la membresía de era iglesia, lo mismo que entre los disidentes de todos los nombres, errores y relajación de conducta, prevalecían extensamente. Las "clases bajas" estaban hundidas en la ignorancia; entre las "clases altas" el juego, los duelos, la borrachera y la lujuria, raras veces se consideraban como vicios; la infidelidad era excesiva; en grandes distritos el evangelio era desconocido, teniendo por

substituto una moralidad sin corazón, que era moralidad solamente de nombre, o una árida ortodoxia que se refería al cristianismo sin conocer a Cristo; y podía uno andar por condados enteros sin oír mucho más de la verdad que podía juntarse de las páginas de Cicerón, y algunas veces aun menos -excepto que pudiera estar en algún despreciable conventículo. Demasiado cierto -come Carlyle lo ha llamado- era "el impío siglo dieciocho."

Meditando dolorosamente llegó Carey a la conclusión de que el evangelio debía enviarse a los paganos. Aun por la salvación de Inglaterra esto debía hacerse -come Italia fue salvada del terrible Aníbal llevando la guerra al África. De modo que casi no podía hablar o predicar, y nunca podía orar sin referirse al asunto.

No debe suponerse que el espíritu misionero fuera desconocido antes de su tiempo. Al contrario, la historia del evangelio ha sido una historia de agresión desde el principio: grandes nombres y grandeza, aunque frecuentemente equivocados movimientos, ocurrirán desde luego a la memoria de todo lector de la historia de la iglesia; y a veces el espíritu misionero ha brillado con una intensidad que en estos tiempos modernos difícilmente podemos entender.

Sin ir muy lejos la admirable devoción de Francisco Javier en el oriente, aunque asociado con tantos elementos de error y superstición, fue cuando menos un homenaje a la voluntad del Salvador. Nacido en 1506 a la sombra de los Pirineos, Javier era de una familia grande de España, dotado de ingenio y de espléndidos cumplimientos, y joven aun cuando su amistad fue solicitada por Ignacio de Loyola, el fundador de la "Sociedad de Jesús;" y sin dilación cayó bajo el intento de aquel espíritu extraordinario. Arrodillados delante del altar de la Iglesia de San Dionisio, Loyola, Javier, Laynez, Bobadilla, Rodríguez, Salmerón y Faber juraron sobre el pan consagrado renunciar todos los goces y posesiones terrenales, y consagrar sus vidas a la conversión de los incrédulos. Unos pocos años después, a la edad de treinta y cinco Javier miró por última vez los montes purpúreos de España, y se fue a la India para ganar aquellas tierras orientales como botín para Cristo. Aunque toda comodidad le fue ofrecida en el viaje, rehusó quebrantar su voto de pobreza, y seguía usando el vestido escuálido de los más pobres, comiendo lo que rehusaban los navegantes comunes, y descansando su cabeza sobre un rollo de sogas que no era más blando que la cabecera de Jacob. Desembarcó en Goa un hombre enjuto y haraposo, con el corazón lleno de un entusiasmo y valor sublimes, y pasó la primera noche sobre el suelo de la India en oración solitaria. Su manera de evangelizar -triste es decirlo- no era la de los apóstoles y hombres apostólicos; pero prosiguiendo en ello sufrió privaciones que en pocos meses habrían llevado al sepulcro a cualquier hombre ordinario. Sus errores eran los de Roma: sus ambiciones eran sublimes y su devoción era heroica. No hay palabras más nobles que su respuesta a los que le amonestaron de los peligros del Archipiélago Oriental cuando estaba para ir allí: --- "Si esas islas tuvieran maderas aromáticas y minas de oro, los cristianos tendrían el valor para ir allí, y todos los peligros del mundo no lo impedirían. Están acobardados y alarmados porque allí no hay otra cosa que ganarse más que las almas de los hombres. ¿Y el amor ha de ser menos valeroso que la avaricia? Me matarán, vosotros me decís, envenenándome. Es un honor a que un pecador tal como yo no puede aspirar: pero me atrevo a decir que, sea cual fuere la forma de tortura o muerte que me espere, estoy listo para sufrirla diez mil veces por la salvación de una sola alma." Después de una carrera breve durante la cual visitó muchas riberas desde la India al Japón, desembarcó en la isla de Sancian, camino para la Gran China; y allí en un miserable cobertizo a la orilla del mar, sin protección del ardiente sol de día ni de los fríos de

la noche, se vio atacado de una enfermedad mortal, hasta que el 2 de diciembre de 1552, con la palabra "Amplius" en sus labios moribundos, acabó una vida de sacrificio y de dedicación religiosos.

En otra y muy distinta parte había sido manifestado poderosamente el espíritu de empresas misioneras. Entre los confesores y reformadores antes de la Reforma se encontraba Juan Huss de Praga, condenado a las llamas por herejía. De sus cenizas, por decirlo así, se levantó la Iglesia de los "Hermanos Unidos." Su hogar original era Moravia en el reino de Bohemia. Un decreto sanguinario se promulgó contra ellos en el año 1468, ordenando que se leyera en todos los pulpitos del país. Pronto las cárceles estuvieron llenas de ellos; muchos perecieron en calabozos; otros fueron sujetos a torturas; los demás se escondieron en los bosques. La reforma no les trajo la libertad; y hacia el fin del siglo décimo séptimo parecía que habían sido exterminados; sólo podían reunirse en secreto y en tinieblas. Medio siglo después, unas pocas familias, escapándose de Moravia, se refugiaron en los terrenos de Nicolás Lewis, el Conde Zinzendorf, en Lusatia, a donde otros acudieron después. Aunque no eran más de seiscientos, tan imbuidos estaban del espíritu misionero que salieron de entre ellos mensajeros de la cruz a Laplandia, Groenlandia, Nome América, las Indias Occidentales y a distintas partes de África y Ceilán. Estando acostumbrados a la pobreza y privaciones se llevaron poco más que la ropa que traía puesta. A donde quiera que llegaron con el mensaje del amor divino, aunque a veces tuvieron que esperar hasta que se puso a prueba su paciencia, los salvajes más rudos creyeron y entraron en comunión con Cristo.

Una influencia poderosa se había hecho sentir en muchas lentes por la carrera tan breve como brillante de David Brainerd. Manso, frágil, sensitivo, heroico, inspirado de un amor intenso pare con su Redentor, se había dedicado a predicar el evangelio a los indios americanos (como lo había hecho Elliot); y al fin de cuatro años, en cuyo tiempo había recogido a muchos de los pobres salvajes en el reino del amor eterno, murió en octubre del año 1747, a la edad de veintinueve años, en la casa de Jonatán Edwards, quien después escribió su vida. La interpretación de toda su carrera se encuentra en este deseo suyo: "¡Ojalá que fuera yo un fuego ardiente en el servicio de mi Dios!" No es demasiado decir que por un siglo su ejemplo tuvo una influencia maravillosa al encender en los corazones cristianos el deseo de hacer conocer a Cristo en las regiones paganas. Hay evidencia de que influyó en Carey.

No puede dudarse que Dios estaba preparando a su pueblo de una manera paulatina pare que extendiera más ampliamente el evangelio de lo que se había extendido desde los tiempos primitivos; y concebiríamos mal el caso si creyéramos que el corazón de Carey era el único en Inglaterra que abrigaba deseos misioneros. Aun en 1782, cuatro años antes de que Carey se cambiara pare Moulton, Samuel Pearce de Birmingham sintió que sus deseos "estaban fijos especialmente sobre los pobres paganos." Aun en la primera semana que conoció el amor de Dios, "Clamé muchas veces y muy fervientemente al cielo por ellos," dice; "y al mismo tiempo sentí un deseo ardiente de ser empleado en promover su salvación. Poco después los primeros colonos se dieron a la vela pare la Bahía de Botany. Tenía yo ansia de ir con ellos, aunque fuese en compañía de los reos convictos, pare dar a conocer en Nueva Zelandia las bendiciones de la grande salvación."

En el año 1784 la Asociación de Iglesias Bautistas de Northamptonshire exhortó a los que estaban en conexión con ella a que tuvieran reuniones de oración "pare lamentar el triste estado

de la religión, a implorar fervientemente un avivamiento de sus Iglesias y de la causa en general del Redentor, y para rogar a Dios que derramara su Espíritu Santo," dedicando a este propósito una hora del primer lunes de cada mes. Suplicaron a los hermanos que no limitaran sus peticiones a su propia denominación, excitándolos a que "se acordasen afectuosamente de todos los intereses del Redentor, y que la extensión del evangelio a las partes más distantes del globo habitado fuera el objeto de sus ruegos más fervientes. Esta recomendación no era indicio de un impulso meramente sentimental o romántico, sino que era una señal de que la mente cristiana estaba despertándose a una percepción nueva del privilegio y responsabilidad de extender el evangelio.

(Una petición de Guillermo Castell, ministro de Courtenhall, que fue presentada al Alto Tribunal del Parlamento, e impresa en 1841 manifiesta "la grande y general negligencia de este Reino en no propagar el glorioso Evangelio en América, una parte principal del mundo, y la necesidad evidente y el beneficio de la empresa juntamente con la facilidad de hacerlo;" y sostiene "que nosotros, más que ninguna otra nación del mundo, estamos bajo la obligación de hacer este trabajo, y más comprometidos a hacerlo en debida gratitud a Dios." Su petición al Parlamento "es aprobada por 70 hábiles teólogos Ingleses; también por el Maestro Alejandro Henderson y algunos otros dignos ministros de Escocia." Courtenhall en Northamptonshire está situada sólo a unas pocas millas del distrito en que vivía Carey).

Hasta dónde Carey fue movido por las influencias exteriores y hasta qué punto fue Impulsado directamente por la Biblia, no puede determinarse ahora; pero tan luego como la voluntad del Salvador se le manifestó claramente, sintió que fue puesta sobre sus hombros la carga de hacer lo que pudiera para la salvación de los paganos, y procuró con toda instancia comunicar sus convicciones a sus hermanos en el ministerio. Resultó ser una tarea nada fácil. En lugar de simpatía encontró casi siempre la indiferencia y una disposición de imponerle silencio. No era esto del todo sorprendente. Cuando el anciano Hugo Latimer en el patíbulo, vestido de su bata y gorra de dormir, dijo a Ridley, su compañero en sufrimientos: "Muéstrate hombre, Maestro Ridley, este día hemos de encender en Inglaterra, por la gracia de Dios, una antorcha tal que, según confío yo, nunca se apagará;" fue probablemente (así afirma Froude) "el hombre más grande que vivía entonces en el mundo; Carey, encendiendo su vela, no era nadie. Cuando la idea misionera se apoderó de él apenas había cumplido los veinticinco años; era extremadamente desconocido; no tenía arrojo, elocuencia ni pasión; nunca había estado bajo el techo ni aun del más humilde colegio; era simplemente el pastor pobre de una iglesia de villa, en que no había ni una sola persona de notabilidad o influencia; su sueldo era sólo de treinta y seis libras esterlinas al año, y más que la mitad de esa suma pequeña era ganada con trabajo arduo.

Además de esto, toda especie de objeciones se hicieron al proyecto: "No ha llegado el tiempo;" "es entrometerse en la soberanía divina;" "no hay medios para llevarlo a cabo;" "hay bastante que hacer en su propio país; evangelizad a Inglaterra antes de que emprendáis semejante cruzada;" "¿Han creído algunos de los príncipes o de los fariseos?"

Empero en la mente de Carey no cabía la duda: el principio por el que abogaba se había hecho tan claro para él como otra cosa cualquiera en la Biblia, y el deber tan imperativo como el de pagar las deudas legítimas. Cuando en 1788 Fuller publicó su "Evangelio Digno de toda Aceptación," Carey le dijo: "Si es el deber de todos los hombres a quienes llegue el evangelio creer para su salvación, luego es el deber de aquellos a quienes el evangelio ha sido confiado esforzarse

para darlo a conocer entre todas las naciones para la obediencia de la fe." Le parecía que la una cosa era el corolario de la otra.

Para su fe los obstáculos en el camino de la empresa desaparecieron. Si se mentaba la distancia, señalaba la brújula, a las naves que habían salido a viajes de descubrimiento, y sobre todo, las promesas de la palabra divina: "Ciertamente a mi esperarán las islas, y las naves de Tarsis desde el principio." Los aventureros de la Gran Bretaña penetraban en toda región del mundo; ¿por qué no había de hacer lo mismo el evangelio?"

Si se refería al carácter bárbaro de los paganos como una dificultad, respondía, que esto no estorbaría a nadie sino a aquel a quien el amor a la comodidad predisponía a sufrir trabajos por amor de Cristo. Los cristianos primitivos no fueron acobardados por estas cosas, ni en tiempos recientes lo habían sido hombres como Elliott y Brainerd; y los que no buscaban más que el lucro mundano correrían muchos riesgos para ganar unas pocas pieles de nutria o colmillos de elefante. En verdad el barbarismo de los paganos, tan lejos de ser una disuasión, era un motivo poderoso para acometer la empresa. ¿Es posible para nosotros oír que están sin el evangelio, sin gobierno, sin leyes, sin las artes y ciencias y no esforzarnos para introducir entre ellos los sentimientos de hombres y de cristianos? Y si al hacer esto había peligro, aunque así fuere; ¿por qué no hablan los cristianos de exponerse a la muerte por el mandato de Cristo?

En cuanto a la dificultad para proveer los medios de subsistencia, no era tan grande, pensaba él, como parecía a primera vista. "El ministro cristiano obtendría al menos la misma clase de alimento con que subsistían los indígenas, y esto no sería más que conformarse con lo que había virtualmente prometido hacer cuando entró al oficio ministerial." "Basta la comisión para que uno se aventure a todo, yendo, como los cristianos primitivos, a todas partes predicando el evangelio." El gran principio era "que un misionero debe ser un compañero al igual del pueblo a quien es enviado."

Con respecto a los misioneros mismos "deben ser hombres de grande piedad, prudencia, valor y paciencia, de ortodoxia indubitable en sus sentimientos, y deben entrar con todo el corazón en el espíritu de su misión; deben estar dispuestos a dejar todas las comodidades de la vida, y a sufrir todas las penas de un clima tórrido o frígido, a soportar vida incómoda, y toda otra inconveniencia que pueda acompañar a esta empresa." Deben cultivar la amistad con los Indígenas y convencerlos que sólo buscan su bien; y deben especialmente guardarse de resistir injurias. "Deben aprovechar toda oportunidad de hacerles bien, y trabajando y afanándose de día y de noche, deben Instruir, exhortar y reprender, con toda mansedumbre e interés; y, sobre todo, deben ser persistentes en la oración para la efusión del Espíritu Santo sobre el pueblo que está a su cuidado. Dejad que los misioneros así descritos se dediquen al trabajo y veremos que no es impracticable." Es obvio que hombres semejantes no podrán alquilarse con dinero, ni producirse en los colegios, sino que deben ser el "don de Dios."

Para algunos de sus hermanos en el ministerio las opiniones de Carey parecían extremadamente visionarias, si es que no en conflicto directo con la doctrina de la soberanía de Dios. Se relata -probablemente con algo de exageración- que en una reunión de misioneros habiendo el señor Ryland, padre, convidado a los hombres más jóvenes que él a que propusieran un asunto para discutirse en su próxima reunión, Carey se levantó y sugirió, "El deber de los cristianos de

procurar el extendimiento del evangelio entre las naciones paganas." El buen hombre, admirado y escandalizado le mandó que se sentara diciéndole: "Cuando plazca a Dios convertir a los paganos lo hará sin vuestra ayuda o la mía." Hasta Fuller detuvo el aliento por la intrepidez, si no por la audacia, de la proposición confesando que sus sentimientos eran parecidos a los del noble pagano que dijo: "Si Jehová abriera las ventanas del cielo, ¿sería esto así?" En efecto, aunque rogaban a Dios ardientemente por la conversión de los paganos el procurarla les parecía como extender profanamente la mano para sostener el arca de Dios.

En 1789 se cambió a Leicester a la pequeña iglesia de Harvey Lane. Sus circunstancias temporales eran por este tiempo algo mejores; no obstante, le era necesario todavía aumentar su sueldo por sus propios esfuerzos. Uno que se acordaba de su venida a Leicester dice que vivía en una casa muy pequeña al otro lado de la calle de la casa de culto. "Le he visto trabajando" dice "con su delantal de cuero, sus libros a su lado y sus hermosas flores en las ventanas." Al poco tiempo abrió una escuela, la cual tuvo mejores resultados que la de Moulton. Su afición a la literatura le recomendó a la atención del Dr. Arnold el cual le permitió usar su extensa biblioteca, que era especialmente rica en libros de ciencia; y su gusto por la botánica le ganó la amistad del señor Roberto Brewin.

Cómo fue empleado su tiempo lo sabemos por una carta a su padre. El lunes lo dedicaba al estudio de los Idiomas; el martes a la ciencia y la historia; el miércoles hacía discursos; el jueves hacía visitas, pasaba el viernes y sábado preparándose para los deberes del domingo; en ese día predicaba en la mañana y en la tarde en su Iglesia, y por la noche lo hacía en una villa cercana. Su escuela empezaba a las nueve de la mañana, y continuaba hasta las cuatro de la tarde en Invierno y hasta las cinco en el verano. Agregando todas sus otras ocupaciones se verá que estaba plenamente ocupado su tiempo. Pero él decía: "No me pertenezco a mí mismo, ni debo yo escoger. Que me emplee Dios donde le plazca y me dé paciencia y discreción para desempeñar mis deberes para su honra y gloria."

Al comenzar su trabajo en Leicester encontró que (empleando la expresión del Dr. Ryland) "el diablo antinomiano se había metido" entre los miembros de la Iglesia y estaba destruyendo su carácter. Su predicación tenía por objeto echar fuera este demonio por medio de una exposición de las doctrinas de la gracia tal como se presentan en las Escrituras. Encontró, sin embargo, que no podía arrojarlo por semejantes medios. Por lo tanto, procedió, con el consentimiento de los mejores entre ellos, a disolver la Iglesia y a organizar una sociedad nueva Incluyendo solamente a aquellos que profesaban sujeción a la ley de Cristo en el Nuevo Testamento como obligatoria a todos los creyentes. Aunque la Iglesia así disminuyó en cuanto al número de sus miembros, su poder espiritual aumentó, y pronto se manifestó un todo de piedad y santo ardor. Sabemos por el testimonio de Fuller que el celo a Incansable actividad cristiana de Carey no sólo le salvaron de la detracción, sino que le granjearon el amor de un círculo grande de amigos cristianos; al mismo tiempo que por su carácter generoso, varonil y franco se ganó el respeto, tanto de los que presenciaron su ministerio como de "otras muchas personas de erudición y opulencia en la comunidad general."

Mientras se dedicaba a su trabajo en Leicester llegó a estar más ansioso que nunca por establecer una misión entre los paganos. Hasta ahora su anhelo había encontrado en otros la indiferencia o la oposición; sólo en unos pocos casos había encontrado la simpatía inteligente; y aun los que le prestaron su simpatía -hombres como Fuller, Sutcliff, Pearce y Ryland, el hijo- no estaban aún

preparados para adelantarse en una senda tan inusitada y oscura. En octubre de 1791 se verificó una reunión de ministros en Clíystone. Sutcliff predicó sobre "El ser muy celoso por causa de Jehová, el Dios de los ejércitos," exhortando a sus hermanos a que se nutrieran con "la pasión divina, y el fuego celestial que ardió en el pecho y brilló en la vida de Elías" Fuller le siguió exponiendo "la influencia perniciosa de la dilación," en un sermón penetrante y poderoso que se halla ahora en sus obras. "Me parecía," dice el Dr. Ryland, "que la atención de todos fue despertada en un grado nada común por los dos sermones. No sé bajo cuál de ellos yo sentía más . . . Los dos eran muy impresivos y parecía que en la mente de cada uno con quien conversaba había una convicción solemne de nuestra necesidad de más grande celo y de lo malo que era la negligencia y la dilación. Supongo que apenas si se habló una palabra ociosa mientras estuve allí; y luego después de la comida Carey introdujo el asunto de una misión preguntando si no era practicable y nuestro deber imprescindible hacer algún esfuerzo para dar el evangelio al mundo pagano. Como yo tenía que predicar en mi iglesia aquella noche, a distancia de catorce minas, tuve que dejar la asamblea antes de que pusiera fin a la conversación. En la conversación, Carey los instaba a que dieran algún paso decisivo ese mismo día. Pero era en vano. De una manera general acordaron que debían hacer algo; pero ese "algo" estaba todavía en las nubes. Todo lo que querían hacer era suplicarle que publicara su "Pesquisa acerca de las Misiones;" escrita en Moulton y todavía en manuscrito. A esta súplica, que fue hecha en parte para ganar tiempo, consintió, y de consiguiente el librito vio la luz el año siguiente.

"Una investigación con respecto a la Obligación de los Cristianos en Usar Medics para la Conversión de los Paganos, en que se considera el estado religioso de las distintas naciones del mundo, el éxito de empresas anteriores, y lo práctico de hacer otros esfuerzos" por Guillermo Carey, Leicester, 1792. Algún tiempo antes el señor Potts de Birmingham le había dado 10 libras esterlinas para sufragar el costo de su publicación. Discute la cuestión de si la comisión dada por nuestro Señor a sus discípulos no es todavía obligatoria a los cristianos; da una reseña de las empresas anteriores, muestra la condición del mundo en su tiempo; considera la posibilidad de hacer algo más de lo que está ya hecho; y el deber de los cristianos en general en el asunto).

El año siguiente, en mayo 31 de 1792, la Asociación se reunió en Nottingham. Carey había sido nombrado para predicar el sermón. Aquel sermón realmente creó la Sociedad Bautista de Misiones, al mismo tiempo que ha proveído un lema para las empresas cristianas que no podrá nunca olvidarse. El texto era: Ira. 54:2, 3: "Ensancha el sitio de lo cabaña, y las cortinas de la tienda sean extendidas: no seas escasa, alarga tus cuerdas, y fortifica tus estacas; porque a la mano derecha y a la mano izquierda has de crecer: y lo simiente heredará gentes, y habitarán las ciudades asoladas." Comenzó llamando la atención al hecho de que se dirigía a la iglesia como a una viuda desconsolada, que habitaba sólo una choza; que el mandato a que ensanchara su cabaña data a entender que su familia crecería; que para explicar un cambio tan inesperado y maravilloso fue dicho "tu marido es lo Hacedor" y que en otro día sería llamado "Dios de toda la tierra." Luego procedió a establecer a ilustrar dos grandes principios envueltos en el texto: Primero, que se esperen grandes cosas de Dios; segundo, emprended grandes cosas para Dios. No parecía sino que las compuertas de su alma se abrieran del todo y el torrente que por años se habla acumulado se arrojó en todo su volumen y poder irresistibles. "Si todo el pueblo hubiera alzado la voz y llorado," dice el Dr. Ryland, "como lo hicieron los hijos de Israel en Bochim, no me habría admirado; sólo habría parecido proporcionado a la causa; tan claramente probó la criminalidad de nuestra negligencia en la causa de Dios." Sin

embargo, por más profunda que fue la impresión producida por el sermón, no quitó la vacilación que estaba en las mentes de los hermanos que estaban presentes; y ésta estorbó la acción. Estaban para dispersarse cuando Carey agarró la mano de Fuller y apretándola en una agonía de angustia le preguntó si les sería posible separarse de nuevo sin hacer nada. Sus ruegos y súplicas aplazaron la dispersión de la asamblea, y se resolvió: "Que sea preparado un plan para la próxima reunión de los ministros en Kettering para establecer una sociedad con el fin de propagar el evangelio entre los paganos."

La reunión se verificó en Kettering el 2 de octubre de 1792. Cuando se concluyeron los servicios públicos, doce hombres se reunieron en la sala de la señora Beeby Wallis, viuda de un diácono de la iglesia de Kettering que había muerto unos pocos meses antes. Se sentía la presencia del Señor en la pequeña asamblea. Por largo tiempo se deliberó con respecto a cuál había de ser el primer paso. No tenían nada de experiencia para guiarse por ella, no tenían ni fondos ni influencia; la única cosa que les era clara fue que era la voluntad del Señor que su evangelio fuese dado a conocer a toda criatura debajo del cielo. Antes de separarse, solemnemente prometieron a Dios y a sí mismos hacer lo que estuviera de su parte para enviar el evangelio a alguna región del mundo pagano; la Sociedad fue constituida; una comisión de cinco fue nombrada -Andrés Fuller (Secretario), Juan Ryland, Juan Sutcliff, Reynold Hogg, (Tesorero), y Guillermo Carey; a este número fue agregado poco después el nombre de Samuel Pearce; y por último hicieron una suscripción que montó a 13 libras, dos chelines y seis peniques. Tan luego como la lista de la suscripción se completó, Carey -cuyo nombre no aparece en esta lista- se ofrendó a sí mismo declarando que estaba listo para embarcarse para cualquier parte del mundo escogida por la Sociedad. Y así fue que en esa sala en la pequeña Kettering se oyó por primera vez una "melodía" que ya ha ido "hasta los cabos del mundo." Algún tiempo hacía que el celo ardiente de Samuel Pearce de Birmingham le había movido a "predicar mucho sobre las promesas de Dios tocante a la conversión de las naciones paganas," y, debido a esto, y por los Informes que daba con respecto al estado presente de las misiones, sus oyentes embebieron el mismo espíritu. Y ahora que se emprendía una tarea definida la predicación de Pearce empezó a dar fruto; amigos celosos le trajeron sus ofrendas voluntarias; y "la suma admirable de 70 libras esterlinas" fue enviada a Birmingham a la Sociedad. Otras Iglesias siguieron este ejemplo, y la caja de la misión empezó a llenarse.

III

Oposición y Perseverancia por las Misiones

La nueva Sociedad tenía que justificar su existencia. Debía su origen a unos pocos jóvenes ministros que apenas eran conocidos fuera de sus propias parroquias. Todo el distrito representado por ellos podía mirarse desde la cumbre de un campanario. Con una sola excepción ningún ministro ni hombre distinguido de Londres quería prestar atención a la empresa; cuando fue convocada una reunión allí para considerar si podía organizarse una Sociedad auxiliar, una grande mayoría votó en contra. No es Improbable que hubiera un poco

de celo de un movimiento de origen tan oscuro. Londres era Londres, no quería seguir las huellas de unas pocas personas de ninguna estimación; la principal de ellas era un zapatero. "Cuando, empezamos en 1792," dice Fuller, "había poca o ninguna respetabilidad entre nosotros; no había siquiera un caballero para presidirnos, ni un orador para dirigir discursos. Por lo tanto el buen Dr. Stennett -(sí y aun Abraham Booth también) aconsejó a los ministros de Londres a mantenerse a lo largo y no acometer el proyecto." (Cuando visitó Carey a Londres fue tratado con respeto cordial tanto por Stennett como por Abraham Booth. También llegó a conocer al venerable Juan Newton, "quien le aconsejó con la fidelidad y ternura de un padre, y le animó a perseverar en su propósito, a pesar de toda oposición." En una carta a Ryland en 1797 dice Newton: "El Sr. Carey me ha favorecido con una carta, la cual en verdad acepto como un favor, y pienso darle las gracias por ello. Confía en que mi corazón se una con él tan cordialmente en el deseo de que tenga éxito en su misión como si fuera yo un hermano bautista. Considero con reverencia a semejante hombre. Me es más que obispo o arzobispo; es un apóstol. ¡Conceda el Señor que todos los que emprendan las misiones sean como el señor Carey!")

Esta política de Gamaliel -el esperar para ver el resultado- fue casi tan desalentadora como el desprecio con que la mere idea de una misión fue tratada en otras partes. El mero hecho de manifestar la idea fue considerado suficiente para que se viera lo absurdo que era; mientras los misioneros que al poco tiempo salieron, negaron a ser el blanco de los satíricos quienes no percibieron que sus flechas fueron realmente dirigidas contra cierto pesebre en Belén. La opinión general con respecto a ello puede inferirse de un debate que se verificó en la asamblea general de la iglesia de Escocia, unos pocos años después sobre la proposición de establecer una misión extranjera. Un miembro mantuvo que "extender el conocimiento del evangelio en las naciones bárbaras y paganas" era "altamente absurdo puesto que anticipa, y aun trastorna el orden de la naturaleza: los hombres deben ser pulidos y refinados en sus modales antes de que sea propio ilustrarlos con respecto a las verdades religiosas; y refiriéndose al indio o al otaheitano, afirmó que el cristianismo ni le refinaría sus modales ni le aseguraría la felicidad. Fue en este debate que el Dr. Juan Erskine, hombre venerable de setenta y cinco años, se puso en pie, y, señalando con el dedo índice el libro que estaba sobre la mesa, conmovió a la asamblea exclamando: "¡Dadme esa Biblia!" Le dieron la Biblia, y en medio de un silencio profundo, leyó la narración de la recepción de Pablo en Melita, donde "los bárbaros nos mostraron no poca humanidad." "¿Os parece," preguntó, "que cuando Pablo hizo sus milagros en Melita, y fue considerado como un Dios, no predicó también a Cristo a los bárbaros, explicándoles que en su nombre fue dado a los hombres semejante poder?" En seguida recordó a la asamblea cómo el mismo apóstol había afirmado que era deudor a los griegos y también a los bárbaros, a los sabios y también a los ignorantes; y los instó a que siguieran el ejemplo del apóstol. La mayoría, empero, concurrió con los que pensaban que era "altamente Inconveniente" y aun "peligroso" en misioneros, y quienes, por lo tanto, declararon que semejantes proposiciones merecían su "desaprobación más seria" y su "oposición inmediata y decisiva." La disposición de ánimo de los jefes religiosos del período con respecto a la empresa misionera puede juzgarse debidamente por este debate.

Al tiempo cuando formaban la Sociedad en Kettering, Juan Thomas un cirujano de navío, que había estado en India y había predicado a los hindúes, acababa de volver a Inglaterra. Era un hombre de muchos defectos y debilidades; era inconstante, caprichoso, mal humorado, a veces exaltado, de amarga lengua y nunca capaz de dirigir sus propios asuntos con discreción: pero era muy afectuoso, lleno de celo, con habilidad singular en manifestar y aplicar el evangelio, y

ardientemente determinado a servir a su Redentor. Después de tener alguna experiencia de su carácter Carey escribió: "Es un hombre muy santo; pero su fidelidad degenera con frecuencia en devoción a una persona" "un hombre muy bueno, pero sólo idóneo para vivir en la mar, donde tiene delante su trabajo diario, y hace para él provisión cotidiana" "un hombre de mucho valer, pero de un carácter quizá, el más singular del mundo." Estando en India, sin saber nada de lo que pasaba en la mente de Carey, Thomas había empezado una correspondencia con Abraham Booth y el Dr. Stennett sobre el asunto de una misión en la India; y poco después de su llegada a Inglaterra, teniendo noticias del movimiento en Northamptonshire, escribió Carey, dándole algunas noticias de lo que ya se había hecho en Bengala, y con especialidad de las perspectivas en Marda. La carta se leyó a la comisión, se suplicó a Fuller que hiciera las pesquisas necesarias en cuanto al carácter, principios, habilidades y éxito de Thomas para que pudiera decidirse si una combinación de esfuerzos sería deseable. El resultado de sus investigaciones era en su mayor parte satisfactorio.

El 9 de enero de 1793, se reunió la comisión, estando también presentes otras personas y llegaron a la conclusión de que estaba puesta delante de ellos una puerta abierta en la India; que era deseable unirse con Thomas, y que la Sociedad debía esforzarse para enviar con él a un colaborador en la, primavera. Esa noche Carey volvió a manifestar su voluntad de ir. Antes de que se cerrara la sesión Thomas entró en el cuarto Inesperadamente; Carey corrió a encontrarlo y echóse sobre su cuello y lloró bastante. Thomas confesó todas sus dificultades pecuniarias, de lo cual parecía que sus asuntos estaban desesperados; pero se mostró tan Ingenuo y franco que acabó por ganarse la complete confianza de la comisión; y después de una conferencia larga se resolvió que él y Carey fuesen enviados a Bengala juntos.

Poco después de esta reunión Carey avisó a la Iglesia en Leicester que era su intención dejarlos en marzo. Su estado de ánimo se ve en estas palabras dirigidas a su padre: "Ser consagrado como un sacrificio al servicio de Dios es el gran negocio del cristiano... Me considero como consagrado al servicio de Dios solamente, y ahora estoy para realizar mis anhelos." La iglesia consintió en su decisión con pesar mezclado de gozo. Esta note se encuentra en el libro de la Iglesia con fecha 24 de marzo de 1793: "El señor Carey, nuestro ministro, partió de Leicester para ir a una Misión a las Indias Orientales, para llevar y propagar el evangelio entre los paganos Idólatras y supersticiosos. Esto se hace constar para demostrar su amor hacia sus pobres y miserables semejantes: en esto estábamos de acuerdo con él, aunque tenemos que lamentar la separación de uno a quien amamos como a nuestras propias almas."

Se presentó entonces una sucesión de dificultades inesperadas. Una era la extremada oposición de la señora Carey a lo que le parecía peor que una insensatez. No simpatizaba con las ideas de su marido; era por naturaleza tímida; la empresa propuesta le parecía que amenazaba a su familia no sólo con toda clase de peligros, sino con la ruina absoluta; no pudo ir inmediatamente, y declaró que nunca iría por su propio consentimiento. En estas circunstancias, Carey sintiendo que "no podía ahora negarse a ir sin que su alma incurriera en pecado," resolvió tomar consigo a su hijo mayor, Félix-dejando a los demás para que fueran después, o volviendo para llevarse los una vez ya establecido. Era en efecto común que los comerciantes y militares dejaran sus familias en Inglaterra durante su ausencia en el Oriente; pero se sentía que esto no era deseable para los misioneros si pudiera evitarse.

Otra dificultad era la falta de fondos suficientes para llevar a cabo la empresa. La idea de Carey era "que no habría más gastos que el primero;" y que una vez transportados al país que había de ser evangelizado, y establecidos allí, los misioneros podrían después sostenerse como Dios les ayudara; pero no había siquiera suficiente dinero para pagar el viaje. Se hizo pues necesario proceder con prontitud si es que habían de partir esa primavera. De consiguiente Thomas fue enviado para presentar la causa de las misiones, y llegó hasta Bristol. Carey se fue al norte con el mismo propósito. En el curso de sus viajes llegó a conocer a Guillermo Ward, impresor, su colaborador futuro en Serampore, a quien dijo, "algún día necesitaremos de usted," una observación que Ward nunca olvidó. Fuller mismo fue a Londres, y colectó de los miembros de las iglesias de allí, yendo de puerta en puerta, siendo tratado con mucha frialdad y sufriendo muchos desaires, pero saliendo al fin con éxito. Relata cómo un día se internó en una calle poco transitada para llorar sin ser visto- era un cuadro conmovedor de un hombre fuerte, severo, de grande alma, cansado y desesperado llorando allí a solas.

Ya vencida la dificultad financiera se verificó en Leicester el 20 de marzo una reunión de despedida para encomendar a los misioneros a la protección divina. Era una reunión sin precedente en Inglaterra, y fue caracterizada por solemnidad profunda. Cuando se proclamó la primera Cruzada, la multitud rompió en una recia y tumultuosa exclamación, *Dios lo quisiera*. En el conventículo de Leicester aquel día había una calma casi asombrosa. Pasaron la mañana en oración. En la tarde tanto el señor Thomas como el señor Hogg hablaron al pueblo. Fuller se dirigió a los misioneros sobre el texto, "Paz a vosotros: como me envió el Padre, así también yo os envío." Su forma poderosa tembló con emoción, su rostro grave y austero brilló mientras hablaba. "El prefacio," dijo, "es dulce; Paz a vosotros, como si dijera, todo está bien con respecto al pasado, y estará bien en el futuro. La misma comisión es dulce. Nada podría ser más grato a los que amaban a Cristo que el ser empleados por él en semejante empresa y tener semejante ejemplo para imitarlo." Luego llamó su atención a unos de los puntos de semejanza entre la empresa que empezaba y la misión de Cristo mismo; refiriéndose al objeto que se proponían, las instrucciones por las que habían de guiarse, las dificultades y pruebas que habían de encontrar, las promesas que habían de sostenerlos y el glorioso premio al fin. "Id pues," dijo, "mis queridos hermanos, animados por estas perspectivas. Volveremos a encontrarnos. Coronas de gloria están reservadas para vosotros y para nosotros. Confío en que cada uno de nosotros oigamos de nuestro gran Redentor las palabras, 'Venid benditos de mi Padre; éstos estaban hambrientos y vosotros los alimentasteis; sedientos y vosotros les disteis de beber; en la cárcel y vosotros los visitasteis;-entrad en el gozo de vuestro Señor.' Amén." Cuando la asamblea se dispersó los grupos estaban silenciosos y hablaban en voz baja con asombro solemne.

En este punto se presentó una dificultad seria: ¿Cómo habían de llegar los misioneros a su destino? Aquellos eran los días de monopolios celosamente guardados; la India había sido concedida especialmente a la Compañía de la India Oriental, a ir sin licencia era correr el riesgo de no poder desembarcar, o ser reembarcados en el siguiente navío. Organizados en una corporación bajo el reinado de Elisabet, con una carta fechada en el último día de 1,800 que les daba el derecho exclusivo de comerciar en los mares índicos, la Compañía se había hecho más y más poderosa, hasta que al fin llegó a tener prácticamente la supremacía. Según su idea era una compañía de comerciantes que buscaban no el bienestar moral y religioso de la India, sino el adelanto de sus propios intereses. Habiéndose constituido en déspotas de! país, se tenían no como simplemente "neutrales" con respecto al evangelio, sino que temieron que su promulgación

pusiera en peligro su supremacía. Si se encendiera aquella lumbre podría quemarles la casa. Después de negociaciones infructuosas para obtener un permiso parecía que los misioneros no podían hacer otra cosa sino ir sin él, corriendo todos los riesgos. En conformidad con esto se arregló para que viajaran en el navío llamado el "Earl of Oxford," y embarcaron. Durante casi dos meses el navío estuvo anclado en el río Solent esperando convoy por haber en el Canal piratas. Mientras estuvieron allí detenidos, el capitán recibió una carta firmada *Verax* indicándoles que se daría queja en su contra por llevar a bordo "una persona sin licencia;" y por consiguiente Carey, Thomas y otra persona fueron obligados a tomar su equipaje y desembarcar, dejando a la señora Thomas y a su hija que siguieran su viaje. La suma de 150 libras esterlinas fue devuelta a los misioneros.

Al principio pareció esto ser la ruina de la empresa, pero al fin resultó un beneficio. Poco después se presentó una oportunidad de ir en un buque danés, la *gron Princessa María*, tripulado por daneses y noruegos y destinado para Serampore, y habiéndose conseguido el dinero para el viaje, la Sra. Carey se reunió con su marido con su niño Jabes, y los demás niños, acompañándola también su hermana. Se hicieron a la vela el 13 de junio de 1793, precisamente cuando estaba en apogeo el Reinado del Terror en Francia, y pronto perdieron de vista los peñascos blancos de Inglaterra, que nunca habían de ver más. El viaje, a pesar de las tempestades fue próspero. La pobre señora Carey sufrió muchos temores y molestias; fue como la mujer de Lot hasta que llegaron al Cabo; pero desde entonces, se sintió tan lejos para mirar atrás a Piddington que cifró sus esperanzas y deseos en la llegada a Bengala. Llegaron a Calcuta, todos buenos, el 11 de noviembre. Al acercarse, viendo transformarse "la distante ribera verde" en trechos y huertas de palmeras, el anhelo de Carey era: "¡Ojalá que sea preparado mi corazón para nuestro trabajo, y que el reino de Cristo sea establecido entre los pobres indios!" Así entró a la India, fuerte en el poder de la debilidad que confía en Dios.

Los pensamientos que tenían los amigos en su patria, ahora que habían emprendido la grande obra, Fuller nos los da a conocer. Después de la partida de los misioneros, dice, "tuvimos tiempo para reflexionar. Acordándonos de los acontecimientos de los meses pasados estuvimos muy impresionados; apenas podíamos creer que se hubiesen vencido tantos obstáculos en tan corto tiempo. El terror y temblor que se habían posesionado de nosotros al principio habían insensiblemente cedido el lugar a la esperanza y al gozo. Sostenidos por la magnitud del propósito y por las promesas animadoras de Dios, encontramos que las dificultades iban desapareciendo a medida que llegábamos a ellas, y los caminos se iban abriendo inesperadamente. La idea de haber hecho algo pare ensanchar los límites del reino de nuestro Salvador y de salvar a unos pobres paganos y mahometanos del yugo de Satanás, llenó de regocijo nuestros corazones. Nos alegramos igualmente de ver al pueblo de Dios contribuir con toda voluntad; unos dejando su patria; otros contribuyendo libremente con sus bienes; y todos uniéndose en oración al cielo pidiendo una bendición. Se creó un nuevo vínculo de unión entre lejanos ministros e Iglesias. Algunas que se habían apartado de Dios fueron restaurados; y otros que por largo tiempo habían visto su esterilidad, habían dudado de la realidad de su religión personal, y teniendo ya su atención puesta en Cristo y su reino, perdieron sus temores, y hallaron aquella paz que, en otras ocupaciones, habían buscado en vano. Los cristianos de distintas denominaciones descubrieron un vínculo común de afecto; y en vez de dar énfasis a las cocas en que se diferenciaban, convinieron en unirse en aquellas en que estaban de acuerdo.

Podemos dar una ojeada a lo que había sido hecho por la India antes del tiempo de Carey. No es necesario referirnos a la obra iniciada por Javier, quien había tenido poco éxito; sus sucesores habían convertido a los paganos haciéndose paganos ellos mismos. Pero en el año 1705 Bartolomé Zeigenbalg y Enrique Plutschau, educados bajo Franke en Halle, el asiento especial del "pietismo," fueron enviados a la India como misioneros por Federico IV, Rey de Dinamarca. Desembarcando en Tranquebar, su primera ocupación fue aprender el idioma; y tan luego como pudieron comunicarse con el pueblo, empezaron con la Biblia en la mano, a proclamar la buena nueva. Fueron ganando convertidos paulatinamente, por lo general de la clase más ínfima. (Un solo incidente nos ayudará a juzgar de la clase de terreno en que estos primeros misioneros tenían que sembrar la simiente. "Estaba hablando con unos paganos cuando uno de ellos dijo, señalando a un viejecito tan doblado que su cabeza casi tocaba el suelo: ese hombre debe ser un pecador muy grande; es tan anciano, y, sin embargo no puede morir. Hablé con el viejecito, mostrándole la voluntad que tenía Dios para salvarle. No hizo más que reírse y decir: 'Dame un poco de tabaco; no quiero otra cosa.' ") Viendo que los conversos se hacían proscritos procuraron proveer medios de subsistencia estableciendo fábricas. Empezaron también a traducir las Escrituras y a proveer medios para la educación. En el año 1715 tenían impreso el Nuevo Testamento en el idioma tamil. Zeigenbalg, que parece haber sido un hombre de grande celo y simplicidad de carácter, murió joven; y Plutschau se vio obligado por la mala salud a volver a su patria; pero otros se encargaron de su trabajo, dedicándose a él con mucha asiduidad y al parecer con bastante éxito. En el año 1726, ayudada por la Sociedad de Conocimientos Cristianos de Inglaterra, la misión se extendió a Madrás, Cuddalore y Trichinopoly. El gran nombre de Cristiano Federico Schwartz aparece ahora, quien trabajó en la India meridional hasta el año 1798. Es un cuadro extraordinario el que tenemos de él viviendo con un sueldo de 50 libras esterlinas al año, vestido en género corriente de algodón teñido de negro, comiendo arroz y legumbres condimentados al estilo de los indígenas, y viviendo en un cuarto viejo donde apenas cabían él y su cama, dedicándose con simplicidad y entusiasmo poco común al trabajo de hacer conocer el nombre de Jesucristo. Un hombre de buen sentido común, de modales simpáticos, de devoción intensa y santa, tan valeroso como Juan el Bautista, su propia vida es un dechado de lo que deseaba que fuesen los otros. "Tenía mucho amor a Cristo," dijo un cristiano nativo al describirle, "y solía predicar acerca del amor de Cristo derramando lágrimas." Todavía hace poco había hombres muy ancianos que se acordaban de su pelo tan blanco como la nieve y su rostro benigno. Cuando murió en 1798 hubo lamentación y llanto de los que le amaban. Muchos vinieron de distintas partes del país para llorar sobre su sepulcro.

Mientras Schwartz y sus coadjutores trabajaban en la India Meridional, Juan Zacarías Kiernander, un sueco, trabajaba en Bengala. El también fue educado en Halle. Cuando Cuddalore fue cedido a los franceses en 1758 se cambió a Calcuta por la invitación de Clive, el cual, aunque no profesaba ser hombre religioso, no vio un perjuicio en la introducción del evangelio entre los naturales, o pensó que podría jugarlo como una pieza de ajedrez en el juego político. En Calcuta Kiernander fundó una escuela para los naturales; predicó a todos los que querían venir y escuchar; construyó un templo casi a su propia costa; reunió a unos pocos conversos; y manifestó sencillez así como benevolencia de espíritu. Sin embargo sus ideas del evangelio parecen haber sido confusas; y nunca aprendió ni el idioma de Bengala ni el Indostán lo suficiente para hablar con los naturales en su propia lengua. Prácticamente su trabajo no hizo sino una Impresión muy ligera. Después de su muerte se hizo un esfuerzo para encontrar a su sustituto acudiendo a la ayuda de la Sociedad de Conocimientos Cristianos; pero este plan

fracasó; se manifestó que la Sociedad "podía dar cualquier coca para la buena obra de evangelizar a los paganos menos a un hombre para predicar el evangelio." Fuera de lo que se hizo por capellanes Ingleses un esfuerzo moravo un tanto débil y por el carácter personal e Influencia de los cristianos, esto fue sustancialmente lo que había sido hecho hasta ahora para traer a la India a los pies de Cristo. Algo de verdad había en la observación hecha por el Capitán Guillermo Bruce a Southey, "que si nuestro imperio en la India fuera destruido, los únicos monumentos que quedarían allí de nosotros serían las botellas quebradas y sus corchos."

IV

Estableciéndose en la India

Se les permitió a los misioneros entrar a Calcuta sin obstáculos -en efecto, sin que nadie se fijara en ellos, por ser tan oscuros--- como Pablo y Silas entraron en Filipos trayendo la salvación a Europa. No tenían hasta ahora ningunos planes definidos para el futuro; sólo esperaban ser guiados providencialmente. Su primer paso fue buscar una casa donde las dos familias pudieran vivir juntas; y luego Carey se puso a estudiar el idioma de Bengala, tarea que había empezado durante el viaje mientras que Thomas se encargó de la dirección de la casa- no sin temores de parte de Carey.

Ram Ram Bosu fue empleado como maestro del bengalí. Aparentemente este hombre había estado bajo la Influencia del evangelio por los últimos cinco años; fue entonces cuando aseguró a Thomas que "había encontrado que Jesucristo contestaba sus oraciones;" había escrito un himno evangélico, "el primero que se había visto a oído en el idioma de Bengala;" y había razón para esperar que pronto fuera un cristiano profeso. Pero después se retiró y se "postró a ídolos." Oyendo del arribo de los misioneros, vino a darles la bienvenida, mostrando estar muy arrepentido por su triste caída. Bajo su instrucción Carey progresó rápidamente en el idioma.

La vida en Calcuta era cara; y el pequeño fondo se iba consumiendo con rapidez. En el curso de unas pocas semanas les pareció mejor cambiarse a la antigua población portuguesa de Bandel, donde esperaban encontrar oportunidades para dar a conocer el evangelio a los naturales. Las perspectivas parecían al principio favorables, pero después supieron que había sido una equivocación, y al fin del año volvieron a Calcuta, esperando Thomas encontrar empleo como cirujano, y ocupando Carey una casa en una huerta en Manicktolla, en un arrabal septentrional de la ciudad, debiendo este pobre abrigo a un nativo rico. Su miseria era extreme. La case era pequeña y mal ventilada; era un extranjero en tierra extraña sin dinero y sin amigos; la enfermedad empezaba a invadir a su familiar y por añadidura tuvo que soportar los amargos reproches de su esposa por haberlos llevado allí para soportar una miseria tan desesperada. su conexión con Thomas, cuyas imperfecciones eran mejor conocidas en Calcuta que sus virtudes, no era provechosa. Por esto, cuando visitó al Reverendo David Brown, un señor que después llegó a ser su buen amigo, "me recibió," dice Carey, "con fría política. Me quedé con él casi una hora; encontré que era un hombre juicioso; pero él y el señor Thomas estaban disgustados. Se consideraba muy superior a mí, y le dejé sin que me ofreciera algún refresco, no obstante que sabía que había andado cinco minas con el calor del sol" (Narra una entrevista semejante con

Claudius Buchanan cinco años después en Barrackpore "Empezó a examinarme como si él fuera mi obispo sufragáneo -me preguntó lo que había sido de aquel muchacho Thomas, y otras varias cosas oficiosas; pero después se mostró algo más agradable.") No había en este tiempo ninguna ráfaga de luz en las tinieblas que envolvían a la misión.

Al fin, después de un período de grande ansiedad Carey recibió una corta cantidad de dinero de Thomas, y partió con su familia a Ram Bosu, *su munshi*, para Dehata, cuarenta minas al oeste de Calcuta, donde el do de Ram Hosu era *zemindar*. Dehata, estaba situada en los límites de los Sunderbunds, una vasta región de pantanos y bosques espesos que formaba la parte meridional del Delta del río Ganges, el cual estaba entrecortado por corrientes sin número que corrían perezosamente en toda dirección y abarcaban una área de casi siete minas cuadradas. El subsuelo a ciento veinte pies bajo la superficie, consiste en una capa de lodo semifluido. Vivir allí equivalía a vivir en un baño de vapor. El viaje desde Calcuta tenía que hacerse en un bote, a veces rodeando los espesos bosques, que abundaban en cubiles de tigres y otras fieras, y que despedían miasmas mortíferos. Cuando llegaron a Dehata no les quedaban provisiones más que para un solo día. Sin embargo un amigo se les apareció en la hora de su necesidad. Este era el señor Short, superintendente de unas minas de sal cerca de Allí, hombre de carácter franco y generoso. Con verdadera "hospitalidad India," los recibió a todos en su casa, insistiendo en que se quedaran allí hasta que pudieran hacer otros arreglos. Era fácil conseguir terreno en aquella parte, y Carey pronto consiguió unos pocos acres en Hashnabad, al otro lado del Jubona, y se puso a construir inmediatamente chozas para su familia al estilo del distrito.

"Las paredes," escribe, explicando los detalles de su plan, "serán de esteras, sujetas a postes de madera, y el techo será de bambúes cubiertos de paja . . . Aunque el suelo es excelente, ha estado últimamente casi abandonado a causa de los tigres y otras fieras que abundan en este lugar; pero éstos temen un fusil, y pronto serán expulsados . . . Tendremos todas las cosas necesarias para vivir aquí, excepto el pan, el cual tendremos que sustituir con el arroz . . . Cuando se concluya mi casa, tendré más tiempo que ahora, con oportunidades diarias para conversar con los naturales, y dedicarme al trabajo de la misión. Aquí hay ciertamente un gran campo de provecho; mucho más grande que lo que ustedes pueden concebir . . . El lugar donde estoy construyendo mi casa está como a un cuarto de milla de los bosques Impenetrables llamados los Sunderbunds; y aunque estaba del todo abandonado antes, por temor a los tigres, la gente ya vuelve, animada por nuestro ejemplo, y pronto tendremos tres o cuatro mil en nuestro derredor . . . Con respecto a la seguridad personal, estoy en las mismas condiciones en que estaría en Inglaterra. Mi salud nunca ha sido mejor. El clima, aunque caliente, es soportable. No obstante las dificultades que me cercan, no abandonaré mi empresa por todas las comodidades del mundo."

Mucho se ha hecho en estos últimos años bajo el gobierno inglés para talar los Sunderbunds, y hacerlos menos Insalubres. Las medidas que se están tomando datan del nombramiento del señor Henckell, el primer juez y magistrado de Jessore, en el año 1781. El trabajo que había de efectuarse era de la naturaleza más difícil. En la mayor parte de la región había un bosque pantanoso, guarida de tigres y otras fieras. Los árboles, algunos de gran tamaño, estaban entrelazados, tanto por las raíces como por las ramas, de la manera más Intrincada. Había, además, unos matorrales bajos y casi Impenetrables en todo el terreno que hablan que cortarse poco a poco; y después de limpiar una porción se necesitaba tener cuidado constante para que no volvieran a brotar de nuevo. El señor Henckell formuló un plan, que fue aprobado por el

gobierno, bajo el cual fueron concedidas porciones de terreno, bajo términos favorables, a personas que tomaron a su cargo el trabajo de limpiarlo; y desde ese período la empresa ha progresado a pesar de todas las dificultades, de modo que ahora un área muy grande está sembrada con arroz, y en cuanto a la salubridad se ha mejorado mucho. Pero hacia el fin del siglo próximo pasado toda la región no era más que un desierto agreste y pestífero, donde una familia europea no aclimatada corría grande riesgo de morir si procuraba vivir en él. (Como en el año 1783 el señor Henckell estableció tres mercados en distintas partes de los Sunderbunds para la venta de los productos del suelo, principalmente leña, y para comprar provisiones y otras cosas necesarias. En uno de estos lugares, mientras lo arreglaban, el agente nativo del señor Renckell fue muy molestado por las depredaciones de los tigres; por esto llamó el lugar Henckellganj, esperando que por respeto del nombre del juez los tigres dejarían de molestarle).

Hicieron bien en abandonar pronto esta localidad, pues no era un buen centro para misiones, y casi inevitablemente habría sido fatal a la vida. El dejar este lugar fue motivado por las razones siguientes: El señor Thomas se había reconciliado con el señor Undy, su amigo de otro tiempo, de quien se había despedido en Ira antes de ir a Inglaterra. El señor Undy ofreció ahora darle el manejo de una fábrica de índigo en Moypaldiggy, cerca de Malda, oferta que aceptó con gratitud; y por medio de sus representaciones se hizo un nombramiento semejante para Carey en Mudnabaty, a distancia de diez y seis millas.

Al aceptar la oferta y cambiarse para allá, Carey escribió a sus amigos en Inglaterra que no pediría más ayuda a la Sociedad, y que el sueldo destinado para él debía usarse de otro modo; sólo deseaba que le enviaran unos utensilios para la agricultura y un surtido anual de semillas, por el cual prometió remitir con regularidad el dinero. Al mismo tiempo les aseguró que sería su gozo mantener con ellos la misma relación como si necesitara su ayuda y que esperaba tener la misma correspondencia con ellos como antes.

Su carta produjo una impresión algo penosa en la comisión. Aun el señor Sutcliff temía que empezara a mirar para atrás después de poner su mano al arado, y confiesa: "Nos ha ocasionado muchos pensamientos y temores." La comisión tomó la siguiente resolución: "Que aunque no podemos desaprobarnos del todo la conducta de nuestros hermanos en su reciente arreglo, no obstante, teniendo en consideración la debilidad de la naturaleza humana en los mejores hombres, les sea dirigida una carta de amonestación seria y afectuosa." Sin duda la comisión fue movida por un celo sincero de que un espíritu de mundanalidad no se metiera en las mentes de los misioneros; se hizo también una concesión pequeña, a los de Londres, como confiesa Fuller, pero cuando se recuerda que desde un principio se esperaba que los misioneros se sostendrían a , si mismos, si les fuere posible, y además de esto, que la suma total enviada a la India en tres años (desde mayo de 1793 hasta mayo de 1798) para el sostenimiento de las familias misioneras y para sufragar los gastos del trabajo no llegaba sino a 200 libras esterlinas, parecerá que apenas se necesitaba la resolución.

La carta de "amonestación seria y afectuosa" fue escrita y recibida en debido tiempo. Cómo le lastimó, puede verse por lo que escribió Carey en su libro diario: "Una parte, lo confieso, me sorprendió algo. Me refiero a la que trataba del arreglo para sostenernos. Siempre entendía yo que la Sociedad lo recomendaba. . . No estoy nada dispuesto para vindicar mi espíritu ni mi conducta. Mi máxima constante es que si mi conducta no puede vindicarse a si misma, no vale la

pena vindicarla; pero realmente pensamos que obrábamos en conformidad con los deseos universales de la Sociedad. Si somos indolentes o laboriosos, o si el espíritu del misionero es absorbido por las ocupaciones del comerciante, no me conviene a mí decir; pero nuestros trabajos hablarán por nosotros. Sólo digo que después de que mi familia ha tenido sólo lo suficiente, todo mi sueldo (y unos meses mucho más) se dedica a los propósitos del evangelio. . . Estoy en verdad pobre, y lo seré siempre hasta que la Biblia sea publicada en el bengalí a indostán, y el pueblo ya no necesite más ser Instruido."

Su empleo secular exigió atención algo constante durante tres meses del año; el resto del año tenía más tiempo desocupado. Este tiempo fue dedicado en parte a la traducción de las Escrituras al bengalí, y en parte a predicación itineraria. Su distrito comprendía como doscientas aldeas, esparcidas en medio de los matorrales en el llano monótono. Entre éstas andaba de continuo buscando oportunidades de publicar el evangelio; de vez en cuando extendía sus viajes hasta casi cien millas al interior donde probablemente ningún europeo había llegado antes, y donde ciertamente no se había visto antes un heraldo de la, salvación. (En 1797 hizo un viaje en compañía de Thomas a los límites de Bhotan, cuyas estupendas montañas, cubiertas de nieve, podían verse desde su distrito. Cambiaron regalos con el Subá y por algún tiempo después mantuvieron una correspondencia amistosa. Carey nunca dejó de desear y esperar establecer una misión Allí). Viajaba por el río en dos botes pequeños, uno de los cuales le servía como dormitorio y el otro de cocina; pero él mismo casi siempre iba a pie de aldea a aldea. El viaje de un día variaba en distancia de diez a veinte millas, según las oportunidades que tenía de hablar con la gente. En el día del Señor las reuniones a veces negaban a casi quinientas personas. Muchas veces abrigaba esperanzas de ganar a algunos; pero siempre fueron frustradas.

"¡Pobres de ellos! ", exclama, "en verdad necesitan el evangelio. Sus supersticiones son tan numerosas, y todos sus pensamientos de Dios son tan pasajeros, que sólo lo consideran como una especie de juguete; y el defraudar, engañar y mentir no son considerados como pecados en ellos." Había no sólo estupidez de mente, sino que casi parecía ser necesario crear en ellos una conciencia; tan difícil así era Infundirles el concepto del pecado. (Por ejemplo en una ocasión un hombre preguntó cómo había de orar. Carey le preguntó qué haría si llevara al gobernador una petición para el perdón. Respondió que pondría una cara muy triste, y diría muchas mentiras para disculparse; y que haría lo mismo si acudiera a Dios. Se declaró en favor de la mentira y aun del hurto. ¡Qué extraño es! Sus dioses no eran mejores). En cuanto a su responsabilidad, se tenían por máquinas que maneja Dios de una manera física, de modo que ellos no eran responsables de sus actos o su carácter. Si, por ejemplo, uno de ellos era sorprendido hurtando o cometiendo otro crimen, se disculparía diciendo que su frente estaba mala. "En una conversación que tuve hace algún tiempo con un hombre," dice Carey, "afirmó rotundamente que nunca había cometido un pecado en su vida; porque aunque muchos de sus actos eran Injustificables, sin embargo no era él quien los cometía, sino Dios." Encontró que esta manera de pensar prevalecía casi en su totalidad.

Otro obstáculo para el evangelio era el servilismo y avaricia del pueblo en general. Un hombre se mostraba profundamente Interesado, pero al fin, después de meses de engañar, se descubría que todo lo que quería era el dinero. Por lo tanto era extremadamente difícil cerciorarse de la sinceridad de los que se presentaban como investigadores o hacer un juicio justo con respecto a sus pretensiones.

Teniendo que arrostrar éstas y otras dificultades era difícil seguir en sus trabajos con esperanzas de éxito. "Con frecuencia me siento tentado," dice, "a predicar como si pensara que los corazones de los hombres fueran invulnerables, lo cual sería no sólo deshonorar y menospreciar el poder y gracia de Dios, quien ha prometido estar con sus ministros hasta el fin, sino también tiende a destruir todas mis energías, y a producir una formalidad estúpida en mis discursos." He llegado a ser casi insensible, por lo que veo diariamente, cosas todas que deben conmovier con ternura al corazón de un misionero. Veo sus abominaciones y su ignorancia, y a veces pienso que no hay remedio. Los acuso en mi mente de la estupidez, y luego me siento con desaliento culpable. . . Sin embargo, no puedo pensar que nuestra estancia en medio de este pueblo será en vano. Seremos tal vez nada más precursores para preparar el camino delante de otros. De todos modos la promesa de Dios no dejará de cumplirse; no puede dejar de cumplirse."

Los desalientos de que habla con tanta emoción no lo hicieron flojo en el servicio. "Estoy perfectamente contento como misionero," dice "y me regocijo de que Dios me haya dado este grande honor de anunciar entre los gentiles el evangelio de las riquezas inescrutables de Cristo. No cambiaré mi lugar por toda la sociedad en Inglaterra, por más que la aprecio; ni en verdad por todas las riquezas del mundo. Si yo puedo ser útil para poner el fundamento de la Iglesia de Cristo en la India, no deseo ningún galardón más grande, y no puedo recibir ninguna honra más alta." Más tarde dice: "Si, como David, yo no soy mar que el instrumento para recoger los materiales, y otro construye la case, confío en que mi gozo no será menor."

Como ejemplo de su manera de obrar con el pueblo nos dice cómo en una ocasión les habló con respecto a que Cristo es una bendición, enviado a bendecir volviendo a los hombres de sus iniquidades. Llamó la atención a la superioridad del evangelio a todos los demás escritos, y a la de Cristo a todos los pretendidos Salvadores, porque la fe en él tuvo por resultado el volver de la iniquidad; "pero," dijo, dirigiéndose a los adoradores de ídolos, "no hay ni un hombre entre vosotros que haya, hasta ahora, vuelto de sus iniquidades. Hay entre vosotros mentirosos, ladrones, adúlteros y hombres llenos de engaño. Y como eran el año pasado, así son ahora; no son más santos; ni pueden negar a serlo hasta que hayan dejado su culto malo y sus prácticas males para abrazar el evangelio de nuestro Señor Jesucristo." Esta manera de hablar no los ofendía y muchos estaban dispuestos a oír. No obstante, nadie parecía estar listo para aceptar el evangelio; los brahmanes temían perder sus ganancias; las castas más altas temían perder su honra; y los pobres temblaban por la venganza de sus semidioses.

Procuró hacer todo el manejo y los arreglos de la fábrica según los principios cristianos, creyendo que por medio de la-justicia, la verdad y la bondad recomendarían grandemente el evangelio y promovería su extensión. Creía que podría extenderse solamente por medios en armonía con su propio espíritu. Por lo tanto, por otra parte, evitó cuidadosamente todo lo que pareciera negociar con los hombres a que se hicieran cristianos presentándoles perspectivas de ventajas mundanas; y por otra parte todo lo que se asemejaba a la, coerción a obligación. (Cuando se le preguntó en una ocasión: "¿No le parece que haríamos bien en forzar a los hindostanos a hacerse cristianos?", su respuesta fue pronta y decisiva: "Eso es imposible; podemos forzar a los hombres a ser hipócritas, pero nada en el mundo puede forzar a los hombres a hacerse cristianos.") La conciencia le parecía absolutamente sagrada. Por ejemplo, cuando uno de los trabajadores hizo un ídolo de barro, representando a Sarosuadi, la patrona de la erudición, el cual se proponía consagrar en su próxima fiesta anual, "podría haberme valido de

autoridad," dice, "prohibiéndolo; pero me parecía que eso sería persecución; por esto hablé seriamente con el hombre hoy, procurando convencerlo de lo pecaminoso de semejante cosa, así como de su necedad; consintió en todo lo que dije, y prometió tirar su trabajo." Esta convicción de lo sagrado de la conciencia aun en un pagano, caracterizó todo su método de obrar con el pueblo.

Mundnabaty era una aldea insignificante de tres o cuatro docenas de chozas de adobe, las más de las cuales no tenían sino un solo aposento estando los habitantes empleados en cultivar el suelo siendo miserablemente pobres a ignorantes. Estaba cerca de la ribera del río, a una jornada de un día al nordeste de la antigua capital de Bengala cuyas paredes y arcos arruinados y palacios antes magníficos eran ahora cubiles de chacaes. Los terrenos bajos en derredor de la aldea eran anualmente inundados por las lluvias, y convertidos en un pantano pestilente, estando fuera del agua sólo los cerros- Numerosas aldeas con trechos de matorral se velan en el llano monótono en todas direcciones. Pronto supieron que el lugar era extremadamente malsano. Un "niñito querido" murió, siendo tristemente llorado por sus padres; y para hacer la prueba más daré todavía sólo con grande dificultad pudieron persuadir a alguno a que ayudara a hacer el ataúd o cavar el sepulcro por terror de perder su casta. Carey mismo fue reducido a un punto extremo con la fiebre malaria, volviendo a pesos lentos y débiles de las mismas puertas de la muerte; mientras su pobre esposa fue atacada de una melancolía incurable y tuvo que estar bajo restricción hasta el día de su muerte.

Hasta mediados de mayo de 1795 llegaron las primeras cartas de Inglaterra. El largo silencio era triste, y el único alivio que tenían era el que se experimentaba cuando los misioneros se reunían para consultar con respecto al trabajo evangélico y orar juntos. La llegada de las cartas comprobó el proverbio de Salomón, "Como el agua fría al alma sedienta, así son las buenas nuevas de lejanas tierras."

Su libro diario y sus cartas durante este período presentan un cuadro vivo de su vida espiritual. Exhiben una mezcla singular de abatimiento, reproches a sí mismo, paciencia, devoción y esperanza. La soledad de su vida religiosa se refleja especialmente en su libro diario, el cual indica excesiva introspección, bastante natural en sus circunstancias, pero no calculada para promover ni su felicidad, ni su utilidad.

Los extractos siguientes están fechados desde 1793 hasta 1799. Si los términos "insensibilidad," "frialdad," "olvido," "orgullo," "estupidez espiritual" parecen usarse con demasiada frecuencia, debe recordarse cuán concienzudo era, y cómo evitaba todo lo que parecía ser alabanzas de sí mismo.

"Estuve muy abatido todo el día. No tengo afición para nada en el mundo, y no obstante estoy sumergido en sus cuidados. Hacia la tarde tuve una vista agradable de la suficiencia de Dios para todo y la estabilidad de sus promesas, la cual suministró mucho alivio a mi mente; y al volver a casa a pie en la noche casi pude echar mi alma y todos mis cuidados sobre Dios."

"Tengo motivos de bendecir a Dios por un día de sosiego y calma, aunque tengo que lamentar la extraña estupidez de mi corazón. Siento placer en la obra y los caminos de Dios, pero tengo un

alma desobediente. ¿Cuándo tomará el Señor plena posesión de mi mente, para morar allí para siempre?"

"En la noche experimenté mucho alivio en leer de nuevo el encargo del señor Fuller a nosotros en Leicester. El cariño manifestado en él me afectó profundamente porque últimamente no he estado acostumbrado a la simpatía. ¡Oh vuelvo a pensar que no sólo estoy listo para ser ofrecido para sufrirlo todo, sino que aun si soy ofrecido en el servicio y sacrificio de fe, me gozo y congratulo por ello! ¡Oh qué grande es Dios y qué vergüenza que yo no esté siempre contento con Él!"

"Todavía lamento mi infructuosidad y mi mente tan vana y variable. Seguro que nunca seré útil entre los paganos por sentir tan poco de la vida de santidad en mi propia alma. Me parece que toda la dulzura que he sentido antes se me ha ido; ni estoy angustiado, sino al contrario una calma culpable se ha derramada en mi alma, y me parece que gasto todo el tiempo sin hacer progreso alguno hacia el puerto deseado, no logrando nada ni en público ni en privado. Estoy lleno de necesidades, y sin embargo no estoy angustiado; necesito la sabiduría para saber dirigir todos mis asuntos, y fortaleza y deseo afectuoso de la gloria de Dios, y fe y santidad en todas sus ramas; entonces mi alma sería como un jardín bien regado, pero ahora es un mero matorral."

"Hoy siento muchos restos de mi negligencia y absorción de días pasados en los asuntos del mundo, aunque algo más inclinación para las cosas de Dios que de algún tiempo a esta parte. Espero que mi alma, como un péndulo, aunque se mueve con vaivenes ocupada con las cosas necesarias del mundo, sin embargo no puede descansar en ninguna parte sino en su centro que es Dios; y confío en que siento una inclinación a descansar allí. ¡Oh!, ¿cuándo he de servir a Dios sin interrupción, y hacer todas las cosas en obediencia a su divina voluntad, y de un modo que tenga comunión con él en todo lo que hago?"

"Con todos los cuidados y pesares de la vida, sin embargo encuentro que una vida de comunión con Dios baste para dar consuelo en medio de todo; y aun baste para producir un gozo canto en el alma, el cual la hará triunfar sobre todas las aflicciones. Nunca me he arrepentido todavía de ningún sacrificio que he hecho por el evangelio, sino que encuentro aquel consuelo de ánimo que no puede venir sino de Dios."

"Siento todavía la misma tranquilidad de alma. Exteriormente el cielo está nublado, pero interiormente siento que la calma inunda mi alma y el gozo llena mi corazón. Ya que se acerca el tiempo en que puedo hablar por Cristo, tengo más esperanzas de ser útil; me siento como un prisionero por largo tiempo encarcelado cuyas cadenas ya al fin han sido rotas para su liberación."

"Este ha sido tiempo de mercedes abundantes de todas clases. Mi alma ha sido fortalecida a ilustrada; sólo me falta un corazón lleno de gratitud y amor. Necesito apreciar plenamente la misericordia de Dios, y sentir que mi corazón arda con viva amor para con él y todos sus caminos."

"Esta mañana me sentía algo vacío, pero en la noche tuve mucho placer y libertad en predicar a los naturales de Mudnabaty. Estos estaban más atentos también que los de Sadamald, y no dudo

que Dios tanga que hacer una obra aquí. Ha sido su manera general empezar entre los pobres y despreciados, pasando por alto a los que se imaginan ser sabios; pero aquí no tenemos sino pobres a ignorantes, y casi ningunos de los que se precian de ser de la casta alta."

"Tango motivos continuos de quejarme por mi falta de interés en las cosas de Dios. Seguro de que no hay otro que habiendo recibido favores tan extraordinarios, pueda ser tan ingrato como yo. Necesito más vida espiritual y una manta más en conformidad con el evangelio. Necesito verdadera fe, y en grande abundancia; y me hace mucha falta la aptitud y prontitud para enseñar. En efecto siempre estuve muy defectuoso en esto; y ahora necesito más de este espíritu que nunca antes en mi vida. He pensado con frecuencia que por este mismo motivo nunca era idóneo para el ministerio del evangelio; ¡cuánto menos idóneo para trabajar como misionero entre los paganos! ¡Oh, que me dé Dios su Espíritu Santo para prepararme para toda obra buena!"

"Creo que mi falta es ésta -engrandeciendo toda molestia, olvidándome de la multitud de misericordias con que soy diariamente colmado. Últimamente he estado leyendo Flavel sobre la Providencia pero bajo cada sombra nueva de prueba encuentro que soy discípulo, y aun hallo que no he hecho adelantos nuevos en la ciencia tan necesaria de aprovechar todas las misericordias para promover la gratitud, y todas las pruebas para promover la paciencia."

Podría llenarse página tras página con extractos semejantes, pero éstos bastan. Demuestran la piedad, humildad y escrupulosidad del hombre; pero también indican una tendencia al escrutinio de sí mismo no conveniente. Mucho de esto se debía a la soledad de su vida. Además de esto, esta costumbre de mirar adentro y registrar disposiciones y experiencias -como anotamos la temperatura diaria o las alturas del barómetro- era un hábito religioso del tiempo. Fuller lo dice con mucha sagacidad: "Yo también podría con mucha frecuencia haber hecho semejantes quejas; pero en lugar de hacer esto, oremos uno por otro y esforcemos las manos uno de otro en el Señor. Es maravilloso que Dios hiciera alguna cosa por medio de pecadores tan pobres y miserables como lo somos nosotros. Una cosa, sin embargo, es probada por ello, y es que la obra es del todo suya; y si al fin llegamos al reino de Dios, será debido a mucha gracia. Dios nos ha honrado no poco empleándonos en esta grande obra; pero como la honra no nos pertenece, debemos devolvérsela. Parece que las coronas no sientan tan bien a nuestras cabezas, y por esto deben ser echadas a los pies de Jesús."

El que lee sus cartas durante este período será impresionado con los intereses variados del hombre y sus opiniones comprensivas tocantes a todo lo que concernía a los intereses de la India. Hace observaciones sobre las artes del pueblo, sus manufacturas, su agricultura, sus edificios, su vestido, sus modales y costumbres, su idioma, literatura, leyes, religión y vida social, la historia natural del país, y todo lo demás que tendería a hacer conocer mejor la India a los ingleses. Estas cartas, si fueran recogidas, formarían una especie de museo en escala pequeña, enseñando lo que era Bengala hace un siglo.

Entre sus escritos privados de este período encontramos de vez en cuando notas como la siguiente: "Me levanté y me retiré a mi jardín para la oración y meditación." Otra vez: "A veces me paseo en mi jardín y procuro orar a Dios; y si alguna vez oro es en la soledad de un paseo;" y en otra parte: "Día del Señor. Me levanté como a la hora de salir el sol, y según mi práctica usual, me retiré a mi jardín para meditar y orar, hasta que vinieran los criados para el culto de

familia." Esta costumbre de meditar y orar en silencio mientras se paseaba en su jardín entre sus plantas y flores la continuó aun en sus tiempos más ocupados, hasta el fin de su vida.

En su trato con los naturales encontró que era "fácil confundir sus argumentos, pero sus corazones se quedaban en el mismo estado." No obstante, dice, "estoy lejos de estar desanimado; y aunque nunca tuviera éxito, sin embargo estoy resuelto en las fuerzas del Señor Jesús a vivir y morir persistiendo en este trabajo, y nunca dejarlo sino con mi libertad o mi vida." El valor de las almas, el placer que tengo en el mismo trabajo, y sobre todo, el aumento del reino del Redentor, son para mí motivos suficientes para hacerme morir en el trabajo que he emprendido."

Antes del fin de 1798 se reunió con él en Mudnabaty Juan Fountain un joven que había sido miembro de la Iglesia de Eagle Street, Londres, y había sido bien recomendado a la Comisión. Su llegada fue una sorpresa agradable. Los misioneros podían ahora cantar las alabanzas de Dios "en tres partes."

El 30 de diciembre Carey escribió una carta llena de afecto a la Iglesia de Leicester, acordándose de la comunión de que había gozado con ellos, a Instándolos Individualmente a ser fieles al Señor de quien eran. "Consideraos," dice; "como a la disposición de Dios, y nunca emprendáis de mala gana nada de lo que Aquel os ha mandado que con tanta voluntad entregó su vida para salvaros del Infierno más profundo." Dice que hay ahora cinco personas unidas en la comunión allí donde está él; y pide una carta de despedida dirigida a "la Iglesia de Cristo que se reúne en Mudnabaty a otra parte en Bengala." En debido tiempo concedieron su petición, y también insertaron la carta de despedida en el libro de su iglesia, "para conservar para la posteridad la memoria de un acontecimiento tan agradable e importante como lo era el plantar una iglesia evangélica en Asia. La carta dice así: "La Iglesia de Cristo que se reúne en Harvey Lane, Leicester, Inglaterra, en Europa, a la Iglesia de Cristo de la misma fe y orden, que se reúne en Mudnabaty, Indostán, Asia, envía saludos cristianos. Queridos Hermanos: Como nuestro hermano, Guillermo Carey, antes nuestro amado pastor pide carta de despedida de nosotros, para reunirse con vosotros, cumplimos con su petición. Deseamos ardientemente que sea muy útil entre vosotros tanto como miembro como ministro. Aunque pocos en número ¡ojalá que sean como un puño de grano genuino en Indostán, que llenará toda el Asia con fruto evangélico! El Señor ya ha hecho grandes cosas con vosotros por las que tenéis motivo de estar regocijados. Esperamos que sea vuestro anhelo apreciar y conformaros al glorioso evangelio y sus santas instituciones; que seáis vosotros llenos de Luz y Vida y Gozo espirituales y que abundéis en la práctica de todos los frutos de la justicia, es la oración ardiente de vuestros afectuosos hermanos en Cristo Jesús." La carta está firmada "en nombre de todos" por Benjamín Cave, pastor, tres diáconos y ocho miembros.

Por una variedad de causas, que era, principalmente la del sitio mal escogido de la fábrica de índigo y las frecuentes inundaciones, la obra no prosperó. Mientras Carey resolvía en su mente una colonia misionera conforme al modelo adoptado por los moravos. Propuso en una carta a Fuller que siete a ocho familias misioneras viviesen juntas en unas casitas de paja arregladas en una línea o cuadro; que hubiese un capital común, y ningunas posesiones particulares; que hubiese reglas fijas con respecto a comer, beber, trabajar, estudiar y adorar, con mayordomos para presidir y manejarlo todo; y que los conversos nativos fuesen considerados sus Iguales y someterse a las mismas reglas. Las ventajas que vio en este plan eran la economía, distribución

propia de trabajo, y el testimonio del ejemplo a los paganos en su derredor. Si su propósito fuese aceptado y Mudnabaty escogido como el sitio de la misión, él estaría listo para echar inmediatamente su sueldo y sus utensilios al acopio común de existencias. La idea en su mente era la de establecer en medio de la población pagana una pequeña "comunidad" cristiana desde donde la luz del evangelio irradiara en las regiones 'del derredor. Vivirían por su propia industria; no tendrían entre ellos ningunas armas para matar; ejemplificarían la vida nueva ante los ojos de sus vecinos paganos; proclamarían de mil maneras las buenas nuevas del amor redentor, estarían unidos la Iglesia, la escuela, el hospital y el seminario de artes Industriales; los que se hicieron proscritos por amor de Cristo encontrarían hogar en la comunidad; y jóvenes enseñados entre ellos llegarían a ser misioneros en todas partes.

Fuller meditó el plan y pensó que podría servir. "En cuanto a su plan de unir las familias," escribe a Carey, "no tenemos nada en contra. La experiencia de los moravos parece sancionarlo. Pero suponga que no pudiera ponerlo por obra sin tener entre ellas alguna mujer activa y amable. Haga lo que su propio juicio dicte bajo las circunstancias. Así aconseja la Sociedad. Con respecto al lugar, si cerca de Nuddea o más al norte, con las razones que usted ha manifestado, nos parece mejor el último. Usted se refiere a veces a la necesidad de dejar los territorios de la Compañía. ¿Estarían más seguros en los territorios de algunos de los príncipes orientales? Usted tendrá que resolver esto, y en efecto, en todas estas cosas usted solo tendrá al fin que juzgar. Confiamos mucho en su prudencia." Así fue dejado este asunto al tiempo, hasta que antes de mucho fue resuelto de una manera que ni la Sociedad en Inglaterra ni los misioneros esperaban.

Entre tanto Carey empezó a arreglar para Imprimir su traducción bengalí del Nuevo Testamento que ya había completado. Una prensa construida de madera fue comprada en Calcuta en 40 libras esterlinas y fue regalada a la misión por el señor Udney. Fue armada en un cuarto lateral en la fábrica de Mudnabaty, y fue visitada y examinada por grandes grupos de los naturales quienes pensaban que era un ídolo europeo. También fueron fundidos tipos y se esperaba que dentro de poco toda la Escritura pudiese Imprimirse.

En sus excursiones para predicar tuvo que sostener con frecuencia argumentos sobre asuntos religiosos. En una de estas ocasiones, sentado él bajo un árbol cerca de un templo de Juggernaut, después de que hubo discutido con varias personas llegó un joven brahmán y esperó que no sería ofendido, pero "Yo me sentaré," dijo, "y probaré que todo lo que usted ha dicho es falso." Carey lo convidó a que se sentara y lo probara. Se sentó y después de unas dos horas de discusión por parte de los dos, se encontró arrinconado. Había concedido al principio que Dios es luz, y que en él no hay tinieblas ningunas; pero al fin se vio forzado a decir redondamente que Dios tenía inclinaciones pecaminosas como los hombres, o darse por vencido. Viendo él su dificultad, Carey le dijo, delante de la multitud: "Brahmán, sabes que has usado todos los argumentos torcidos de que podías echar mano para sostener lo causa y no obstante estás envuelto en una dificultad intrincada. ¿Por qué quieres adherirte a una causa tan mala?" En seguida le habló del camino de vida por Jesucristo, y oró. Después de la oración, el brahmán relató cómo había dejado su país nativo, Orima, y sus amigos para venir allí para estudiar los Shasters; pero fue convencido de que el camino de los Shasters no era el verdadero camino. "Cuando usted oró," dijo, "sentía que mi corazón oraba con usted". Semejantes incidentes sucedían con frecuencia, dando esperanzas de fruto.

Cerca del fin de su estancia en Mudnabaty vio por primera vez en su vida quemar a una viuda. Había ido a Calcuta y volvía. Una tarde, al dejar su bote cerca de una villa vio un concurso de gente en la ribera del río. Preguntando el motivo le dijeron que habían venido para quemar el cadáver de un hombre; y que su mujer deseaba ser quemada con él. El cadáver estaba echado en un hacinamiento hecho de grandes trozos de madera, y la viuda estaba en pie. Su pariente más cercano estaba a su lado, y cerca de ellos había una canasta con dulces. Carey preguntó si era la voluntad de la mujer morir junto a su marido, o si la habían inducido a hacerlo; y le respondieron que su acto era perfectamente voluntario. Raciocinó con ellos oponiéndose a la ceremonia hasta ver que no valía la pena; y luego empezó a exclamar en contra de lo que iban a hacer como un horrible asesinato. Todo en vano. Le dijeron que era un gran' acto de santidad, y que si no quería verlo podía alejarse. Respondió que no se iría, que sería un testigo en contra de ese hecho; en seguida volvióse a la viuda y la instó a que no se quitara la vida. Como respuesta, y con las manos extendidas como para dar a entender la perfecta tranquilidad de su mente, bailó sobre la leña. Previamente había dado la vuelta a ella seis veces, tirando los dulces entre la gente mientras andaba. Después de haber bailado sobre ella se echó al lado del cadáver, colocando un brazo bajo el cuello de él y el otro sobre él; entonces una cantidad de hojas secas y otros combustibles fueron amontonados sobre ellos a una altura considerable; después derramaron una cantidad de mantequilla derretida sobre ellos. Dos bambúes fueron puestos al través de ellos y tendidos allí seguros, y en seguida el pariente más cercano encendió la leña, la cual inmediatamente se convirtió en llamas grandes. Si la mujer gimió o clamó, no podía oírse por los gritos de los espectadores; y al procuró escaparse no pudo puesto que los bambúes la sujetaban como las hojas de una prensa. Carey se alejó lleno de angustia y horror.

Estos años en Mudnabaty le fueron grandemente útiles para prepararlo para el gran servicio de su vida; pero en cuanto a traer a los hombres al Salvador sus esperanzas no tuvieron éxito. "Me siento," dice, "como lo hace un cultivador con respecto a su sembrado. A veces me parece que las semillas están brotando, y por eso tengo esperanzas; al poco tiempo me veo engañado y mis esperanzas desaparecen como una nube. No eran más que yerbas las que brotaban; o si un poco de trigo brotó, murió pronto, estando o ahogado por las yerbas o secado por el sol de la persecución. No obstante espero aún en Dios, y proseguiré en su fuerza, y haré mención de su justicia aun de la suya solamente. Predico todos los días a los naturales y dos veces de continuo en el Día del Señor, además de otros trabajos misioneros; y procuro hablar de Jesucristo y de él solo; pero mi alma está con frecuencia muy abatida por no ver nada de fruto." El provecho de estos años llegó a esto: el propósito de los misioneros se entendía mejor; había unos pocos naturales con respecto a los cuales se abrigaban grandes esperanzas; la esfera de trabajos de los europeos fue considerablemente ensanchada; se conocía al pueblo y su idioma; el trabajo de traducción había progresado considerablemente; la escuela prosperaba y las estaciones en Malda y Dinagepore fueron visitadas con regularidad. Además de esto los misioneros fueron animados por la llama inextinguible que se había encendido en Inglaterra y en el mundo Occidental.

En 1799 fueron abandonadas las fábricas de índigo de Mundnabaty a consecuencia de una sucesión de estaciones malas a inundaciones. En anticipación de su abandono Carey se había encargado de una pequeña fábrica de índigo en Kidderpore en la misma vecindad y por su propia cuenta, y ahora se puso a construir edificios allí esperando refuerzos de Inglaterra. En esta empresa gastó todo el poco dinero que tenía.

Justamente en esta coyuntura los refuerzos esperados llegaron de Inglaterra. Consistieron de Guillermo Ward, Josué Marshman y su esposa, Daniel Brunson y su esposa, Guillermo Grant y su esposa, y la señorita Tidd la cual había de casarse con el señor Fountain. Su intención era, si les fuese posible, proceder a Malda y establecerse con Carey en Mudnabaty. Llegaron cerca de Calcuta el 12 de octubre de 1799, habiendo venido en el buque americano Criterion, mandado por el Capitán Benjamín Wickes de Filadelfia -un varón cuyo espíritu cristiano "bastaba para poner en silencio mil deístas, si sus ojos no estuvieran embargados." En vez de desembarcar dejaron el buque y entrando en dos botes con su equipaje prosiguieron río arriba hasta Serampore, donde llegaron la mañana siguiente al amanecer. Era el día del Señor; y se alojaron temporalmente en el mesón de Myer.

Dos de esta compañía misionera pronto cayeron víctimas del clima. El señor Grant murió tres semanas después de desembarcar, y el señor Brunson después de doce meses. Los dos eran hombres de bastante promesa como misioneros. Marshman y Ward, cuyos nombres están indisolublemente ligados con el de Carey, fueron dejados por muchos años memorables para trabajar juntos en el evangelio. Su historia es como una novela. Nunca han trabajado juntos otros tres hombres en unión tan estrecha, por un espacio de tiempo tan largo, en una armonía tan perfecta, con propósitos tan sublimes y libres de egoísmo, con sentido común tan bueno y práctico, con resolución y entusiasmo tan maravillosamente sostenidos, o ganados trofeos tan grandes para el Redentor "en los hasta ahora no conquistador reinos del paganismo," como lo hicieron estos tres Carey, Marshman y Ward.

Los primeros pasos que dio Marshman para unirse con la misión son mencionados así por Fuller: "Recibí una carta de otra persona, un maestro de escuela, el cual había hecho a Grant pensar seriamente." Esta "otra persona," por nombre Josué Marshman, era hijo de un tejedor de Wilts-hire. Su primera educación obtenida en una escuela rural donde no se enseñaba casi nada sino la lectura y la escritura. En este seminario humilde se encendió la lámpara del muchacho. Ansioso de progresar, entró en el servicio de un librero de Londres a la edad de quince años, pero no tardó en descubrir que no podía aprender más acerca de aquellos libros, que su portada y encuadernación. En breve abandonó este experimento considerándolo una equivocación, y volvió a su telar en Westbury, donde por algunos años, (como David Livingstone después) siguió manejando una lanzadera. Fueron años de adelanto en poder mental y en experiencia religiosa. Estando todavía Joven le fue ofrecido el puesto de maestro de escuela en Bristol, el cual aceptó. Mientras vivía allí fue bautizado y se unió con la Iglesia de Broadmead; y además de desempeñar sus deberes en la escuela estudió en la Academia Bautista de Bristol. Era un hombre de grande capacidad mental que tenía lo que llaman los escoceses "una cabeza," y excelentes habilidades administrativas.

Guillermo Ward, hijo de un constructor de Derby, era hombre de distinto tipo, pero admirablemente idóneo para su trabajo futuro. Después de recibir una educación regular fue puesto de aprendiz como impresor. Siendo un hombre de ingenio nativo con ardor dirigido por buen sentido y práctico, y siendo además, (como otros muchos jóvenes generosos en el período de la Revolución Francesa) un político ferviente, llegó a ocupar el puesto de editor de un periódico llamado el "Derby Mercury", y después de un periódico en Hull. En el año 1796 se unió a una iglesia y empezó a predicar; y poco después entró como discípulo en el Instituto del Dr. Fawcett en Ewood Hall, donde le fue infundido el gran deseo de hacerse misionero.

El piloto que había abordado el *Criterion* en Calcuta trajo consigo una orden del gobierno exigiendo que el capitán diera una lista de todos sus pasajeros, con su oficio y destino. Los cuatro hermanos fueron descritos como "misioneros destinados para Serampore." Llegados allí visitaron al gobernador danés, el Coronel Bie, un antiguo amigo de Schwartz, para entregarle una carta de presentación del cónsul danés en Londres. Les dio una bienvenida franca y cordial. "Los he recibido," escribió el coronel Bie después, "como hombres justos, y en el nombre de un hombre justo; y nunca dejaré de dar bien a quienes es debido, cuando esté en el poder de mi mano favorecerlos. Tengo gusto en poseerlos, y tendré más en ver aumentarse su número; puesto que este mundo da mucho barro para hacer losa común, pero poco polvo que rinda oro." Sintieron mucho que ni Carey ni Thomas los hubieran ido a recibir cuando desembarcaron; y mientras consideraban qué debían hacer, el capitán Wickes llegó con la nueva de que rehusaron la entrada de su buque en la aduana de Calcuta hasta que los misioneros que habían traído comparecieran en el tribunal de policía y prometieran volver inmediatamente a Inglaterra. Por algún tiempo los franceses habían estado causando grandes alarmas: "No puedo compararlos a nada," dijo Fuller, "sino a un toro furioso bramando al otro lado de un río." Se creía un Bonaparte, "proponiéndose ser otro César," amenazaba a la India por su reciente expedición a Egipto, y por esto habían sido tomadas precauciones estrictas en contra de emisarios extranjeros. Por una equivocación uno de los periódicos de Calcuta había *anunciado* "el arribo de cuatro misioneros papistas en un buque extranjero;" y llamando este anuncio la atención de las autoridades, dio por resultado la intervención de la policía con el Capitán Wickes. El Coronel Bie, al mismo tiempo que aseguró a los misioneros que tenían un asilo en Serampore, los aconsejó a que presentaran una explicación al Gobernador General, el Lord Wellestey, manifestando sus propósitos. Esto se hizo, y las dificultades del Capitán Wickes desaparecieron. Siguieron pesquisas y negociaciones las cuales los convencieron de que no les sería permitido establecerse como misioneros en los territorios de la Compañía.

Claudio Buchanan en una carta escrita acerca de este tiempo, dice: "El Lord Mórnington está tomando medidas para enviar a su patria a todos los franceses y republicanos. Se dirigieron a mí últimamente de una manera semioficial suplicándome que diera algunos Informes acerca de los misioneros bautistas. Me preguntaron: ¿Qué objeto tenían?, ¿cómo fueron sostenidos?, y al no eran de principios republicanos. Por tener unos datos buenos para hablar favorablemente del señor Carey, me limitaba a hablar de él. Manifesté el origen de la misión de Tranquibar, de su éxito bajo Schwartz, y representé a Carey como procurando hacer en Bengala lo que Schwartz hizo en Deccan. Me visitó últimamente en su camino para Calcuta. Considera que está sembrando semilla que quizás brotará y dará fruto."

El resultado de sus consultas fue que el primero de enero de 1800, abandonó la idea de establecerse en los territorios de la Compañía, y se unió con los hermanos en Serampore, la que fue destinada a ser por muchos años "un pequeño santuario" para la misión, y un centro de luz espiritual e influencia para las regiones del derredor.

III

Trabajo y Primeros Frutos

Justamente al otro lado del Hugli de Calcuta, con la cual está unida con un macizo pontón, está la grande población de Howrah, que al fin del último siglo no era más que una villa. Por treinta y cinco millas hacia el norte, en el mismo lado hay un angosto llano junto al río que es uno de los distritos más ricos y más densamente poblados de la India. El Hugli varía en su anchura desde la mitad hasta las tres cuartas partes de una milla, y está bordeado con palmas y tamarindos, higueras sagradas y plátanos de un verde brillante que arrojan grata sombra sobre muchas villas y residencias magníficas. Fue dentro de la extensión de estas pocas millas, en la ribera occidental del río, donde fueron establecidas las primeras "fábricas" europeas en Bengala. Los daneses se establecieron en Serampore, los franceses en Chandernagore, los holandeses en Chinsurah, los ingleses en la villa de Hugli, y los portugueses en Bendel.

Serampore, calmada, alegre y umbrosa, está situada a diez y seis millas arriba de Howrah en el río. En la actualidad contiene una población de más de veintiún mil. Babu Bhola-Nath Chandra, en sus "Viajes de un Mndú" describe así el lugar: "Serampore es una poblacioncita cómoda, y posee una apariencia de elegancia y limpieza. La línea de casas a lo largo del río hace un cuadro alegre y brillante. El interior cumple la promesa dada por una visita distante. Las calles están tan brillantemente limpias como los andadores en un jardín. No hay mucho bullicio ni actividad, pues todo el lugar tiene el carácter de un retiro suburbano. Pero en otro tiempo Serampore tenía mucho comercio, saliendo de este pequeño puerto en el espacio de tres meses nada menos que veintidós navíos." Se quedó como población danesa hasta 1845, cuando fue transferida, juntamente con otras posesiones danesas en la India, por un tratado con el rey de Dinamarca, a la Compañía de la India Oriental. En el principio del presente siglo (el décimo octavo) era una especie de Alsacia -una "ciudad de refugio" para todos los deudores o los que tenían sus acreedores en los territorios vecinos.

El evangelio había sido traído al distrito de Serampore muchos años antes de la llegada de Carey. Mientras él era un joven zapatero en Hackleton, una misión morava, enviada por las súplicas de la Compañía Danesa Asiática, estaba justamente extinguiéndose. El bien que los misioneros habían efectuado ya se ha olvidado; para el fin del siglo no quedaban rasgos de sus trabajos.

Este era pues el lugar en que Carey y sus colaboradores ahora se establecieron. La opinión de Carlos Grant era sana: que era una buena ciudadela para poseerla, pero no suficientemente en el sitio de acción; que estaban demasiado entre los europeos y no lo suficiente entre los nativos. Los misioneros mismos pensaban lo mismo; pero no tuvieron libertad de escoger puesto que la Compañía prohibió su residencia en el territorio inglés. El lugar, sin embargo demostró ser buen centro misionero por muchos años por sostener la misma relación con otros distritos que la antigua Iona a las regiones de Caledonia en los días de San Colombo. Estando bajo el gobierno de un poder amistoso a sus propósitos podía usar su prensa sin temor, y predicar sin estorbo.

La idea morava algo modificada, o, como ellos habrían dicho, la idea de la iglesia de Pentecostés, fue adoptada por ellos. Se resolvieron constituir una sola familia. Había de haber un caudal común en que habían de ingresar las ganancias de todos (sean cuales fueren los medios de

adquirirlas), una mesa común, y un hogar común, siendo dada a cada uno una pequeña suma separada como dinero de bolsa. Todo lo que sobraba había de dedicarse al sostenimiento de las viudas y huérfanos y a la propagación del evangelio, bajo la dirección de los hermanos así unidos. Los misioneros habían de considerarse como iguales, y habían de predicar y dirigir los cultos por turnos. Cada uno había de ser responsable por turnos de un mes de los arreglos y gastos domésticos. Carey fue nombrado tesorero y guardián de la caja de medicinas, y Fountain era el bibliotecario. El espíritu en que empezaba se ve en la "Forma de Acuerdo" escrito por ellos y que había de leerse públicamente tres veces al año en cada misión. Debía preservar vivo "un sentido profundo del valor de las almas;" y las multitudes en su derredor debían ser consideradas como "inmortales." Debían esforzarse para entender bien a aquellos entre quienes trabajaban, familiarizándose con sus modos de pensar y sentir. Debían evitar todo lo que aumentara la preocupación nativa en contra del evangelio, todas las palabras y actos descuidados, y todo lo que se parecía a la acrimonia en su predicación, acordándose de que las verdaderas conquistas del evangelio son las del amor. El secreto de ser útil no consiste en estar siempre de pie; sino que debían estar alerta para usar todas las oportunidades de hacer bien. Debían hacer a "Cristo" el asunto de su predicación; es su amor, sólo él, el que puede ganar a las almas, y no hay esperanzas sino en un ministerio de amor. Debían conquistar la confianza del pueblo. Debían cuidar de los conversos con paciencia y ternura, pues las plantas nuevas en semejante clima han menester ser nutridas con afecto especial. Deben animarlos a hacer conocer el evangelio a sus compatriotas; porque "sólo por medio de los ministros nativos puede difundirse el conocimiento de la salvación en todas partes de la India; y al paso que se forman iglesias deben escogerse pastores y diáconos de entre sus propios compatriotas aconsejándolos el misionero del distrito cuando sea necesario, pero dirigiendo sus propios esfuerzos especialmente a la extensión del evangelio y la organización de nuevas iglesias. Deben trabajar con todas sus fuerzas para hacer traducciones de la Biblia en los distintos idiomas de la India; en hacer circular estas traducciones; y en establecer escuelas gratuitas para los naturales. Y para que estén idóneos para estos 'trabajos indeciblemente importantes' deben ser constantes en oración y en el cultivo de la religión personal".

"Finalmente," dicen, "consagrémonos sin reserva a esta causa gloriosa. Que no pensemos nunca que nuestro tiempo, nuestros dones, nuestra fuerza, nuestra familia, o aun la ropa que usamos, pertenecen a nosotros. Santifiquémoslos todos a Dios y a su causa. ¡Oh, que nos santifique él a nosotros para su obra! Deshagámonos para siempre de la idea de atesorar aun un centavo para nosotros o nuestros hijos. Si abandonamos la resolución que tomamos sobre el asunto del comercio privado cuando al principio hicimos nuestra unión en Serampore la misión será, desde esa hora, una causa perdida. Un espíritu mundano, disputas y toda obra mala sobrevendrán en el momento en que se admita que cada hermano pueda hacer algo de su propia cuenta. ¡Ay de aquel hombre que alguna vez haga algún movimiento hacia semejante medida!"

Este "Acuerdo" no fue escrito sino hasta el año 1805; pero exhibe el propósito y la manera de vida a que los hermanos de Serampore se destinaron desde el principio. De haber obrado en conformidad con él desde el principio la Sociedad en Inglaterra, pudiese haber impedido muchas de las molestias de los años siguientes.

A la mente de Carey, gracias a la experiencia adquirida en Mudnabaty, la magnitud de la obra que tenía que efectuarse se presentó de la manera más clara. El evangelio tenía que darse a conocer a una población Inmensa; la Biblia tenía que traducirse a muchos Idiomas; la imprenta

tenía que hacerse poderosa en la tierra; toda una literatura cristiana tenía que crearse; escuelas y colegios tenían que ser instituidos y el pueblo educado; y medidas tomadas para levantar una sucesión de evangelistas, pastores y maestros nativos, para que la palabra del Señor corriera y fuera glorificada.

Era necesario, lo más pronto posible, comprar una casa propia para residencia a imprenta. Una semana después de la llegada de Carey, compraron la casa en el nombre de la Sociedad, constituyéndose en tenedores los misioneros. La casa estaba en medio de la población. Tenía lugar amplio para las familias, juntamente con espacio para almacenar y un salón de suficiente tamaño para servir como salón de culto. Detrás de la casa había un terreno de dos acres de extensión que concedieron a Carey para un jardín botánico. El sitio era bueno; otros misioneros podrían ser enviados sin temor; y aunque no podrían establecerse en otras partes, podrían viajar por todas partes de la India. La imprenta fue armada sin dilación. Dos escuelas para internas fueron abiertas bajo el cuidado del señor Marshman y su esposa que les trajeron como ingresos 360 libras esterlinas al Tondo común. Un mes más tarde abrieron una escuela para enseñar a los jóvenes nativos en la lengua popular la cual en corto tiempo atrajo como cuarenta discípulos.

Toda la Biblia, con excepción de dos libros, estaba ya traducida al bengali -por supuesto de una manera lejos de ser perfecta- y el trabajo de imprimirla empezó inmediatamente. "El hermano Ward;" escribe Carey, "es el mismísimo hombre que necesitábamos; se dedica al trabajo con toda su alma. Tengo mucho placer en él, y espero que ha de ser muy útil." Con tanta rapidez progresó el trabajo que el 18 de marzo el primer pliego del Nuevo Testamento fue puesto por Ward en las manos de Carey -un tesoro más precioso a su manera de pensar, que el oro.

Mientras trabajaba la imprenta, tanto Carey como Fountain se aprovecharon de todas las oportunidades para predicar a los paganos en su derredor, y de conversar en privado con los investigadores. Encontraron que los obstáculos en el camino del evangelio eran extremos. Era en verdad un hecho que las dos doctrinas más nobles de la religión precristiana -la unidad de Dios y la vida futura- se encontraban en los primeros libros sánscritos, siendo ecos de una fe primitiva; pero en las mentes del pueblo la verdad estaba adulterada, oscurecida, tapada con errores de la peor clase. Nunca, tal vez, se ha encontrado en otra parte semejante combinación de principios falsos, todos exactamente apropiados para hacer que el pecador se contentase con su esclavitud.

"En otros países se puede apelar a la ley escrita en la conciencia, y frecuentemente con éxito, esforzando el poder de la convicción producida por la doctrina de la revelación; pero aquí la ley de Dios está borrada de la conciencia, y grabada en su lugar está una ley de ceremonia. Aquí la multitud cree que el río Ganges puede limpiarla de la iniquidad; ¿Qué necesidad, pues, tiene de la sangre de Cristo? Aquí los brahmanes afirman sin sonrojarse que Dios es el autor del pecado y que el mundo no es más que su circo; de modo que ya no se teme el pecado. Aquí se cree comúnmente que éste no es un estado de probación, sino de premios y castigos; por lo tanto la doctrina de un juicio general en el futuro parece del todo falsa. Aquí la multitud cree que el Infierno no es más que un lugar de castigo temporal; de modo que nadie lo teme mucho aunque piense que va allí. Por añadidura todos tributan mil veces más reverencia y devoción a los brahmanes que lo hiciera el pueblo alguna vez a los sacerdotes en los periodos más oscuros del papado; y todos son ligados a su presente estado por la cadena de la casta, al romper la cual un hombre tiene que soportar el ser desechado y odiado absolutamente por sus hijos, sus amigos y

sus compatriotas. Todos los afectos que llenan el corazón de un padre, de un marido, de un hijo, de un vecino tienen que ser desgarrados antes de que pueda entregarse a Cristo. Tal es, para la naturaleza el asombroso gigante que Satanás ha erigido a su nombre en este país. Estas dificultades son aumentadas para nosotros por nuestra carencia del idioma y de la influencia, el ejemplo de nuestros compatriotas, el calor del clima, etc. Estamos con frecuencia perplejos, pero no desamparados; abatidos, mas no perecemos. Tenemos la palabra profética más permanente; no estamos sin evidencias de que Dios está obrando por medio de nosotros, y abriendo un camino para escogerse un pueblo en esta región tan oscura. Nuestras aflicciones han abundado; mas la bondad y la misericordia han sobreabundado.

"Parece haber una familiaridad creciente entre nosotros y los naturales. Reciben nuestros dos periódicos y libros impresos por nosotros con el mayor gusto, y no podemos dudar de que se lean extensamente. Un hombre nos dice que ha prestado su libro a un amigo que vive lejos de aquí; otro procura censurar algo de lo que ha leído. Los brahmanes manifiestan grande disgusto de nuestra predicación y publicaciones; y algunos empiezan a saber que hemos venido a propósito para poner fin a su comercio con las almas de los hombres. Parece haber un cambio favorable también en la índole general del pueblo. El comercio ha producido nuevos pensamientos y despertado nuevas energías; de modo que centenares, si pudiéramos hábilmente enseñarles gratis, nos rodearían para aprender el idioma inglés. Esperamos poder hacer esto algún día, y que sea un medio feliz de difundir el conocimiento del evangelio".

En medio de sus trabajos, dificultades y esperanzas Fountain les fue quitado después de una enfermedad comparativamente breve. Murió en Dinagepore el 2 de agosto de 1800, a la edad de treinta y tres años "un pecador salvo por la gracia".

Se les presentaron muchas oportunidades de conversar acerca del evangelio con hombres de todas clases, así como de predicar. En estas controversias había mucho que a un inglés parecería cavilación, pero que en las circunstancias era realmente importante. Las disputas religiosas que se verificaban en Inglaterra eran del todo desconocidas en la India, donde las cuestiones que se levantaban y la manera de tratarlas se parecían más bien a lo que se encuentra en los escritos de Justino Mártir a Ireneo controversias entre los padres de la iglesia por una parte y los paganos y los gnósticos por otra. Un día, por ejemplo, Carey y Brudson fueron a una villa a distancia de unas pocas millas, y encontraron tres o cuatro brahmanes fumando en el mercado, teniendo sus caras manchadas con el polvo de sándalo. Llegándose a ellos Carey les preguntó qué tenían sus rostros. Respondieron que era el Teeluk. "Pregunté por qué se ponían semejante señal. Dijeron que era cosa santa, y citaron los shastras como su autoridad. Les pregunté a qué shastras se referían y qué pruebas había de que sus libros eran divinos. Mientras hablábamos, un buen número de gente se había reunido, y entre los demás un brahmán anciano de muy buen entendimiento. Acababa de preguntar si alguno podía informarme cómo podrían ser perdonados mis pecados; pero al acercarse el anciano todos me lo señalaron. Me senté sobre una estera, él en otra, estando el resto del pueblo en nuestro derredor, y entonces repetí la pregunta. Dijo que la meditación profunda y actos de santidad servirían para el caso. Contesté que estábamos inclinados al pecado, y por esto no nos era posible hacer un acto bueno. Sería tan razonable, le dije, esperar ver la higuera dar mangos, o el *toddy* dar cocos como ver los frutos de la santidad proceder de un corazón pecaminoso. Todos vosotros, le dije, amáis este mundo presente, y tenéis grande placer en pecar; ahora no podéis amar al pecado y a Dios al mismo tiempo, y tendréis

tanta razón en esperar que el fuego y el agua estuviesen de acuerdo como esperar que personas con corazones y deseos pecaminosos aprobasen cordialmente el carácter de Dios. Todas las ceremonias que vosotros llamáis santidad, le dije, pueden hacerse por los hombres más viles, y no es nada fuera de lo común que un brahmán emplee una hora en estas ceremonias y la siguiente en mentir, hurtar, o cometer adulterio; en verdad no podemos esperar que fueseis mejores que vuestros dioses. El brahmán procuró defender su carácter, pero en vano. Cité ejemplos de sus libros, de sus vicios. Pregunté, ¿cómo podéis suponer que un santo Dios haría tales cosas? No son Dios, ni amigos de Dios, ni siquiera sus siervos. Por ejemplo no podéis suponer que yo tendría en mí servicio una persona que estuviera entregada a toda clase de maldad, sabiéndolo yo; ni mucho menos escogería a semejante persona para mi amigo. Alegaron que estos *debían* eran dioses. Observé en respuesta: Sería lo mismo decirme que tú eres brahmán, o sudra, o chundal, o mahometano, o portugués, o Inglés. Brahmán, le dije, tú y yo y todos los demás somos pecadores, y estamos en un estado deplorable; pero tengo buenas nuevas que dame. Dios, por la riqueza de su misericordia, encarnó, tomando la forma del hombre, vivió más de treinta años en la tierra, sin pecar, haciendo el bien. Dio vista a los ciegos, sanó a los enfermos, los cojos, los sordos y los mudos; y después de todo murió en lugar de los pecadores. Nosotros merecemos la ira de Dios; pero él la sufrió. Nosotros no podemos hacer ninguna propiciación suficiente por nuestros pecados; pero él hizo un fin completo de pecado, y ahora nos ha enviado para decirnos que la obra ya está consumada y a llamaros a la fe en él y a confiar en él. Por tanto, dejad vuestras costumbres vanas y dioses falsos y asid la vida eterna por él. Después de mucha conversación de esta clase le presentamos un ejemplar del evangelio según Mateo, y otros tres a otras personas. Prometió leerlo y familiarizarse con su contenido, y luego volverme a hablar más con respecto de él. Ya era oscuro; por esto oré con ellos y después volvimos a casa."

En otra ocasión tuvo una discusión con unos brahmanes en unos arrabales de Serampore. Comenzaron a poner objeciones al evangelio; uno en particular empezó a disculparse y a echar sobre Dios toda la culpa de sus pecados. "Inmediatamente me dirigí a su conciencia tan directamente como pude; le acusé de pecado; pregunté a todos los presentes si ese hombre no era pecador; le dije que no obstante que se llamaba un dios, tendría que morir como un hombre, y muy pronto dar cuenta de toda su conducta a un Dios justo e imparcial. Lo exhorté a él y a todos los circunstantes a que se asieran de Cristo, y a que no siguieran más engañándose. Una multitud procuró oponerse; pero persiste en declararle su peligro y el único remedio. Me dijeron que nunca aceptarían a Cristo; y uno de ellos me dijo: '¿Adora usted a nuestro Krishnu y cree nuestros libros para que sea salvo?' Inmediatamente me puse al lado de un brahmán y dije: Bien, señale usted un día para investirme con el Poltu, y enséñeme el Glayote." ¡Oh! Usted no puede hacerse un brahmán, me respondió, tendrá que ser un sudra.' 'Si, contesté, ¡éste es un bonito negocio! Usted quiere ponerme debajo de sus pies, ¿verdad? ¿Es esto su religión y benevolencia? Yo le predico el evangelio para que usted llegue a ser mi hermano, mi amigo amado; pero usted me convida a aceptar sus shastras para que llegue a ser su esclavo!' Después he sido convidado a aceptar a Krishnu; mi respuesta es, ¿qué frutos pueden enseñar los siervos de Krishnu? Ustedes son orgullosos, falsos, intrigantes, traidores, deshonestos; y no es extraño, porque así era su dios; pero el que cree en el Señor Jesucristo será purificado del amor del 'pecado y de su esclavitud a él."

A veces salían tres juntos, como cantores de baladas, y poniéndose donde se reunían distintos caminos o calles, cantaban un himno evangélico, mientras la gente miraba desde sus casas y

algunos los rodeaban para escuchar. Estas reuniones eran a veces bulliciosas pero cuando hablaban del amor y los sufrimientos de Cristo, la gente prestaba mucha atención.

Antes del fin del primer año en Serampore Dios concedió a los misioneros el deseo de sus corazones. Más de una vez se habían regocijado por la perspectiva de una decisión cristiana de parte de los investigadores; hasta entonces habían sido chasqueados, pero ahora sus esperanzas se realizaron. Krishnu, un carpintero en Serampore, habiéndosele dislocado un brazo se dirigió al señor Thomas, quien estaba de visita en la misión, para que lo curare. Thomas le ató a un árbol y arregló el brazo, y en seguida le habló con mucha seriedad ofreciéndole la salvación del evangelio. Después Krishnu y su familia tuvieron relaciones estrechas con los misioneros; la palabra tocó sus corazones; y como resultado Krishnu, su esposa, su hija y otros profesaron su fe en el evangelio. Mucho tenía que perdonarse a cause de su Ignorancia; pero al cabo manifestaron evidencias satisfactorias de su dependencia de Cristo y sumisión a su voluntad.

El 22 de diciembre Krishnu y Gokul renunciaron su casta sentándose a la mesa con los misioneros. La misma tarde se verificó "la sesión de la Iglesia." Félix, el hijo mayor de Carey, relató la obra de Dios en su alma y con grande regocijo fue recibido como candidato. En seguida Gokul narró su experiencia, como sigue: Hacía años que andaba de acá para allá buscando descanso, pero en vano; había escuchado el evangelio en el mercado de Serampore y la palabra le impresionó tanto que él y otro hombre habían pasado toda la noche platicando sobre ella; por algún tiempo estuvo enojado porque la Biblia no estaba de acuerdo con sus nociones; aunque se alejaba de los misioneros no podía deshacerse de su desasosiego; se vela como un gran pecador, con su corazón todo pecaminoso; pero después, oyendo de nuevo el evangelio, miró a Cristo como la única esperanza; y ahora estaba dispuesto a someterse enteramente a Cristo; y todo esto lo dijo con muchas lágrimas.

Después de Gokul vino Joymuni, quien relató que habla oído el evangelio primero de Gokul; que le hizo creerse el pecador más grande del mundo; que se regocijó de saber de Cristo como un Salvador; que al oír de él le hizo su Asroy (o casa de refugio), y perdió todos sus temores.

En seguida se presentó Rasu, esposa de Krishnu. Ella había oído el evangelio de una manera confusa de su marido. Se sintió una pecadora y estaba llena de temor. La nueva de un Salvador regocijó su corazón, y puesta a sus pies, confió en él y espera todo de él.

Krishnu vino al último de todos. Oyó el evangelio primero del señor Fountain; deseaba saber más, pero se quedó lejos hasta que su hombro fue dislocado, y fue entonces cuando las palabras habladas por el señor Thomas penetraron a su corazón. Antes se deleitaba en el pecado; pero ahora se proponía, como Zaqueo, no seguirlo ya más. Los corazones de todos parecían, como dijo Gokul, clavados en Cristo. Luego Carey explicó el propósito del llamamiento de Cristo; y después de cantar un himno, se arrodillaron para orar y en seguida se separaron.

Luego que se supo que Krishnu y otros habían renunciado a su casta y se habían hecho cristianos, hubo gran alboroto entre los naturales. Una multitud compuesta de centenares de personas se reunieron, gritando imprecaciones salvajes, y arrastraron a Krishnu y Gokul a la casa del magistrado, quien encontrando que no pudieron substanciar su acusación, los despidió, y mandó que el gentío se dispersara. Poco después volvió el gentío para presentar la acusación

contra Krishnu de que rehusaba entregar a su hija al hombre a quien estaba prometida. La acusación era verdadera en cuanto a la letra; la niña tenía trece años, y había sido prometida en matrimonio unos cuantos años antes por su padre, pero ahora se declaró una cristiana; por esto el magistrado rehusó entregarla a un pagano, y concedió que se hiciera guardia esa noche en la casa para impedir la violencia.

El Día del Señor, el 28 de diciembre, Krishnu fue bautizado en el Ganges juntamente con Félix, el hijo mayor de Carey. Parece que a Gokul y las mujeres les faltó el valor y por esto su bautismo fue aplazado. El pobre señor Thomas se puso loco de gozo y no le fue permitido presenciar la escena, aunque sus gritos podían oírse durante el servicio. Carey y su hijo Félix a un lado y Krishnu al otro bajaron la escalera en el desembarcadero, donde se habían congregado el gobernador y unos europeos, unos portugueses nativos, hindúes y mahometanos. Entonces Carey se dirigió a la asamblea en bengala explicando que él y sus amigos no consideraban ese río más sagrado que otros ríos --que no eran más que agua; y que Krishnu por medio de este acto, desechaba a los dioses que no eran dioses, y se vestía de Cristo. El servicio produjo una Impresión profunda; el buen gobernador anciano vertió lágrimas; los espectadores en general parecían sentir la significación y solemnidad del acontecimiento. La misma tarde Kriahnu se sentó con la Iglesia en la mesa del Señor. Era tiempo de grande regocijo.

Siguieron pronto otros bautismos; entre ellos el de Ignacio Fernández, un señor portugués quien continuó por muchos años, tanto por sus trabajos personales como por el use de sus bienes temporales, como un fiel coadjutor de los misioneros. Su residencia era Dinagepore, a casi doscientas millas al norte. Allí era pastor de una pequeña Iglesia, y predicaba con regularidad a los naturales, conociendo tanto el Idioma bengalí como el hindostán. También estableció una o dos escuelas de caridad para los naturales.

Antes del fin del afro se halló que el gasto de la imprenta era más grande de lo que podía soportar el sueldo de los misioneros; y por lo tanto para obtener los fondos necesarios para esa rama del trabajo se aventuraron a apelar a los residentes cristianos de Calcuta. El Lord Wellesley, Gobernador General se Irritó un tanto por esa súplica; algunos de sus subordinados estaban consternados. De qué servía poner el bozal en la prensa de Calcuta ---como lo había hecho su alteza- si había otra que estaba libre a distancia de solo diez y seis millas y con tantas facilidades de sembrar sus impresos en todas partes de la India. A los oficiales el peligro parecía extremo. El Lord Wellesley nunca dejó de ocupar su asiento en la Iglesia como el representante del gobierno Inglés, "haciendo así una profesión pública y oficial de fidelidad al Autor del Cristianismo", y tenía un respeto sincero tanto por el juicio como por el carácter de su capellán, el Rdo. David Brown. Este era el mismo señor Brown que, siete años antes, había recibido al señor Carey en su casa con tan fría cortesía. El señor Brown, consultado por su Excelencia ahora se mostró como un verdadero amigo a los misioneros. Sabiendo que no tenían miras políticos y que sencillamente deseaban extender el conocimiento de la salvación, representó el caso de tal modo que toda intervención fue evitada; la súplica para ayuda fue contestada con liberalidad; y el trabajo siguió. 'Bajo Cudas las desventajas posibles' acabaron de imprimir el Nuevo Testamento a principios del afro siguiente, y Carey vio el principio de la realización de su pensamiento sublime: 'Llevó el primer ejemplar del libro a la iglesia, y lo colocó reverentemente sobre la mesa de la comunión, y todos rodearon la mesa y se unieron fervientemente para dar gracias a Dios. "Es digno de notarse," dijo Fuller, "que el tiempo en que el Señor empezó a

bendecir a sus siervos fue aquel en que su santa Palabra empezó a ser publicada en la lengua de los naturales."

VI

Pruebas de los Primeros Conversos

Poco después de su llegada a la India el Gobernador General el Lord Wellesley descubrió que muchos de los que tenían que desempeñar funciones importantes en el Gobierno, tenían pocos conocimientos del idioma, de las costumbres a ideas de los naturales; y vio que esta ignorancia traía consigo un peligro serio. Aunque había sucedido que hombres que podrían salvar la emergencia habían sido levantados en cada crisis de la historia de la India, estaba convencido de que los intereses del país no debía dejarse que dependieran de los méritos accidentales. Ya había pasado el tiempo en que los siervos civiles de la Compañía podrían ser considerados meramente como agentes de una empresa comercial cuyos deberes principales eran el pesar el té, el contar fardos y el medir muselinas y sedas. Eran de hecho los ministros y oficiales de un soberano poderoso. Ocuparon puestos de graves responsabilidades; y por esto una educación severa y completa se había hecho indispensable.

Con estas miras fue establecido el Colegio Fort William de Calcuta en el año 1800, y se exigió que allí los nuevos siervos civiles estudiaran tres años. Era la idea de Wellesley que la promoción podría alcanzarse sólo por este medio.

El fundador esperaba que el Colegio mostrara ser del más grande valor para el bienestar de la India. Los dos hombres más prominentes de la Iglesia Anglicana en Calcuta tuvieron la dirección de él; el Rev. David Brown era preboste para cuidar de los modales de los estudiantes, y el Rdo. Claudio Buchanan como vicepreboste y provisor clásico para regular el curso de los estudios. El manejo interno fue confiado al Sr. Barlow, el miembro mayor del Concilio. Carey, como el único hombre en la India bien preparado para el oficio, fue nombrado maestro de bengalí, y después de sanscrito y mahrata, con un sueldo de 800 libras esterlinas al año. Más tarde fue elevado al grado de profesor, y su sueldo fue aumentado hasta 1,500 libras al año. Siendo un misionero no era aceptable a los oficiales de la Compañía; pero Wellesley no hizo más que satisfacerse antes de hacer el nombramiento, de que era un hombre de carácter, bien dispuesto hacia el Gobierno, y perfectamente competente para el puesto. Ahora parecía probable que la misión de Serampore podría antes de mucho pasarla sin ninguna ayuda de Inglaterra.

En 1801, a consecuencia del rompimiento de hostilidades con Dinamarca, los ingleses tomaron posesión de Serampore, y la tuvieron por catorce meses, hasta la restauración de la paz. Fue tomada mientras los habitantes estaban en cama dormidos. La misión era considerada ahora tan segura como lo había estado bajo el gobierno danés.

El mismo año la compañía misionera sufrió otras dos pérdidas. Grant y Fountain habían muerto en 1800; el último a fines de agosto. Antes de que hubieran pasado otros dote meses Brunsdon los siguió a la temprana edad de veinticuatro, después de haber dado muestras de grande poder y devoción. Murió en Calcuta el 3 de julio. El 13 de octubre el señor Thomas murió en Singapore

de un ataque de fiebre intermitente. Sus sufrimientos en el fin fueron muy grandes, pero su mente que sostenida en paz cristiana, y murió en plena esperanza de la inmortalidad, exclamando: "¿Dónde está, oh muerte, lo agujón?" Tenía muchas faltas; pero tenía también unas cualidades nobles, y fue notablemente eficiente como misionero y profundamente amado aun por lo que sentían más sus imperfecciones. Lo sepultaron al lado de Fountain. Ni uno ni otro sepulcro está señalado con nombre alguno ahora; son montones informes cubiertos de vegetación silvestre, en que los helechos son conspicuos; pero no hay hombre cristiano que pueda mirarla sin emociones tiernas y aun sin lágrimas. Estas muertes redujeron la compañía misionera a los tres cuyos nombres estarán siempre asociados con Serampore.

En el primer día del Señor de 1802, los misioneros bautizaron el primer converso de entre los kayusts o casta de escritores -una casta inferior sólo a los mismos brahmanes. El nombre de este converso era Petumber Singh. Tenía casi sesenta años de edad y era un hombre de grande inteligencia y simplicidad de carácter. Por años como otro Justino Mártir, yendo del estoicismo al peripatetismo, del peripatetismo al pitagorismo, del pitagorismo al platonismo -había ido buscando a Dios, si en alguna manera palpando le hallase. Sin ostentación había abandonado el culto de los ídolos; y justamente al momento oportuno habla encontrado uno de los tratados de Serampore, del cual aprendió que extranjeros habían venido de una tierra distante para enseñar el camino de salvación por Jesucristo. Buscó a estos extranjeros, y después de quedarse con ellos dos o tres días, volvió a casa para decir a su familia la buena nueva. Volvió después de una semana; abandonó su casta, y profesó la fe de un cristiano. (En el curso de unas pocas semanas otras dos kayusts y un brahmán vinieron y renunciaron también la casta. En esta ocasión Carey escribe: "Tanto los europeos como los naturales se rieron por que pensaban que era nuestra principal idea romper los vínculos de la casta indostana por la predicación del evangelio. Cuando Krishnu y Gokul renunciaron su casta, muchos quedaron admirados; pero la mayoría procuró menospreciarlo orgullosamente preguntándonos con burla, ¿han creído en él los kayusts o brahmanes? ¿Será acaso gran cosa que un carpintero o un destilador hayan renunciado su casta? Últimamente sin embargo, el Señor les ha quitado aun ese pequeño consuelo, habiéndonos dado a un kayust, el cual se unió con la iglesia hace poco. La semana pasada otros dos de la misma casta y un brahmán vinieron y voluntariamente renunciaron su casta sin que nosotros se lo propusiéramos.")

La imprenta era ahora un poder en las manos de los misioneros abasteciéndolos de Nuevos Testamentos, tratados y folletos para esparcir en todas partes. La excitación causada por estas publicaciones era muy considerable, y produjo bastante alarma en los círculos del Gobierno. Unos de los tratados habían caído en las manos de un hindú de alto rango el cual los mostró con indignación a uno de los jueces; y éste a su vez llamó hacia ellos la atención de Sir George Barlow quien representaba al Gobernador General durante la ausencia de éste en el noroeste. Las consecuencias podrían haber sido serias a no haber sido por la Influencia de Buchanan, el cual sugirió, que antes de proceder en el asunto, las autoridades se enterasen del contenido de los odiosos tratados. Por lo tanto fueron considerados y vieron que eran extremadamente inofensivos por lo que toca a algún efecto político que pudiera temerse; y así no se dijo ya más, y el trabajo de la Imprenta siguió sin estorbo.

Como en este tiempo el señor Undy, a cuya consideración cristiana Carey había sido deudor en Mudnabaty, y quien era ahora miembro del Concilio, llamó la atención del Lord Wellesley a la

práctica de Infanticidio en Saugor a la desembocadura del Ganges, donde los niños estaban siendo sacrificados de continuo en conexión con observancias religiosas, pereciendo ahogados o devorados por tiburones y cocodrilos. Hasta ahora esta "costumbre" habla sido permitida por el gobierno para no ofender las susceptibilidades de los naturales. Llamó la atención también al mismo tiempo al hecho de que agentes judiciales del Gobierno firmaban órdenes por virtud de las cuales las viudas eran quemadas en las piras de sus maridos. Carey fue comisionado por el Gobernador General para examinar las autoridades citadas por los hindúes a favor de la práctica del infanticidio; y después de hechos los exámenes Informó que la práctica no era sancionada por los shasters hindúes, y debia ser suprimida. De consiguiente un decreto fue hecho prohibiendo la práctica bajo castigos severos; y en la próxima fiesta, para la grande sorpresa de los alarmistas, quienes habían predicho consecuencias serias, la práctica fue suprimida con apenas una queja de parte de los naturales.

No fue por culpa a olvido de los misioneros que la costumbre de quemar a las viudas no fuera suprimida al mismo tiempo. Una masa de evidencias fidedignas con respecto a la costumbre fue reunida y presentada al Gobernador General; pero estaba para salir de la India, y no podía despachar con rapidez un asunto tan importante; y por esto se permitió a este mal sobrevivir un cuarto de siglo más, para recibir su golpe de muerte de aquel verdadero estadista, el Lord Guillermo Bentinck.

Un gran principio fue afirmado en relación con la recepción en la Iglesia del primer brahmán que era el de la fraternidad cristiana. Los misioneros de tiempos anteriores no meramente habían tolerado la casta en la vida social ordinaria de sus conversos, sino que habían permitido que se viera aun en la mesa del Señor. Carey y sus amigos se pusieron en contra de esto al principio. Un brahmán llamado Krishnu-Prisad profesó fe en Cristo y fue bautizado. El mismo día Krishnu, el brahmán, recibió el pan y la copa de las manos de Krishnu, el Sudra. Así fue anunciado inequívocadamente que no podían reconocerse ningunas distinciones de casta dentro de la hermandad de los creyentes cristianos. No se opusieron, sin embargo al *poít*, o hilo sagrado, que fue considerado nada más como una distinción social, y siguió llevándola al través del hombro por tres años cuando de su propia voluntad, dejó de usarlo.

Poco después fue celebrado el primer matrimonio entre los conversos, entre Krishnu-Prisad, el brahmán, y la hija de Krishnu-Pal, el sudra. La ceremonia se verificó bajo un árbol enfrente de la casa. Carey hizo un discurso corto explicando la ordenanza, repitió unos pasajes de la Escritura, y leyó la ceremonia matrimonial, la cual había sido escrita en bengalí. Et novio y la novia prometieron ser fieles el uno al otro, y, después de una oración, firmaron, agregando los misioneros sus firmas como testigos. En la noche todos fueron al banquete de bodas que se sirvió al estilo oriental. Empezaron cantando el himno de Krishnu, y acabaron con una oración. Se sentía que esto era otro paso para la supresión de las castas.

Medio año más tarde ocurrió la primera muerte entre los conversos. Era Gokul, el Sudra, el cual murió regocijándose en su Salvador. El ataúd, hecho en la misión, fue cubierto con muselina blanca por Krishnu a su propio gasto. Habiendo sido colocado en él el cadáver, Marshman, Félix Carey, Bhyrub, un brahmán bautizado, y Peeru, un mahometano, lo tomaron sobre los hombros, y lo llevaron en presencia de una multitud admirada, al cementerio nuevamente comprado,

cantando al paso que Iban el himno bengalí: "Salvación por la muerte de Cristo." Por lo que tocaba a los cristianos nativos la casta ya estaba completamente destruida.

VII

Traducción de las Escrituras-Dialectos

Francisco Javier puede ser tomado como representante de los que pensaban traer a la India y al Oriente al redil cristiano por medio del bautismo y otros ritos exteriores. Era él hombre que no obstante todos sus errores-que no eran ni pocos ni pequeños- parece haber tenido un profundo amor hacia el Salvador, compasión tierna para los paganos, y valor indomable. Los hermanos moravos representan a aquellos que querían establecer una familia o una hermandad en medio de los paganos con el propósito de que ejemplifiquen delante de los ojos de todo el poder vivo del evangelio. Judson de Birmania, representa al predicador o heraldo que anda de acá para allá proclamando el mensaje de la vida a la manera de los apóstoles y primeros cristianos, dejando que Dios lo pruebe a los hombres a su propia manera. El creía que el evangelio había de darse a conocer Inmediatamente, sin trabajo preliminar que se extendería tal vez por la mitad de una generación; que el fin de todo esfuerzo no es dar a los hombres un credo correcto y dogmático, sino persuadirlos a confiar en un Salvador vivo, presente y todopoderoso, y que la acción vitalizadora del Espíritu Santo ha de ser esperada por el predicador. Otros representados por el gran nombre del Dr. Duff, vieron la grande importancia de la educación, y usaron sus energías para establecer colegios y escuelas cristianas para abrir a la plena corriente de la ciencia europea, las mentes de los que en años futuros habían de guiar las inteligencias y los corazones de los Indios; siendo entendido que todos los conocimientos seculares que fueron impartidos, y toda la disciplina mental hablan de ser subordinados al adelanto del evangelio, puesto que de otro modo toda la maquinaria de la educación "no haría más que volver a los' idólatras en ladrones infieles," Introduciendo un escepticismo como aquel (según Renán) que convirtió la antigua Roma en "el mismo Infierno." La gracia especial dada a Carey era que -como un Wicliff oriental- sería el primero que se dedicara a la traducción de la Biblia y otra literatura cristiana en la India.

Para esta vocación tenía aptitud singular, tanto por dotación natural como por la educación providencial. Por naturaleza era lingüista. Poco tiempo después de su arribo a la India se hizo proficiente en el bengalí; y después de pocos años había hecho tantos progresos en el sánscrito que ningún hombre en la India fue considerado mejor preparado para enseñar esa lengua difícil en el Colegio de Fort William. Su primera intención era sencillamente traducir la Biblia a la lengua vulgar de Bengala; pero el tiempo y la experiencia le mostraron que se exigía mucho más. Sus compañeros participaban de sus opiniones; y en 1804, "habiendo estado trabajando silenciosamente por algún tiempo," propusieron un plan, el cual la experiencia les había sugerido, de traducir las escrituras en los idiomas del Oriente. Supieron que se hablaban al menos siete Idiomas en la India; habían adquirido los hábitos necesarios para traductores; habían acumulado muchas ayudas en Serampore; por la relación de Carey con el Colegio del Gobierno podrían obtener ayuda valiosa de hombres eruditos; tenían un gran establecimiento para la Imprenta y la fundición de tipo, el cual era capaz de extenderse indefinidamente; y Serampore podría hacerse un buen centro desde donde distribuirían sus publicaciones. Se propusieron, pues, siendo que podría ser que semejante conjunción de ventajas no volviera a ocurrir, traducir las

Escrituras a los distintos Idiomas de la India; y por ser sus recursos inadecuados para una obra tan grande, suplicaron a la Sociedad de Inglaterra los ayudara con 1,000 libras esterlinas al año. Unos meses antes de este tiempo Carey había escrito privadamente tanto a Ryland como a Fuller sobre el asunto; y por la Influencia de ellos se había resuelto por votación que, si los hermanos misioneros pudiesen nevar a cabo su plan, "nosotros cooperaremos con ellos muy cordialmente, y estamos persuadidos que el público cristiano no permitiría que el trabajo se parara por falta de sostenimiento." Antes de que esta resolución diera fruto, sin embargo, ayuda suficiente fue recibida de la Sociedad Bíblica recientemente establecida; y el trabajo progresó violentamente. En el torso de los treinta años siguientes más de doscientos dote tomos de la Palabra Sagrada, en cuarenta dialectos distintos, salieron de la Imprenta de la misión.

Ya había sido reforzada la misión por la llegada de hermanos más jóvenes de Inglaterra; otros estaban en camino para la India: unos de los conversos nativos ya predicaban; y los hijos de Carey, Félix y Guillermo dieron pruebas de ser útiles. Era obvio que Serampore se estaba haciendo demasiado estrecha para ellos, y debían encontrar lugar para unos en otra parte. Además de esto había indicaciones de peligro de que si llegara a haber una preponderancia numérica de hermanos más jóvenes en Serampore, sin experiencia, y sin embargo gozando de igualdad perfecta con los de más años pudiesen echar abajo en una sola hora lo que éstos hablan gastado años de trabajo y paciencia en edificar. Esto hizo que los misioneros mayores "temieran pensar siquiera en tener entre ellos una mayoría de personas sin experiencia." Después de considerarlo mucho, acordaron, si era posible, extender la misión estableciendo misiones subordinadas a distancia de unas cien millas la una de la otra; siendo cede, misión la base de operaciones para sus propios alrededores. No aprobaron lo que puede llamarse una vagancia misionera, sino un itinerario que tenía un centro bien escogido, de modo que el misionero visitaba y Volvía a visitar toda la región en su derredor.

Se esperaba, ya que la Sociedad de Inglaterra no podía comprometerse a sostenerlos plenamente, que los que ocuparan estos lugares podrían mantenerse a sí mismos -o casi hacerlo- comerciando un poco en géneros, especial, índigo a otras mercancías indias. Además de esto, bajo el despotismo celoso de la Compañía podrían ser tolerados como traficantes, aunque de seguro se les prohibiría predicar como misioneros. Juzgaron que era necesario que cuatro hermanos ocuparan Serampore como la misión principal, y que las distintas misiones se comunicaran con ellos una vez al mes. Dieron principio en Cutwa una grande población nativa en el Hugli, a como setenta minas arriba de Calcuta; y allí fue Juan Chamberland, esperando mantenerse vendiendo géneros.

Poco después se verificó un acontecimiento notable, que no careció de influencia en el futuro de la misión. A Carey se le había suplicado que pronunciara un discurso en Bengali y otro en sánscrito, como Presidente de las "Discusiones" anuales del Colegio Fort William, en la presencia del Gobernador General; y se aprovechó de la oportunidad para declarar que era misionero. Estas Discusiones del Colegio en el tiempo de Wellesley eran ocasiones de ostentación brillante. Se verificaron en el salón del trono, en presencia del Gobernador General, y los altos oficiales del gobierno, los jueces y muchos particulares distinguidos, además de naturales eminentes, representantes de príncipes nativos con turbantes adornados con plumas y joyas, vestidos ricos y de brillantes colores con no poca ostentación de perlas y oro nativos. En la presencia de éstos se presentó Carey. Se ordenó que su discurso, que fue el primero hecho jamás

por un europeo en ese idioma fuese traducido e impreso. Había dirigido una parte de ese discurso a Wellesley, aseverando el éxito de su administración en general, y los beneficios derivados del Colegio en particular. Cuando fue traducido lo enseñó a Claudio Buchanan, quien lo extendió algo, y (dice Carey) "introdujo unas expresiones de lisonja que yo desapruero totalmente" y luego lo envió así "enmendado" al Lord Wellesley. En el discurso se hallan estas sentencias: "Soy ya anciano, y he vivido por muchos años entre los hindúes. He tenido la costumbre de predicar diariamente a multitudes, conversando con los brahmanes sobre todas las material, y velando sobre escuelas para la educación de la juventud hindú. Su idioma me es casi tan familiar como el mío propio. Estas relaciones estrechas con los naturales por un periodo tan largo, en distintas partes del imperio, me han proporcionado oportunidades de informarme, no inferiores a las que se hayan presentado a otra persona alguna. Puedo decir, en efecto, que sus modales, costumbres, hábitos y sentimientos me son tan obvios como si yo mismo fuera un natural. Y, conociéndolos así, y oyendo, como de hecho oigo sus observaciones diarios sobre nuestro gobierno, carácter y principios, tengo razón en decir, (y me parece que es mi deber valerme de la oportunidad pública que se me presenta ahora para decirlo) que la institución de este Colegio era necesaria para completar la felicidad de los naturales bajo nuestro dominio; porque esta institución derribará la barrera (nuestra ignorancia de su idioma) que siempre se ha opuesto a la influencia de nuestras leyes y principios, y ha despojado nuestra administración de su energía y efecto. Sin embargo si la institución dejara de existir desde este momento, sus efectos saludables no se acabarían. Se ha hecho bien que no puede deshacerse. Han sido abiertos para los naturales de la India manantiales de conocimientos útiles, de instrucción moral y de utilidad política que no puede cerrarse nunca." Mirando en derredor a los estudiantes, agregó: "Vuestro nombre estará seguro en sus manos. Ninguna revolución de opinión o cambio de circunstancias puede robaros la gloria sólida derivada de los principios humanitarios, justos, liberales y magnánimos que han sido incorporados por vuestra administración."

Declararse un misionero en semejante auditorio fue cosa atrevida; y en algunas partes encendió resentimiento profundo y duradero. El juicio del Lord Wellesley fue éste: "Me ha gustado mucho el discurso verdaderamente original y excelente del señor Carey. . . Estimo el testimonio de semejante hombre más que los aplausos de la corte y parlamentos." La ganancia era ésta -él había admitido francamente que era misionero delante de los principales representantes del gobierno británico sin que alguno le interrogara sobre lo que dijo.

Fuller desaprobó algunas cosas del discurso de Carey -especialmente las "enmiendas" de Buchanan- y le dijo. Así como desaprobó las expresiones despreciativas y abusivas sobre la política, igualmente se opuso a un elogio por un misionero sobre la agresión política y militar, la que, según pensaba él, había sobrepujado aun las proezas de Clive. Temía que podía hacer peligro para la cause que amaba en la condescendencia de los grandes y que las alabanzas de los de alto rango pudieran ser un obstáculo más grande que la censure; por esto escribe -refiriéndose a Buchanan, a quien juzgó con mucha severidad -"Cuídese de los consejos de este señor Apego-al-mundo, lo sacaré de la sencillez de Cristo; y bajo el pretexto de la liberalidad, etc. usted quedará esquilado como Sansón de sus guedejas. Cuídese del adulador."

En este tiempo Carey y Marshman tomaron a su cargo la publicación, bajo los auspicios del gobierno, de uno de los libros sanscritos más célebres, empezando con "la Ilíada de la literature sanscrita," Ramayuna. (su lugar en la literatura india es indicado por el dicho, "El que canta y

oye este poema de continuo, ha llegado al estado más sublime de goce, y llegará al fin a ser igual a los dioses." Fuller expresó su opinión cándida de ella llamándola "aquella pieza de tonterías llamada la Ramayuna").

Esta empresa no estate realmente de acuerdo con sus ocupaciones como misioneros, y el efectuarlo le causó no poco aumento de sus trabajos, pero se consolaron con el pensamiento de que le proveería los medios de "sostener al menos otra misión."

En el espacio de seis años, noventa y seis naturales habían sido bautizados bajo una profesión personal de fe en Jesús. Además de éstas había como doscientas más, quienes habían sido más o menos afectados por el evangelio. Unos, como en las primeras iglesias del Nuevo Testamento, se avergonzaron de su profesión, mientras que otros vivieron para adornarla. "A veces," dice Carey en su libro diario, "tenemos que reprenderlos severamente; a veces tenemos que reconvenir; a veces rogar; a menudo, después de todo, llevarlos al trono de la gratis, y allí verter nuestras quejas delante de Dios. Nuestra situación, en soma, puede compararse con la de un padre que tiene una numerosa familia. Ilene que trabajar mucho para mantenerlos, con frecuencia está Reno de Inquietud con respecto a ellos, y tiene que sufrir mucho por su indolencia, su estupidez y su perversidad. No obstante los ama todavía, por ser ellos sus hijos, y su amor para con ellos mezcla el placer con sus afanes." Aun Krishnu-Pal a veces les causó molestias. Aunque tenía muchas cualidades genuinas y era realmente útil para predicar el evangelio, no obstante en algunos aspectos era como un niño. (Las excelencias del carácter de Krishnu se maduraron con los años. Murió en 1822, habiendo mantenido su fidelidad cristiana hasta llegar a ser altamente estimado por sus hermanos, y especialmente por los que le conocían mejor). De vez en cuando revelaba egoísmo, timidez, obstinación o indolencia; y él y su familia eran la ocasión de muchos acontecimientos penosos. Pero tenían que considerarse los antecedentes y circunstancias de los conversos: exigían grande paciencia de parte de los misioneros; y el darles una educación labia en la obediencia y humildad cristianas, era tal vez una de las partes más difíciles de su trabajo, y una que les causó la más grande ansiedad.

El arribo de nuevos misioneros de Inglaterra hizo urgente que llevara a cabo su plan de fundar nuevas misiones en el interior; pero el tiempo no era propicio. El puesto de Gobernador General fue ocupado temporal mente por Sir George Barlow, que (aunque no era hostil) estaba encadenado por las tradiciones oficiales, y no estaba dispuesto a dar peso alguno, bajo su propia responsabilidad, a favor de los misioneros. Durante su ausencia en las provincial septentrionales el señor Undy, un amigo probado del trabajo en Serampore, y un hombre de alto carácter, fue su diputado. Almorzando con el señor Undy una mañana Carey se refirió a su plan de abrir otras misiones, y, si fuera posible establecer a sus hermanos como misioneros en vez de como traficantes. En el presenta estado de colas, dijo que los magistrados no hacían más que su deber en poner obstáculos en el camino de los predicadores. Citó un caso como ejemplo; Su hijo Guillermo y el señor Moore, uno de los misioneros, estaban distribuyendo libros en la ciudad de Dacca hacía algún tiempo; el pueblo se amontonó con avidez en su derredor para recibirlos; pero los magistrados intervinieron y se lo prohibieron. El señor Undy se Interesó mucho, y le suplicó que manifestara sus opiniones y deseos en una carta, prometiendo comunicarse privadamente con Sir George Barlow, y en seguida dar su mejor consejo. Esto sucedió en el mes de diciembre de 1805.

De consiguiente Carey escribió al señor Undy, manifestando a grandes rasgos su plan, y pidiendo el permiso del Gobierno para llevarlo a cabo. Hablando por sus hermanos, así como por sí mismo, dije, que deseaban permiso para establecer misiones subordinadas en el norte, bajo la supervisión de europeos, ayudados por predicadores o catequistas; pero, agregó, "no deseamos ningunos privilegios o exenciones, sino solamente el permiso de vivir en aquellas partes, predicar el evangelio, y distribuir Biblias y tratados religiosos, sin ser molestados por el magistrado del distrito; y queremos también una licencia general para viajar por los dominios británicos. Deseamos estar sujetos a las leyes del país en todo aspecto, y enseñaríamos al pueblo a prestar todo respeto al gobierno bajo el cual vivimos. Puesto que los maestros hindúes y mahometanos y los sacerdotes católicos romanos tienen libertad para establecerse y propagar sus doctrinas en todo lugar, esperamos que la misma libertad no se negará a una sociedad de protestantes."

El señor Undy escribió a Sir George Barlow, recomendando que fuese concedido el permiso deseado. No recibió respuesta. Pasó el tiempo, y habiendo vuelto Sir George a Calcuta dijo que, aunque lo favorecía personalmente, no estaba en su poder conceder la deseada autorización. Los misioneros llegaron a la conclusión de que debían obedecer a Dios más bien que al hombre; se resolvieron a establecer las misiones y a sufrir las consecuencias.

Casi inmediatamente, empero, la hostilidad contra las misiones, que por mucho tiempo había estado ardiendo con lentitud, se manifestó abiertamente. Una pequeña casa de culto, o como dice Ward, "un sotechado de bambúes" en que los naturales podían entrar libremente, había sido constituido en el Bazar Bow, Calcuta, para que predicaran allí en la lengua vulgar; y los misioneros tuvieron el gran gusto de ver acudir a multitudes para escuchar. En este entonces, dos misioneros nuevos, Chater y Robinson, llegaron a Calcuta en un buque americano; y como era costumbre, anunciaron su arribo en la oficina de la policía. Como se levantó alguna cuestión con respecto a permitirles seguir hasta Serampore, Carey vio a dos de los jueces con respecto al asunto, es decir a los señores Blaquiere y Thorton, quienes le informaron que era el deseo del Gobernador General que él y sus colegas no se entrometieran con las preocupaciones de los naturales predicándoles, instruyéndolos, o distribuyendo libros o folletos entre ellos; y que a los naturales convertidos no les sería permitido internarse en el país para propagar el cristianismo allí. Al saber que esta comunicación no había sido hecha por el Gobernador como cosa escrita, Carey respondió esencialmente que se conformarían hasta donde pudieran concienzudamente, y en seguida los dejó.

Los misioneros estaban sumamente perplejos. Vieron que se les "negaba oficialmente el grado de protección y favor concedidos a los adoradores sangrientos de Juggernaut;" y parecía que la puerta estaba cerrada en contra de Jesucristo. Como se habían abstenido escrupulosamente de mezclarse en la política, y como parecía que no podía temerse ningún mal por la propagación del evangelio, no podían imaginar ninguna cause adecuada del cambio que se había verificado. Tuviron que escoger entre desafiar abiertamente el deseo del Gobernador General o ceder un poco a la tempestad actual con la esperanza de que presto pasaría. Escogieron el último camino, y esperaron. "Nuestra esperanza está en Dios," escribió Carey, "la cause es suya, y nunca seremos abandonados por él, no obstante que permite que se levanten obstáculos temporales." Mientras se resolvieron enviar hermanos para ver si podían empezar una misión en Birmania.

La ocasión de esta severidad era la alarma producida por la matanza de Vellore que acababa de verificarse en julio de 1806. Vellore era una fortaleza como a setenta minas de Madrás, donde habiendo sido destronado Tipo Sultán, los miembros de su familia fueron pensionados, y residieron como prisioneros del Estado. De repente, a las don de la mañana del lo. de julio, los cipayos se levantaron contra la guarnición europea, que consistía de cuatro compañías del regimiento sesenta y nueve, y asesinaron al comandante, juntamente con otros trece oficiales, y noventa y nueve soldados, los cuales apenas hicieron esfuerzo para resistir. Otros murieron después de sus heridas. Una compañía pequeña mantuvo una lucha desesperada sobre los terraplenes hasta que fueron relevados por un cuerpo de tropas de Arcot, cuando los amotinados fueron atacados a su turno, y muertos unos centenares de ellos en el mismo lugar. Esta matanza se cuenta entre aquellas lúgubres tragedias representadas por el Black Hole (Pozo Negro) de

Calcuta y el Motín de 1875; y la agitación producida tanto en la India como en Inglaterra fue profunda. Aunque había varias causas contribuyentes, tales como la ambición de la familia destronada, resentimiento contra la agresión británica, y, un recelo real o afectado de que el gobierno pensaba convertirlos por fuerza al cristianismo, la ocasión inmediata del levantamiento fue sencillamente un cambio en la manera de cubrir la cabeza en los individuos de las tropas nativas, habiendo sido substituido el turbante con un chacó de cuero. Siendo éste de cuero se hizo símbolo de un ultraje intencional para las susceptibilidades tanto de los mahometanos como de los hindúes. Al mismo tiempo las señales de casta fueron quitadas de las frentes de los soldados; se les prohibieron aun collares; y se les mandó que se afeitaran. Entre las causas a ocasiones del motín no habla ni un tilde de evidencia de que las operaciones de los misioneros hubieran influido en el asunto; no obstante, por la alarma que se apoderó de todos, "rumores sueltos" de la clase más extravagante corrían tanto en la India como en Inglaterra, los misioneros fueron culpados de todo, y muchos se arriesgaron libremente a afirmar que la empresa misionera, si se toleraba mucho más tiempo, resultaría en rebeliones y amenazas.

Fue mientras prevalecía esta alarma cuando llegaron los dos misioneros nuevos. Se votó una orden en el Concilio de que volviesen desde luego a Europe; y al Capitán Wicks se le rehusó un despacho de aduana para su buque a menos que volviera a llevarlos consigo. Fue dicho al Gobierno que el Capitán Wickes se habla dado a la vela en Rotterdam para Serampore; y que los dos misioneros a quienes había traído estaban por ahora bajo la benders danesa; todo lo cual fue confirmado formalmente por una carta del Gobernador danés. El Capitán Wickers hizo solicitud en seguida a la oficina de la policía por un derecho de aduana, y en conversación con los magistrados manifestó que, más bien que oponerse al gobierno, los misioneros consintieron en que volviesen los hermanos, y agregó que, aunque podría llegar a ser coca seria tanto con la América como con Dinamarca si él y los misioneros se obstinaban, no obstante considerarían la paz y el buen entendimiento entre las naciones cosa de tanta importancia que sacrificarían casi todo antes bien que interrumpirlos. Gracias a esta declaración le dieron los escritos necesarios para que partiera. Era evidente, sin embargo, que el presente no era el tiempo para pensar en extender el trabajo misionero en Bengala; y de consiguiente uno de los hermanos que acababan de llegar se estableció en Serampore y el otro fue enviado con un compañero a Rangún en Birmania donde poco después Félix Carey se reunió con ellos.

El torso seguido por Félix después causó a su padre agudo pesar. El joven -pues no tenía sino veintidós años tenía habilidades grandes, especialmente como lingüista; había estudiado la

medicine con algún éxito en Calcuta; había sido educado como misionero por su padre; y estaba lleno del entusiasmo que anhela grandes empresas. El puesto que fue llamado a llenar en Birmania era uno de importancia y promesa. Su padre, el cual se había opuesto a que fuera cuando se propuso por primera vez, le amonestó seriamente de que "lo que debía temer más eran los raciocinios carnales" y le instó a ser firme y enérgico. "Siempre que se me ocurre la idea de que pudieras dejar el puesto," dice "me da horror, como si fuera un gran crimen . . . Sería locura suponer que no has de tener conflictos. La carne y la sangre lo rogarían y unos amigos tendrán suficiente debilidad para aconsejarte que satisfagas tus inclinaciones abandonando la obra de Dios. Temo que una carta de mi muy estimado amigo, el Dr. Taylor, la cual lo remito ahora, sea de este carácter. Considera, sin embargo, que no eras tuyo. Di, "Señor, heme aquí: envíame a mí," y sé firme, constante, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que lo trabajo en el Señor no es en vano." Transcurridos algunos años el padre se siente obligado a decir: "Temo que los honores que Félix ha recibido del Gobierno de Birmania, no han sido ventajosos para su alma. Si no me equivoco una disposición para complacerse en la respetabilidad mundana ha influido demasiado... Es cosa muy triste tener que disculpar a los que amamos." Poco después le suplicó el rey de Alva, que había oído hablar de las maravillas efectuadas por la vacunación en Rangún a que fuera a la capital para vacunar a los miembros de la familia real. En su camino para allá con una cantidad de linfa, y una imprenta, el pequeño bergantín que había de llevar a la compañía en el Irrawady fue volcado en un chubasco repentino, su esposa y dos hijos se ahogaron y todo se perdió. El rey le recibió bien no obstante el fracaso y poco después lo ennobleción, y lo envió a Calcuta como embajador del gobierno supremo para concluir unas negociaciones pendientes. Su padre, quien estaba muy apenado porque había descendido "del puesto de misionero para ser embajador" esperaba su venida con recelo. "Anhele verle, pero temo que haya decaído mucho en cuanto a las cosas divinas. Viene como oficial de alguna clase, lo cual siento. De haber continuado Félix firme en su propósito de propagar el evangelio, podría haber arrostrado toda situación aflictiva con la confianza de que todo obraría juntamente para el bien; pero estoy ahora a cada peso lleno de terror y ansiedad." Habiéndolo visto el padre dice: "En mi opinión ha decaído mucho... Se ha retirado de toda conexión con la misión... está absolutamente marchitado por lo que toca a las cosas divinas." No tuvo éxito en el negocio por el cual fue enviado; y más bien que verse con el rayo, se arrojó entre las tribus salvajes al oriente de Bengala "donde tuvo una sucesión de aventuras que serían consideradas extravagantes en una novela, "haciendo que su padre sintiera que Félix había abandonado al Señor." Después de muchos meses de esta clase de vida se dejó persuadir a volver a Serampore, donde sus conocimientos profundos en la filología oriental le hicieron muy útil a su padre en la revisión de sus traducciones al bengalí. Además de esto hizo bastante trabajo Independiente de esa clase. Murió en 1822 a la temprana edad de 38 años.

Como ejemplo de la industria, paciencia y laboriosidad de Carey, puede escogerse el relato del empleo de un día de su vida en este tiempo, el que pondrá de manifiesto la manera en que gastaba la mitad de la semana. Es uno de sus días en Calcuta y está disculpándose por no escribir. "Me levanté esta mañana a las seis menos quince minutos, leí un capítulo en la Biblia hebrea, y pasé el tiempo hasta las siete- en oración privada a Dios, y luego dirigí el culto de familia con los criados en bengalí. Mientras preparaban el té leí un poco en el persa con un munshi quien me esperaba cuando dejé la alcoba y también antes de almorzar una porción de indostán. Al momento de acabar el almuerzo me puse a trabajar en la, traducción de la Ramayuna del sánscrito como un pundit que me esperaba también, y seguí hasta las diez, en cuya

hora fui al colegio y me dediqué a los deberes allí hasta entre la una y las dos. Vuelto a casa examiné una prueba de la traducción de Jeremías al bengalí, lo cual ocupó el tiempo hasta la comida. Siempre, cuando estoy en Calcuta, como en casa del señor Rolt, por estar ésta cerca- Después de la comida traduje al sánscrito con la ayuda del pundit principal del Colegio, la mayor parte del capítulo octavo de Mateo. Después de las seis me senté con un pundit telingi para aprender este Idioma. A las siete empecé a reunir unos pocos pensamientos en la forma de un sermón, y prediqué a las siete y media. Había como cuarenta personas presentes y entre ellas uno de los jueces de Puisne del Sudder Deway Adawlut. Después del sermón conseguí de él una subscripción de quinientas ruplas (83 libras esterlinas y 10 chelines) para ayudar a construir nuestra casa de culto y la congregación se había ido para las nueve. Entonces me senté y traduje el capítulo once de Ezequiel al bengalí, empleando así el tiempo hasta casi las once; y ahora me siento para escribir a usted." Si sus cartas son pocas, que estén seguros sus amigos de que no los olvida; pero "la verdad es que cada carta que escribo está a expensas de un capítulo de la Biblia, que podría haber sido traducido en ese tiempo."

VIII

Dificultades y Pruebas

En el principio de 1807 fue ascendido a un puesto más alto en el Colegio Fort William. Hasta ahora había sido "Maestro", pero fue ahora nombrado "Profesor" de sánscrito y bengalí, y también de mahrata, aunque esto no fue mencionado en la carta oficial; y su sueldo fue aumentado de quinientas rupias a mil rupias al mes. "Esto," dice, "será mucha ayuda para la misión."

El mismo año el Senado de la Universidad Brown en los Estados Unidos, reconoció el valor de sus habilidades distinguidas, y el servicio que había hecho en pro del evangelio confiriéndole el grado de Doctor en Teología.

El Lord Cornwallis, que desde 1786 a 1793, había unido en su persona los poderes de Gobernador General y Generalísimo, fue nombrado sucesor de Lord Wellesley, pero murió dos meses después de desembarcar en Calcuta. La autoridad principal había recaído en Sir George Barlow, el miembro mayor del Concilio, hasta la llegada del Lord Minto en 1807. La primera nueva que recibió el nuevo Gobernador General, aun antes de desembarcar, fue la de la matanza de Vellore. Al llegar a Calcuta encontró que el sentimiento antimisionero era muy fuerte en los círculos del gobierno. Había cobrado intensidad por un tratado persa publicado en Serampore, el cual desgraciadamente contenía unas observaciones irritantes sobre Mahoma y el cinismo. El doctor Carey fue llamado a la oficina del Secretario Principal, y estando también presente el Secretario del Departamento Secreto y Político, se trajo y leyó una traducción del tratado. Era nuevo para Carey; no podía defender las expresiones ni ofrecer ninguna explicación; y sólo podía asegurar que los misioneros procuraban evitar todo lo que pudiera suscitar la animadversión. También manifestó su voluntad de someter las publicaciones de la Imprenta de Serampore a la inspección del gobierno, si les parecía a ellos necesario, antes de que fueran distribuidas en los territorios de la Compañía.

Refirió el asunto inmediatamente a sus hermanos y pidió su explicación. Entre tanto se había hecho una queja formal al Coronel Krefting, el nuevo Gobernador danés, suplicando (casi demandando) la supresión del tratado. Cuando el Coronel Krefting participó esta comunicación a los misioneros le explicaron francamente que la publicación del tratado fue debida a una Inadvertencia que ellos sentían sinceramente.

De una vez entregaron todas las copias que poseían, que eran casi toda la tirada, y prometieron voluntariamente no volver a publicarlo en ninguna forma. También manifestaron que en su opinión el use de expresiones irritantes no sólo tendía a ser ofensivo al gobierno, sino que era Inconsistente con el espíritu del mismo evangelio. Empero los oficiales en Calcuta pensaban que habían descubierto una conspiración que amenazaba los intereses de la sociedad, y por esto procedieron a emplear espías quienes descubrieran las ramificaciones y extensión del mal. Estos espías Informaron sobre todo lo que podían descubrir que tenía una apariencia cuestionable o mala, y al oír su relato, el Concilio Supremo asentó su convicción de que la distribución de tratados y la predicación a la multitud eran peligrosas y debían ser prohibidas; y una carta a ese efecto fue dirigida a Carey por el Secretario del Gobierno. La carta manifestaba que otras varias publicaciones de la imprenta de Serampore habían sido enseñadas al Gobierno, dos de las cuales contenían referencias abusivas al islamismo; que se predicaba en Calcuta sobre materias de esa naturaleza bajo la responsabilidad de los misioneros; que tanto para asegurar la tranquilidad pública como para guardar la confianza del pueblo era el deber del gobierno prohibir semejantes procedimientos; por lo tanto el Gobernador en el Concilio deseó que la tal predicación cesara, prohibió todas las publicaciones "ofensivas por su naturaleza a las preocupaciones religiosas de los naturales, o dirigidas al objeto de convertirlos al cristianismo," y esperó "que la Imprenta sea transferida a esta presidencia, donde solamente la misma autoridad que está establecida sobre imprentas sancionadas por el Gobierno puede ser debidamente ejercida." No es de admirar que Carey exclamara: "¡Nunca ha sido escrita semejante carta por ningún gobierno antes! Los católicos romanos han perseguido a otros cristianos bajo el nombre de herejes; pero ningún gobierno cristiano que yo conozca ha prohibido alguna vez los esfuerzos para propagar el evangelio entre los paganos."

Acusaron recibo de la carta; y en seguida los misioneros se reunieron para orar y consultar. Aunque vieron claramente el peligro que los amenazaba, y Carey lloraba como un niño, sin embargo todos sintieron confianza en Dios tal como apenas habían experimentado alguna vez antes. Por sugestión de Ward se acordó que Carey y Ward visitaran personalmente al Lord Minto para explicarle sus propósitos y la naturaleza de su trabajo. Esto pues lo hicieron. Su Excelencia consintió en recibir de ellos un memorial explicatorio, que manifestara lo que habían dicho oralmente antes de la reunión del Concilio. Este memorial fue preparado con grande cuidado por Marshman y firmado por todos. De la manera más serena y clara los principios y los objetos de la misión fueron descritos y contestados los temores de los que recelaban perjuicio al Estado; y así el Lord Minto logró comprender los pormenores del caso desde el punto de vista de los misiones antes de entrar al salón del Concilio. El memorial fue leído en el Concilio el día siguiente, juntamente con una carta del Coronel Krefting; y por la sugestión del Lord Minto, se votó una resolución revocando la orden con respecto a la imprenta y exigiendo solamente que las autoridades en Calcuta fuesen informadas con respecto a lo que imprimieron los misioneros, puesto que las producciones de su imprenta estaban destinadas a circular en los territorios británicos. En la carta en que se avisó a los misioneros de esta decisión fue reconocida fran-

camente "la rectitud de sus intenciones." No se hicieron restricciones ningunas con respecto a la circulación de las Escrituras. Esto lo consideraron "un libramiento maravilloso efectuado por ellos por Dios." Su situación les parecía "tal vez mejor de lo que había sido antes;" y como sinceramente deseaban evitar toda cosa subversiva, se consideraron en realidad libres. Por este resultado estaban muy agradecidos, después que a Dios, al Coronel Krefting, el cual había mostrado ser un amigo firme en todo el trance. Como habían recurrido a Dios en la hora de su angustia, ahora señalaron un día para darle gracias porque "su diestra los había salvado." Antes de mediados del verano recibieron permiso para erigir una capilla en Calcuta.

Además de las molestias de fuera, las había también dentro. Los misioneros más jóvenes que habían venido desde Inglaterra, unos de ellos con ideales algo románticos, no estaban familiarizados con las enormes dificultades y abnegaciones de los de más edad, y sentían que no sólo era severo, sino Insoportable, que éstos ejercieran la autoridad sobre ellos. Su fe en la nueva sangre y métodos nuevos era fuerte; y no era sino natural que desearan que sus miras fuesen consideradas. Tal vez también se esperaba de ellos demasiada abnegación involuntaria. De aquí el desacuerdo a irritación. Tal fue el enojo engendrado así que tuvieron que referir el asunto a la comisión en Inglaterra; y Fuller escribió que si continuaba la oposición de los hermanos jóvenes podría llegar a ser necesario hacerlos volver. No parece que Carey llegó al punto de irritarse. Manso, bondadoso y del todo libre de ambición personal y de egoísmo, siempre veía lo mejor que había en todos.

Mientras se experimentaban estas dificultades en la India, un conflicto recto se había desatado en Inglaterra. En la opinión de Fuller nunca había habido una controversia en que se distinguían más claramente los que temían a Dios de los que no le temían. Fueron vilipendiados el carácter y los motivos de los misioneros; se apeló a los temores del público, y se afirmó que tan aferrado era el apego tanto de los hindúes como de los mahometanos a su religión que, si se dirigía a ellos aun con argumentos solamente, desde luego "sacaban sus dagas." El número, la Influencia política y el grande ruido que hicieron estaban en contra de la causa misionera; a los ojos de Fuller parecía "como una vista panorámica del ejército de Jerjes y de la oposición de los trescientos griegos en las Termópilas;" no obstante escribe intrépidamente, "no los temeré; nos mostraremos valerosos." Folleto tras folleto salieron de la Imprenta con respuestas y respuestas a preguntas, y en la, vehemencia de la lucha la mente del público estuvo grandemente agitada.

(Los misioneros nunca perdieron ánimo. "No sean abatidos ustedes por causa nuestra; la causa por la que estamos trabajando es la causa de Dios, y tiene que prevalecer. Me parece, sin embargo que una petición podría ser presentada al Parlamento rogando especialmente permiso para establecer misioneros, y libertad para que prosigan con sus trabajos entre los naturales sujetos en todas las materias civiles a las leyes del país. No dudo de que con un poco de esfuerzo podrían conseguirse un millón de firmas para semejante petición; y me parece que el tiempo para presentarla será cuando el Parlamento considera el renovar la carta. En el ínterin, sin embargo, no piense usted que estamos escondidos, o temerosos de dejarnos ver o de confesar nuestro trabajo."-Carta de Carey).

Unos pocos extractos indicarán suficientemente el carácter del ataque en las misiones. Los misioneros son representados como "iliteratos, ignorantes, y tan entusiastas como el devoto más entusiasta de los hindúes." "En el curso de varios años han hecho como ochenta conversos, todos

pertenecientes a la gente más ínfima, la mayor parte de ellos limosneros por profesión, y otros que han perdido su casta. Todos ellos fueron rescatados de la pobreza, y lograron una subsistencia adecuada por medio de su conversión." "Unos de estos conversos han sido expulsados a causa de inmoralidad grosera. Tal, estoy seguro, sería el destino de los demás si los misioneros no temieran que se riesen de ellos." "Si alguna vez llega el día fatal cuando la innovación religiosa pise ese país, la indignación correrá de un extremo a otro de Indostán; y las armas de cincuenta millones de personas nos empujarán de esa parte del globo con tanta facilidad como la arena del desierto es esparcida por el viento." "Si la habilidad de Bonaparte hubiera sido ejercida para fraguar un plan que, con más certidumbre que ningún otro, destruiría el Imperio Británico en la India, habría recomendado ese mismo plan." "Si juzgamos que la India merece conservarse debemos procurar recobrar la confianza del pueblo haciendo volver inmediatamente a todo misionero." A Fuller esto le parecía la aplicación de la guillotina para curar el dolor de cabeza.

"Cuando la viveza está concedida a un hombre... que ama el honor, la justicia, el decoro, el buen humor, la moralidad y la religión diez mil veces mejor que la, viveza, entonces la viveza es una parte linda y deleitosa de nuestra naturaleza." Así escribió el Rev. Sidney Smith, el mismo hombre que, en un artículo en la Revista de Edimburgo (1808) hizo uno de los ataques más despiadados a los misioneros. Se mofó del entusiasmo misionero diciendo que "si un latonero es hombre piadoso infaliblemente se marcha para el Oriente." Hizo extractos, unos de ellos alterados de los periódicos misioneros, arreglados con títulos de pretendida solemnidad, con el propósito de ridiculizarlos. No vacila en afirmar que en cuanto a su propio asunto los misioneros son del todo locos desenfrenados; que "deliberada, piadosa y concienzudamente expondrían a destrucción todo nuestro imperio oriental para convertir a media docena de brahmanes, que, después de haberse llenado con aguardiente y arroz, huirían y envilecerían el evangelio y sus profesores con toda clase de Irrisión y abusos." Recopila su argumento así: "No vemos ni la menor expectativa de éxito; vemos mucho peligro en hacer el esfuerzo; y dudamos si la conversión de los hindúes sería alguna vez más que nominal." Volviendo al ataque en 1809, arrogándose el crédito de "haber derrotado todo un nido de consagrados zapateros remendones," dice: "Nuestra acusación es que les faltan sentido, conducta, y religión sana; y que si no se cuida de ellos será cortada la garganta de todo europeo en la India. Refiriéndose a las quejas de Intolerancia hechas por los misioneros, dice: "Una comadreja tendría igual razón en quejarse de la intolerancia cuando la estrangulan por comerse huevos." Al mismo tiempo afirma que "somos, como hemos sido siempre, amigos sinceros de la conversión de los hindúes;" mientras Incluía a los que realmente se dedicaban al trabajo en la misma categoría con "piojos que deben ser cogidos y extirpados."

Un ejemplo sencillo típico bastará para dar a entender el motivo de toda esta invectiva despiadada. Un hombre pobre a iliterato, que no sabía ni leer ni escribir, con su conciencia oscurecida y pervertida por el paganismo, viene a vivir en Serampore. Es un idólatra entusiasta; su espalda está llena de cicatrices hechas por los ganchos en que, con tanta frecuencia, ha sido suspendido en la churuka; repetidas veces han horadado su lengua con varas de hierro; por muchos años se ha revolcado en el cieno de los vicios. Este hombre oye las palabras de nuestro Señor Jesucristo de un converso nativo, y llega a conocer a los misioneros. Después de algún tiempo está despertado a una convicción profunda de su estado pecaminoso, y del amor de Cristo en hacerse su Salvador. Cree el mensaje de misericordia. Habiendo logrado la confianza de los

hermanos como una criatura nueva, es agregado a su número. Trabaja en un puesto inferior; no está hábil para coca mejor; pero en todas las ocasiones adorna el evangelio por su conducta humilde y su gratitud por las bondades recibidas. Su vida es desde entonces limpia y feliz. Al fin de todo, moribundo, expresa su confianza en Cristo; y cuando ya no puede hablar claramente coloca la mano en el corazón y murmura: "Está aquí," "está aquí." ¿Pensaban acaso los mofadores políticos y "sacerdotes orgullosos" a dónde volaban las flechas envenenadas?

Las discusiones terminaron con un artículo escrito por Southey en el Quarterly Review en 1809, en que hace un resumen breve de la historia de las misiones en la India, con especialidad de la Sociedad Misionera Bautista, y se examina la cuestión de si el Gobierno Británico, en la India se exponía a algún peligro tolerando a los misioneros; "porque, como dice con mucha verdad Andrés Fuller, aquel calvinista valiente y fogoso, la cuestión disputada no es si los naturales de la India no han de seguir disfrutando de la tolerancia más perfecta, sino si esa toleración ha de extenderse en los enseñadores del cristianismo." Hacia el fin del artículo dice: "Estos hombres de cuna y crianza humildes han traducido toda la Biblia al bengalí, y para ahora la tienen impresa. Están Imprimiendo el Nuevo Testamento en el sánscrito, el orisa, el mahrata, el indostani y el guzarat, y traduciéndolo en el pérsico, telinga, parnata, chino, el idioma de los seiks y en el de los birmanes; y en cuatro de estos idiomas están traduciendo la Biblia. Por más extraordinario que sea esto parecerá aun más así cuando se recuerda que de estos hombres uno fue originalmente zapatero, otro Impresor en Hull y el tercero maestro de una escuela de caridad en Bristol. Solamente catorce años han pasado desde que Thomas y Carey llegaron a la India, y en ese tiempo estos misioneros han adquirido este don de lenguas; en catorce años estos hombres de origen y educación tan humildes han hecho más para extender el conocimiento de las Escrituras entre los paganos que se ha efectuado o aun Intentado por todo el resto del mundo... Todo lo que piden del Gobierno es la tolerancia para sí mismos y la protección para sus conversos. El plan que han trazado para sus propios procedimientos es perfectamente prudente a Irreprochable, y hay tan poco motivo de temer que han de provocar el martirio como habría de que retrocederían de sufrirlo si la causa de Dios y de los hombres exigía el sacrificio." El resultado de estas discusiones era ganancia clara para la empresa misionera.

Antes del fin de 1807 la pobre señora Carey murió de fiebre después de haber estado restringida por un período de doce años. Su condición por todos estos años era tal que le prohibían gozar aun de esos placeres Ideales que a veces divierten a los dementes. Durante su última enfermedad estaba casi siempre dormida. Fue sepultada el día después de su muerte en el cementerio misionero.

En el mismo año Serampore fue ocupado por las tropas británicas. No fueron retiradas de allí sino hasta que se hizo la paz en 1815.

El sánscrito es la base de casi todos los dialectos hablados en la India septentrional. Es la única lengua sagrada de los hindúes; y aun el pali, la lengua sagrada del budhismo es un vástago de él. La literatura sánscrita se ha mostrado ser Infinitamente más rica en obras de poesía, filosofía, leyes, religión, y todo lo que los hindúes aprecian más de lo que se soñaba en el tiempo de Carey, cuando apenas habían empezado a estudiarlo, y todos los manuscritos estaban en las manos de los Brahmanes.

Cuando era lengua viva, "era llena de ternura y poder; era un idioma surtido de las inflexiones más ricas y toda una falange de formas gramaticales; uno que expresaba claramente todo lo que cabía al hombre sufrir, y todo lo que podía concebirse en su mente; y uno que desde el principio del tiempo histórico se encuentra en una forma o en otra como el vehículo de sus esfuerzos intelectuales más sublimes."

Reconociendo su vasta importancia, Carey empezó a estudiar este idioma en un período temprano de su residencia en el país, y proyectó una versión sánscrita de la Biblia, la cual ejecutó poco a poco conforme tenía tiempo. El Nuevo Testamento fue completado en 1808, y seiscientos ejemplares en cuarto fueron impresos en 1809; el Pentateuco fue impreso en 1811; los libros históricos en 1815, la Hagiografía en 1818, y los libros proféticos en 1822. Los ejemplares de esta obra son ahora muy escasos. Según el testimonio de los que la conocen apenas puede considerarse satisfactoria si no fuera por ser robustamente literal. Carey vio claramente que, aunque la Biblia sánscrita era de mucha importancia, sin embargo en ese tiempo no era sino un objeto de lujo para los pocos; mientras la versión en bengalí era "el pan de vida" para los millones. Y por esto su primer cuidado había sido proveer la última. Apenas necesita decirse que, como todos los primeros esfuerzos, la traducción estaba lejos de ser perfecta.

El interés extendido que se sentía en las varias traducciones ejecutadas en Serampore era el motivo para que se hicieran unas insinuaciones menospreciativas en contra de ellos, dando a entender poco más o menos claramente que los hermanos de Serampore debían ponerse a un lado para que otros hombres mejores hicieran el trabajo. "Esto no hace más que probar," dice Carey, "la verdad de la observación de Salomón, `que todo trabajo y toda excelencia de obras, mueve la envidia del hombre contra el prójimo.'" No anhelamos el nombre vano de los hombres que tradujeron las Escrituras en éste o el otro idioma, pero si queremos que se haga el trabajo, y hasta ahora no hemos visto la menor probabilidad de que alguien sino nosotros mismos, lo haga. Sin embargo, deseamos que todo el mundo se esfuerce por hacer todo lo que pueda; pero esto no es motivo porque nosotros que empezamos antes que nadie de todos ellos, arrojáramos, para complimentarlos, todo lo que hemos hecho."

En el verano de 1808 se casó con Carlota Emilia Rhumohr, cuñada del caballero Worntedt, chambelán del rey de Dinamarca. Tenía como la misma edad que Carey, era ricamente dotada de inteligencia, de educación esmerada y fina, tenía una bella alma," y sobre todo fue caracterizada por una piedad profunda y perfecta simpatía con la empresa misionera. Había vivido en Serampore hacía varios años, y fue bien conocida por los misioneros, siendo en efecto uno de sus conversos. Este matrimonio resultó ser en todos aspectos muy feliz.

Uno o dos extractos de un pequeño paquete de cartas ya desteñidas, gastadas y amarillas, escritas cuando estaba de viaje para la restauración de su salud, permitirán vislumbrar esta felicidad. Su estilo familiar, su "tú" y "te" dan una idea del afecto tierno, fiel y bondadoso que sentía para su marido.

"Querido de mi corazón, sentí mucho el dejarte, y siento mucho el estar lejos de ti . . . Estoy segura que estarás alegre y agradecido de que mi voz se mejora de día en día, y lo placer aumentará con mucho el mío."

"Espero que no pensarás que estoy escribiendo con demasiada frecuencia; más bien confío en que tendrás gusto en saber de mí... Aunque mi viaje es muy placentero, y el buen estado de mi salud, la frescura del aire, y la variedad de objetos animan mi espíritu, pero no dejo de echarte menos. No dejes, amor mío, de cuidar de tu salud para que tenga el gozo de encontrarte bien."

"Te doy las más afectuosas gracias, querido de mi corazón, por lo bondadosa carta. Aunque el viaje me es muy útil, no puedo dejar de sentir mucho el estar tan lejos de ti, pero estoy siempre contigo en mis pensamientos. . . Bendito sea el Señor por la bondadosa protección que ha dado a su causa en un tiempo de necesidad. ¡Ojalá que siga protegiendo, guiando y bendiciendo a su amada obra, y nos de a todos corazones ardiendo en amor y celo . . . Me sentí muy apesadumbrada al separarme de ti. Veo claramente que no debía ir lejos de ti; mi corazón se apega a ti. No necesito decir (porque espero que sabes que mi corazón no es insensible) cuánto aprecio la bondad de no reparar en el gasto por la recuperación de mi salud. Te regocijarás de oírme hablar como antes en vez de en aquella voz tan bajita."

"Tengo tanto placer en escribirte, amor mío, que no puedo dejar de hacerlo. Estaba casi desconcertada por reírse la señora. . . de mí por escribirte con tanta frecuencia; pero luego pensé que yo tengo tanto placer en recibir tus cartas, y espero que tú sientas lo mismo. Te doy gracias, amor mío, por lo bondadosa carta. No es menester decir que la parte seria me era grata, y tanto más por estar yo privada de toda conversación religiosa. . . Tendré muchísimo gusto, salud para que lo halle bien. No necesito decirte cuanto pienso en ti de día y de noche."

Por muchos años había gozado Carey de salud vigorosa y continua, pero en junio de 1809 contrajo una enfermedad que le llevó a la puerta de la muerte. El ataque le sobrevino mientras volvía de Calcuta. Por los primeros dos o tres días se curó a sí mismo; pero la fiebre se aumentó haciéndole delirar. Un médico del ejército vino a verlo en la ausencia del Dr. Darling, que había sido llamado. Era concienzudamente opuesto a la guerra, y en su delirio, "la vista de una casaca escarlata," dice, "me llenó de horror, y le traté muy bruscamente y rehusé tomar su medicina. En vano se retiró y se puso una casaca negra. Le conocí y quedé resuelto. Creo que esta agitación de espíritu me hizo mucho mal; pero justamente entonces entró el Dr. Darling en quien tenía yo la confianza más implícita y quien se había apresurado para venir antes de su tiempo. . . Por unas semanas mi vida estuvo en duda. Un día o dos parecía que me estaba muriendo. . . El día después de enfermarme completé la traducción de las Escrituras en el idioma bengalí, lo cual amor mío, en verte otra vez; pero cuida de lo uno de mis amigos consideraba el fin de mis trabajos. Ya que me he vuelto a restaurar, es mi oración que pueda seguir con más sencillez de corazón y más prontitud y utilidad verdaderas en la obra del Señor.

"En mi delirio, la mayor parte del cual recuerdo perfectamente, estaba muy ocupado llevando una comisión de Dios a todos los príncipes y gobiernos del mundo, exigiendo que abolieran inmediatamente todo establecimiento político de religión y vendieran la parroquia y las otras iglesias al primer cuerpo de cristianos que quisiera comprarlas. También que declararan infame la guerra, que opinaran que todos los oficiales militares eran hombres que se habían vendido para destruir la raza humana, extendiendo este juicio a todos los hombres muertos llamados héroes, defensores de la patria, oficiales beneméritos, etc. Fui acompañado de ángeles en todas mis excursiones, y siempre tenía éxito."

En una de las primeras cartas que escribió después de su enfermedad dice: "El estado del mundo preocupa mis pensamientos cada vez más -quiero decir con relación al extendimiento del evangelio. Me llamó mucho la atención, al leer esta mañana el capítulo cuarto de Juan, la respuesta de nuestro Señor a sus discípulos. Cuando les había dicho que tenía comida que comer que ellos no sabían, y que su comida era hacer la voluntad de su Padre, y acabar su obra dijo: ¿No decís vosotros: Aun hay cuatro meses hasta que llegue la siega? Es claro que con esto pensaba llamar su atención a la conducta de los hombres cuando la siega se acerca; porque siendo aquella la estación de que dependen todas las esperanzas de los hombres de provisiones temporales, buscan hombres y toman medidas para asegurarlas. Después, dirigiendo su atención a lo que ocupaba a la suya tanto que le era su comida y bebida, agrega, 'Alzad vuestros ojos, y mirad las regiones' de almas que debieran recogerse, 'porque ya están blancas para la siega.' Después del lapso de tantos siglos, y la pérdida de tantos tiempos llenos de esta siega por falta de trabajadores para recogerla, ¿no hemos de, al menos, reflexionar seriamente sobre nuestro deber? El Indostán exige por el cálculo más bajo diez mil ministros del evangelio; la China necesita otro tanto; y se puede calcular fácilmente cuántos se necesitan para el resto del mundo. La Inglaterra ha hecho mucho; pero ni la centésima parte de lo que tiene obligación de hacer. ¿No debe toda iglesia poner su atención principal en descubrir y nutrir los dones espirituales con el propósito especial de enviarlos a otros países? ¿No debe esto ser asunto para oración especial? y ¿no se debe trabajar laboriosamente para infundir este espíritu en las iglesias?"

Al fin del año décimo el señor Ward resume los resultados visibles. A pesar de dificultades y estorbos enormes, habían establecido misiones en varias partes de Bengala, en Patna, en Birmania y en los límites de Bhotán y Orima, cada una de las cuales era "una ciudad asentada sobre el monte," una fortaleza ocupada para Dios en el imperio de las tinieblas. El número de los miembros de la iglesia que eran actualmente comulgantes era de más de doscientos. Tenía una casa de culto en Calcuta construida a costo de millares de libras, y ocupada por una iglesia y congregación grandes. Las Escrituras, todas ellas o partes, habían sido traducidas a impresas en seis idiomas, y se estaban haciendo traducciones en otros seis. Numerosos tratados y libros que tenían por objeto el adelanto del evangelio se estaban imprimiendo. Todo esto era resultado visible, mientras que los resultados invisibles y espirituales que no podían reducirse a listas eran mucho más importantes. Pero aun los resultados visibles justificaban la confianza con que Ward preguntó: "¿No ha refutado Dios completamente la noción de que todos los esfuerzos para diseminar el evangelio entre los paganos son vanos?"

¿A qué lugar pretendía Carey entre los que habían sido los instrumentos en efectuar estos resultados? "He sido testigo," dice él "de una serie asombrosa de circunstancias que han producido una nueva apariencia en todas las cosas relacionadas con la causa de Dios en estas partes. Toda la obra, sin embargo, ha sido conducida por Dios de una manera tan misteriosa que sería difícil para una sola persona fijarse en particular en alguna circunstancia y decir 'Yo soy el instrumento por el cual esta obra ha sido efectuada.'"

Juntamente con esta estimación baja de sí mismo tenía una apreciación muy alta de otros. "Marshman," dice, "está Reno de ardor por el trabajo. Con frecuencia le he visto, cuando nos paseamos juntos fijarse en un grupo de personas como un gavilán en su press, y acercarse a ellos con la resolución de probar en ellos toda la fuerza de los razonamientos evangélicos. A menudo le he visto dedicarse con tanto ardor a una disputa con un hombre de mala conductas o con

deístas y discutir el punto con ellos por horas enteras, sin fatiga, y aun más ansioso por la contienda cuando la dejó que cuando la empezó, de modo que me ha llenado de vergüenza. Con respecto a celo él es Lutero y yo soy Erasmo. El hermano Ward tiene tanta facilidad para dirigirse al corazón, hablando de las cosas espirituales, y sus pensamientos corren tan naturalmente en esa dirección que fija lo que dice en la mente de todos los que le oyen; mientras yo, después de hacer esfuerzos repetidos apenas puedo pronunciar unas pocas sentencias secas, y si sufro al mismo tiempo todo se ha hecho por la instrumentalidad de uno a otro, o, para hablar con más exactitud, por la instrumentalidad de todos, combinada, compuesta y vuelta a componer, que no se puede percibir la instrumentalidad distinta de ninguno. Vemos el efecto; cada uno se regocija en él; y sin embargo nadie puede ver como ha sido hecho. A menudo he pensado que la obra debe ser obstruida por mí, y que el Dios quien abunda en toda sabiduría y prudencia en la dispensación de su gracia, no podía conceder una bendición a los trabajos de tal persona como yo, sin desviarse de esa sabiduría y prudencia que lo caracteriza siempre. Frecuentemente me he desanimado por la aparente cortesía de todo requisito tanto natural como moral para publicar el evangelio, pues así es indudablemente mi condición. . . Reflexiones como éstas me han causado mucha angustia, y todavía lo hacen. Sin embargo sí deseo darme sin reserva tal como soy, a la causa de mi Dios, y estar completamente ocupado en su servicio. En efecto sigo afanándome en mi trabajo, pero sin la vida y espíritu necesarios para excitarme a hacerlo como un servicio espiritual a Dios." un desaire al principio, me quedo sentado como un mudo tonto, y apenas digo otra palabra." "Yo solo," dice a Ryland, "no merezco ser llamado misionero, y a menudo dudo si soy cristiano."

IX

Lucha en Pro de la Libertad Religiosa

Además de sus trabajos muy variados en la traducción de las Escrituras, se impuso la tarea de preparar el camino para sus sucesores en el mismo trabajo. Por tanto, para el principio de 1812 había publicado gramáticas del sánscrito, bengalí y mahrata, en que ponía énfasis en las particularidades de esos idiomas. Tenía en la imprenta una gramática de la lengua telinga, y otra de la de los sikhs; y había comenzado la de la orisa. A estas pensaba agregar otras al paso que podía. Estaba ocupado al mismo tiempo haciendo imprimir un diccionario del bengalí que al fin se extendió tres tomos en cuarto; y se empeñaba en coleccionar materiales para un diccionario de las lenguas orientales derivadas del sanscrito con las palabras correspondientes en el griego y el hebreo. Había proyectado todo este trabajo con el fin de ayudar a trabajadores futuros en corregir y mejorar versiones existentes de las Escrituras y en hacer nuevas traducciones.

El 11 de marzo fue uno de sus días en Calcuta. En ese día escribió una carta a su hermano en que dice: "Con respecto a mí mismo y mi familia tengo la mayor razón para estar agradecido. Gozo de buena salud. Tengo una esposa muy cariñosa y piadosa, cuya mente es altamente cultivada por la educación y mucha lectura. Tres de mis hijos son miembros de la iglesia y dos de ellos trabajan en la obra del ministerio. He experimentado la verdad del dicho del Señor, que el que deja algún bien terrenal por amor a mi nombre y al evangelio recibirá cien veces más. Pero he visto lo que es de infinitamente más importancia que todo el bien temporal: he visto la palabra de Dios arraigarse en esta tierra de modo que hay ahora en esta misión o en relación con ella, once

iglesias, y otras dos o tres están para organizarse. Unas de estas iglesias están en su infancia, pero hay otras que tienen treinta, cuarenta, setenta y aun ciento cincuenta miembros. "

Si estas palabras tan llenas de contento fueron escritas con tinta, ésta apenas se había secado cuando sucedió a la misión una calamidad que amenazó poner fin a unas de sus operaciones más importantes por mucho tiempo. Como a las seis de la tarde se incendió la oficina de la imprenta en Serampore, que destruyó en unas pocas horas los trabajos de doce años. Como a media noche el techo se cayó, y una grande columna de fuego se elevó hacia el cielo, y continuó por unas horas tan invariable como la llama de una vela. Dentro de los edificios que se deshacían así en llamas había juegos de tipos de catorce idiomas orientales; 1200 resmas de papel; muchos ejemplares de la Escritura ya listos para distribuirse; y sobre todo muchos manuscritos valiosos que no podrían reemplazarse con dinero. Los documentos de la propiedad y los registros y cuentas de la Misión fueron sacados justamente a tiempo por el Sr. Ward, y las prensas estaban a salvo en una oficina adyacente que no se prendió; pero todo lo demás que podía quemarse o derretirse parecía ser destruido. Cuando todo se había acabado los misioneros se juntaron en un grupo delante de las ruinas ardientes, y "una serenidad solemne parecía llenar y esforzar todo corazón". Marshman fue a Calcuta en la mañana para llevar la nueva del desastre a Carey, el cual quedó tan aturdido que por un rato no pudo decir ni una palabra. Pasaron el día en buscar nuevos tipos; pero todo en vano; y en la tarde volvieron con sus corazones tristes a Serampore.

Al llegar encontraron a Ward ocupado removiendo las ruinas. Para su grande gozo encontraron que muchos de los punzones y moldes usados para hacer los tipos no habían sufrido perjuicio. Sin malgastar tiempo en lamentos inmediatamente se pusieron a trabajar para remediar sus pérdidas. Utilizaron un almacén suyo que estaba cerca y por casualidad no ocupado como nueva oficina. Despidieron sus empleados por un mes. Emplearon fundidores de tipos que trabajaban todo el tiempo unos de día, otros de noche. El resultado fue que al cabo del mes dos idiomas estaban en la imprenta, y al fin de seis semanas otros cuatro estaban listos.

Carey da a Fuller un relato característico del desastre. Después de enumerar "las circunstancias misericordiosas" que hicieron menos pesada la calamidad manifiesta que, aunque en su propio departamento, se necesitaría trabajar arduamente por dote meses para reemplazar lo que había sido quemado -en manuscritos, especialmente- sin embargo, "puesto que el viajar por un camino por la segunda vez, por más difícil que sea, es por lo regular verificado con más facilidad y certeza que cuando lo recorremos por primera vez, así confío en que el trabajo no perderá nada en su verdadero valor, ni será muy atrasado por este acontecimiento penoso; porque comenzaremos a imprimir al momento en que los tipos estén listos. Tenemos que volver a labrar el terreno, pero no estamos desanimados; en efecto el trabajo ya está empezado en todos los idiomas; estamos abatidos, mas no desesperados".

La calamidad evocó mucho sentimiento bondadoso en toda la comarca, y les fue dada ayuda generosa por hombres de todas las clases. Su buen amigo, el señor Thomason, de Calcuta, les envió 800 libras esterlinas, suma que había colectado en unos pocos días; y cuando la noticia llegó a Inglaterra, la simpatía cristiana fue tan extendida y generosa que todo el dinero para cubrir la pérdida fue contribuido durante tres meses. Fuller les escribe: "Este Incendio ha dado a sus empresas una celebridad que, según parece, ningún otro suceso podría haber hecho; una celebridad que, después de todo, me hace temblar... El público nos está dando ahora sus

alabanzas; si inhalamos este Incienso ¿no ofenderemos al Señor? Y ¿no nos quitará su bendición? Y entonces ¿dónde estaremos?... Solamente guárdese de la adulación y los aplausos. Porque ahora puede esperar ser probado por una marea de éstos. Ha sido firme en medio de la Infamia; que sea firme también en medio de la buena fama. Muchos que han sufrido la primera han fracasado en la segunda... Espere ser altamente alabado, reprochado amargamente, muy envidiado y muy probado de todas maneras. ¡Ojalá que habiendo acabado todo, esté firme!"

El trabajo evangélico de la misión no fue retardado por lo sucedido. Krishnu Pal, ahora un evangelista firme, celoso, bien educado y aún elocuente, predicaba por lo regular doce o catorce veces cada semana en Calcuta y sus arrabales; y Sebug Ram, otro converso nativo, predicó con casi igual frecuencia. "El número de investigadores (dice Carey) que se presenta de continuo despertados por su instrumentalidad entre este pobre pueblo ignorante, me llena de gozo. Yo sé que no soy de mucha utilidad; pero veo una obra que llena mi alma de gratitud. Por no tener tiempo para visitar al pueblo consagro la tarde cada jueves a recibir la visita de los investigadores. Rara vez vienen menos de veinte; y las sencillas confesiones de su estado pecaminoso, las declaraciones no barnizadas de su ignorancia anterior, las expresiones de fe en Cristo y de gratitud a él, con las narraciones de sus conflictos espirituales, a menudo acompañadas de lágrimas que casi les impiden hablar, presentan una escena de la cual apenas puede usted formarse una idea. Al mismo tiempo, reuniones de oración y edificación mutua se verifican cada noche en la semana, y unas noches, para la mayor conveniencia, en varios puntos al mismo tiempo, de modo que la levadura sagrada extiende su influencia por la masa". Unas pocas semanas después escribe: "Tengo ahora casi diecinueve años de trabajar en la misión, y parece como si justamente hubiera acabado de salvar los obstáculos principales amontonados en el umbral de la puerta".

En este mismo año empezó el conflicto final que había de determinar si el evangelio había de ser permitido por el Gobierno de la India, promulgarse libremente o solamente ser tolerada la promulgación de él. El Caravan, un navío americano trayendo a los misioneros Adoniram Judson y Samuel Newel y sus esposas, llegó a la India el 17 de junio de 1812. Carey fue a darles la bienvenida y los condujo a Serampore. Dos semanas después fueron llamados a Calcuta, y mandados partir del país inmediatamente. Los Newel se marcharon en un buque pequeño que no podía llevar sino dos pasajeros para la Isla de Francia; Judson y su esposa tuvieron que quedarse, y al fin, en noviembre, fueron obligados a irse. Se sabe bien el resultado: los mismos eventos que en ese tiempo parecieron tan funestos fueron los medios providenciales de determinar aquella maravillosa carrera misionera que señala a Judson como el apóstol de Birmania.

La acción de los oficiales de Gobierno en Calcuta hizo patente su determinación de desembarazar el país de los misioneros y el cerrarles la puerta en la cara; y el Lord Minto, aunque personalmente era tolerante y aun liberal, se dejó persuadir. La opinión de Carey era que, según el criterio oficial, la predicación del evangelio parecía poco más o menos como cometer una felonía; y no vio seguridad contra medidas caprichosas excepto por la modificación de la carta de la Compañía. Escribiendo a Fuller dice: "El defecto está en la cláusula que da a la Compañía el poder de rechazar a los traficantes clandestinos (*interlopers* era el término oficial) y es justamente tan razonable como si se prohibiera a todo el pueblo de Inglaterra, con excepción de unos pocos escogidos, mirar a la luna. Espero que esta cláusula sea modificada u omitida en la nueva Carta. La prohibición es mala; y nada que es moralmente malo puede ser políticamente

bueno... No deben ustedes procurar enviar a otros misioneros sin permiso del tribunal de Directores, porque serán ciertamente devueltos".

La batalla para la libertad religiosa de la India había de trabarse ahora en terreno inglés; y presto se hizo evidente que la lucha entre los amigos y los enemigos de las misiones había de ser porfiadísima. El tiempo había llegado para renovar la carta de la Compañía, haciendo en ella los cambios que fuesen demandados por las condiciones cambiadas; y ahora había llegado la crisis para lograr la libertad, si eso fuera posible. Los misioneros representaron urgentemente a Fuller que, en unión con otras sociedades debería hacer todo lo posible para asegurar esta libertad por una cláusula en la nueva carta. Correspondió a estas instancias con toda su alma y fuerzas, como lo hicieron también los hombres principales (y en verdad los legos también) de todos los cuerpos misioneros en el país. Se concretaron a dos puntos -es decir, la libertad no restringida para que los misioneros fuesen a la India, y la seguridad de que, una vez allí, no serían devueltos sin haber sido culpables de algún crimen o delito; y se resolvieron no consentir en cosa alguna menor que esta, aunque podría ser que tuvieran que aceptar lo que pudieran alcanzar. No es necesario relatar detalladamente las conferencias que se verificaron, y los esfuerzos que se hicieron para lograr un resultado favorable; no dejaron de valerse de todas las medidas legítimas.

Entre aquellos a quienes visitó Fuller estaba el Lord Casterreagh, el jefe del ministerio en la Cámara de los Comunes. La idea de su Excelencia era que no se necesitaba más que un obispo y tres archidiaconos con provisión adecuada para su mantenimiento; a indicó esto en su bosquejo de la nueva carta que fue sometida al Parlamento en 1813. A éste Fuller manifestó el caso de los misioneros con maestría, calma y comprensión. Después de oírle Casterreagh observó, "Probablemente daremos a los misioneros de ustedes la libertad para proceder a la India, donde pueden profesar su propia fe". "Eso", contestó Fuller, "es un grado de libertad que podemos conseguir cualquier día en Constantinopla. De un Gobierno cristiano esperábamos por supuesto, más liberalidad". "Pero", respondió Casterreagh, "el país en general parece ser indiferente sobre el asunto de las misiones en la India. No son sino dos o tres cuerpos misioneros los que manifiestan interés en ellas". "Si la decisión de la cuestión ha de depender de la expresión de la opinión pública", dijo Fuller, "su Excelencia pronto tendrá la oportunidad de juzgar a qué grado tenemos las simpatías de la nación". Fuller tenía razón en creer esto. Porque, semana tras semana, vinieron peticiones de todas partes y en números absolutamente inauditos. (Fuller narra: "Supongo que rara vez había menos que nueve o diez peticiones al día. No fue un aguacero, sino una lluvia continua; y los adversarios de la misión vieron agotada su paciencia. Uno de ellos dio noticia de una moción a favor de la libertad de los indostanos! Esperó una semana o dos con la expectativa de que estas peticiones dejarían de venir, pero siguieron. Luego pospuso su moción por dos semanas, pero siguieron viniendo. Al fin se dio por vencido".) Unas de estas peticiones propusieron el establecimiento de una religión nacional en la India; otras, (come aconsejó Fuller) pidieron sencillamente que el evangelio se promulgara sin estorbo y deprecaron todas las medidas que necesitaban la fuerza o la influencia del Gobierno. Se verificaron largos debates en la Cámara de los Comunes, en que la cause de las misiones fue defendida con grande habilidad por Wilberforce; y se dijeron por los contrarios cosas que pueden leerse ahora con admiración casi incrédula.

Una cosa postulada por los angloindios era que cualquier esfuerzo para evangelizar a los naturales nos costaría la pérdida de nuestro imperio -una opinión abogada por la mayoría del

Tribunal de Directores, los tenedores de acciones indias, y la empresa. La Cámara de los Comunes, en la opinión de Wilberforce, era en su mayor parte, adversa, y el Gobierno indiferente. Bajo tales condiciones había de hacerse la batalla. Cuando se hizo la proposición para renovar la carta, se vio que no tenía ninguna cláusula misionera; y el poder de expulsar a los *interlopers* continuó en manes de la Compañía. La Compañía demandó el permiso de presentar evidencias desde la barra de la Casa enseñando la naturaleza peligrosa de ciertas concesiones contenidas en la proposición, y se les concedió la demanda. Esto suministró la oportunidad deseada por los amigos de las misiones; y todo el país se despertó a la importancia de la medida con respecto a la propagación del evangelio. La proposición que los amigos de la cause misionera acordaron hacer fue, "Que es el deber de este país promover los intereses y la felicidad de los habitantes nativos de los dominios británicos en la India, y que se deben adoptar las medidas que tiendan a introducir entre ellos conocimientos útiles y mejoramientos religiosos y morales; que para la promoción de estos objetos se concedan por la ley facilidades suficientes a personas deseosas de ir y quedarse en la India con el propósito de realizar estos designios benévolos".

Esta proposición era, por cierto, bastante cautelosa. Cuando se presentó, Wilberforce la defendió en un discurso tan elocuente que ni aún cuando tomaba la palabra sobre la emancipación de los esclavos supo sobrepasarla. "En verdad, señor", dijo con mucha oportunidad, "estos misioneros anabaptistas, pues éste es uno de los varios epítetos bajos que se han aplicado a ellos por desprecio, -merecen nuestro más alto respeto y admiración. Uno de ellos, el Dr. Carey, era originalmente de una de las clases más humildes de la sociedad; pero a pesar de todas las desventajas de semejante situación, tuvo el ingenio para idear el plan, ya puesto por obra, de formar una sociedad para comunicar las bendiciones de la luz cristiana a los naturales de la India, y su primer cuidado fue prepararse para desempeñar un papel distinguido en esa empresa tan verdaderamente noble. Con resolución se aplicó al estudio diligente de los idiomas; después de haber progresado bastante en ellos, se puso a aprender varias de las lenguas orientales, con especialidad la que, según entiendo, se considera la base de todas ellas, esto es, el sánscrito; en éste se confiesa que ha aventajado al mismo Sir Guillermo Jones, y a todos los demás europeos. Ya ha publicado gramáticas de varios de estos idiomas, un diccionario de uno o dos de ellos, y tiene proyectadas empresas aún más grandes. Todo este tiempo, señor, está trabajando incansablemente como misionero, con un celo cuyo ardor es igualado solamente por él mismo al dedicarse a sus trabajos literarios. Otro de estos misioneros anabaptistas, el señor Marshman, ha establecido un seminario para el estudio del idioma chino, el cual ha estudiado con un éxito apenas menor que el del Dr. Carey en el sánscrito. Es un mérito de una clase más común -pero para los que están ciegos a sus excelencias morales y literarias, puede ser que les suministre un modo de juzgar mejor adaptado a sus principios y hábitos de calcular- que estos hombres, y el señor Ward también, que es otro de los misioneros, ganando de 1,000 a 1,500 libras esterlinas al año cada uno, por el ejercicio vario de sus talentos, lo ofrendan todo a los fondos comunes de la misión, la cual sostienen así por sus contribuciones apenas menos efectivamente que lo hacen por sus investigaciones y trabajos de una clase superior. Tales, señor, son los esfuerzos, tales los méritos, tal el éxito, de estos grandes y buenos hombres, -pues no vacilo en denominarlos así".

Cuando se sometió a la votación final el proyecto de ley, ya enmendado, fue aprobado por una mayoría bastante grande, y la puerta de la India fue abierta al evangelio -no obstante que este permiso fue embargado con dos males; es decir, el tener que obtener una licencia de los Direc-

tores o (no habiendo éstos) de la Junta de Inspectores; y la posibilidad de deportar a los misioneros sin alegar contra ellos ninguna acusación específica con excepción de la que fue enviada al gobierno de Inglaterra.

X

Obra Educativa

Andrés Fuller, el hombre fuerte que con tanta fidelidad había "tenido las cuerdas" para los misioneros desde la formación de la Sociedad, murió el 7 de mayo de 1815. Era la mañana del Día del Señor, y la congregación se había reunido para el culto en la capilla adjunta al aposento donde estaba acostado. Oyendo el cantar dijo a su hija Sara, "¡Ojalá que tuviera suficientes fuerzas!" "¿Para hacer qué cosa, padre?' Tara adorar, hija", respondió, agregando después de una pausa, "Mis ojos están empañados". Una hora después había entrado en su descanso.

Era un hombre de "integridad severa y de innata grandeza de mente", con una penetración que profundizaba con maravillosa seguridad la cuestión más complicada, un entendimiento colosal, un juicio que nunca vaciló por la preocupación, y una resolución de las más valerosas. Pocos hombres hay que hayan dado ejemplo más noble de la supremacía de la conciencia. Por más de veinte años, en adición a trabajos que habrían agotado las fuerzas de cualquier hombre ordinario; había dedicado sus energías físicas y mentales a la causa de la misión, y con valor y sagacidad nada comunes la había guiado al través de dificultades, las más formidables. El último servicio que le hizo estaba en conexión con la reñida lucha parlamentaria que tuvo por resultado el asegurar una puerta abierta para el evangelio en la India. Antes de morir tuvo la satisfacción de ver que el trabajo que le había costado no era en vano. Los misioneros habían bautizado casi setecientos conversos nativos; en sus escuelas habían sido enseñados diez mil niños paganos; habían predicado el evangelio en muchas partes del país; traducciones de la Biblia se hacían en veintisiete idiomas; y ya se veían señales de que fuese quebrantado el reino de las tinieblas. Cierta era, como él escribió a Carey: "La chispa que Dios le animó a usted a despertar, ha encendido un gran fuego".

En una carta en que Carey hace mención de haber sabido de la muerte de Fuller, se hallan estas palabras significativas: "Tomando en cuenta los grandes países abiertos a nosotros en el Oriente, suplico, ruego a nuestros queridos hermanos en la Inglaterra, no pensar siquiera en el pequeño y mezquino plan de reducir el número de misiones para que el sostenimiento de ellas no exceda los límites de las contribuciones actuales, sino al contrario dediquen toda su atención y sus esfuerzos al gran objeto de aumentar sus fondos para cumplir con la demanda hecha en ellos por la Providencia divina. Si nuestros objetivos son grandes, el público contribuirá para sostenerlos; si los achicamos, se achicará su liberalidad Inmediatamente y en la misma proporción".

En lugar de realizar semejantes deseos y seguir adelante el trabajo armonioso y agradablemente, estaban para suceder años de Inquietudes. En el cambio del manejo de la Sociedad en consecuencia de la muerte de Fuller, casi inmediatamente sucedieron equivocaciones, especialmente con respecto a los bienes raíces en Serampore, y el poder de dirigir y mandar. Tomando en consideración las circunstancias esto apenas debe admirarnos; pero debe agregarse

que el ejercicio de la franqueza, paciencia y un espíritu justo y conciliador en ambos lados debieron de haber evitado todo peligro de cisma.

Pasando el tiempo, sin embargo, se aumentaron las equivocaciones, haciéndose cada vez más amargas; las sospechas malas se desarrollaron hasta que llegaron a ser certezas; se dio por sentado que los hermanos mayores eran obstinados y tiránicos; se murmuró al principio y después se afirmó que hacían grandes fortunas para si mismos, gracias a su posición; y en vez de esperar con calma informes y explicaciones de Serampore, se tomaron medidas algo apresuradas para impedir la enajenación de las propiedades de la Sociedad.

(El primer párrafo en el Testamento de Carey es como sigue: "Renuncio totalmente a todo derecho o título a los bienes raíces en Serampore, llamados Propiedades de la Misión, y a todas las partes y porciones de ellos; y declaro por este escrito que nunca tuve, ni supuse que tenía semejante derecho o título". Este párrafo debe su existencia a la indigna sospecha indicada arriba.) En la correspondencia y las discusiones que siguieron se dijeron y se escribieron por ambos partidos cosas que haremos mejor en olvidar o dejar en el olvido a que han sido relegadas. Los misioneros eran conscientes de la rectitud con respecto a los asuntos seculares; supieron que, tan lejos de hacer ganancias en su posición, habían practicado la abnegación más severa, y habían espontáneamente dado muchos miles de libras esterlinas adquiridas por sus propios trabajos, a la grande causa a que habían consagrado su vida; de consiguiente no es de admirar que negaran con algo de indignación las insinuaciones hechas en contra de su desinterés. Seguros también de que, en vez de poder guiarlos a ellos, la comisión en Londres, ellos podrían mejor guiar la comisión, resistieron, -tal vez resintieron- lo que les parecía el ejercicio del poder de dictadores, el cual les había quitado su independencia, haciéndolos nada más siervos que obedecían órdenes. Por otra parte debe concederse que la comisión, aunque compuesta de no pocos hombres nobles y fieles, eran demasiado prontos para escuchar sospechas, y que ponderaron la importancia de su propio juicio en comparación de la experiencia y juicio de los hermanos mayores. Así sucedió que la comisión llegó a considerar a Serampore como la "misión rebelde"; y por años pareció "como si jugaran contra ella un partido de ajedrez". Las miras de la comisión pueden encontrarse manifestadas plena y desapasionadamente en el informe anual de 1827.

Otras molestias les turbaron la tranquilidad al mismo tiempo. La severa disciplina a que los misioneros de mayor edad se habían sometido era naturalmente desagradable a los hermanos más jóvenes que se habían unido con ellos. Los primeros se habían condenado voluntariamente a aquella vida de abnegación que habían seguido en Serampore; pero los últimos sentían que aquellos no tenían derecho de imponerla en ellos sin su consentimiento. Por esto se suscitaron celos y enajenamientos entre los jóvenes y los grandes, que se exageraron con el tiempo, hasta que negaron a ser casi insoportables.

Diez años de estos desacuerdos, que iban siempre aumentando culminaron en 1827 en la separación de la misión de Serampore de la Sociedad Misionera Bautista -una separación que no se remedió durante la vida de Carey. Entonces la Sociedad estableció una misión propia en Calcuta, con ramas en distintas partes de la India, adoptando, con el consentimiento de la misión de Serampore, varias de las misiones de ésta. Durante estas molestias largas, por más penosas que fuesen, por más que aun desgarraron sus corazones, la rectitud personal y la sinceridad piadosa de Carey, nunca fueron atacadas ni aun por los que sostuvieron opiniones

diametralmente opuestas; y, por otra parte, aunque desaprobó muchos de sus actos, y algo de su espíritu, y sintió unas cosas profundamente, su afecto por los hermanos jóvenes continuó. "Yo creo", dice, "que nos amamos unos a otros sinceramente".

La convicción que profundizó en la mente de los misioneros fue que sí la India había de ser vencida y retenida por Cristo, esto tendría que hacerse por medio de la predicación de los naturales. Por esto opinaron que era de la más alta importancia proveer los medios de educar a los conversos en conocimientos cristianos, para que pudieran tomar parte en la grande empresa de la evangelización. Hombres como Krishnu-Pal eran Idóneos para ser de grande utilidad entre sus compatriotas; pero era claro que una educación cristiana más alta era necesaria si había de hacerse plenamente eficaz. El resultado de estas consideraciones fue el establecimiento del Colegio de Serampore para la educación de cristianos nativos y otros jóvenes en la literatura oriental y las ciencias europeas. Convencidos por la experiencia de que el método más económico así como el más seguro de inundar la India con la luz divina era el de emplear conversos nativos, se preguntaron: ¿Hemos de enviar a estos hombres al trabajo sin que reciban alguna instrucción previa?, y en su concepto no pudo haber sido una sola respuesta. Fue con el propósito de proveer semejante Instrucción que instituyeron el colegio. Después de consideración larga y paciente de parte de los misioneros se hizo el prospecto. Se dio por sentado que la evangelización completa de la India había de efectuarse por los naturales. Indicó la intención de sus fundadores de que el Colegio no había de estar independiente, sino en conexión vital con las distintas misiones cercanas y lejanas, porque los estudiantes habían de ser tomados de estas misiones, y una vez educados habían de salir como maestros, evangelistas, misioneros y pastores, conforme al llamamiento del Señor. También dio a entender que una educación puramente "teológica" no era deseable, puesto que su tendencia era la de hacer del ministerio una mera profesión y estrechar las miras; por lo tanto se propusieron dejar entrar la luz por todos lados. Esperaban de esta manera conseguir hombres que podrían tratar de las cuestiones religiosas con una comprensión plena del modo indio de pensar y sentir. Les parecía que lo que se necesitaba no era traducir libros europeos a lenguas orientales, sino levantar a hombres leales en su corazón a Jesucristo, los cuales constituirían las verdades de la Revelación en un edificio que correspondería al genio del Oriente.

Al mismo tiempo que el Colegio, como ellos lo idearon, fue proyectado para educar a maestros y predicadores nativos, no obstante, todos los que querían entrar como estudiantes, sea cual fuera su religión o casta, serían bienvenidos, sujetándose a las reglas de él.

Podría haber sido mejor hacer que Calcuta fuese el sitio de la institución. Serampore está ahora como un buque naufrago; mientras Calcuta es la metrópoli, el sitio del gobierno, las leyes, y la justicia, el emporio del comercio y el centro intelectual, desde la que toda cuerda que se toca vibra hasta las extremidades del imperio. En ese tiempo, sin embargo, hicieron lo mejor que pudieron. Arreglaron para que el gobierno danés y los tres misioneros mayores, constituyesen la junta directiva. Los planes fueron sometidos al gobierno danés, y el Rey Federico IV los aprobó, y presentó una casa grande con su jardín en Serampore, las rentas de la cual habían de ayudar a sostener la institución.

Las medidas para establecer el Colegio se tomaban cuando Ward visitó la Inglaterra en 1819. Procuró obtener ayuda allí, pero no tardó en descubrir, para su desaliento, que no podía esperarse

sino poco, por ser tan fuerte la preocupación en contra del trabajo en Serampore. Escribió esto a sus amigos allí. Nada desanimados Carey y sus coadjutores pidieron ayuda en la misma India, donde fueron conocidos mejor que en otra parte; y gracias a esfuerzos pacientes y vigorosos, aunque casi sumergidos en otros cuidados, lograron construir un noble edificio a un costo final de 15,000 libras esterlinas. Este Colegio era el primero de su clase en la India, y su institución señala la adopción de un nuevo método de evangelización. Tanto "El Colegio del Obispo enfrente de Calcuta, como todos los medios de educación creados por el Dr. Duff, recibieron sugerencias valiosas de él. El fruto que se esperaba en su establecimiento era misioneros nativos bien preparados para su trabajo.

No se concedió la carta del Colegio sino hasta 1827. Se permitían diez años para la formación de sus estatutos; y los que fuesen autorizados por los tres misioneros mayores o aquellos de su número que sobreviviesen entonces, habían de ser registrados en el Tribunal danés de Cancillería como los estatutos permanentes del Colegio. Los principios que le parecían a Carey como esenciales eran los siguientes: "Que no se exija juramento a ningún miembro del Colegio, sino que en todos casos sea suficiente una promesa escrita; que el matrimonio no excluya a nadie de oficio; que de los cinco miembros del Concilio uno puede ser siempre de otra denominación que no sea Bautista; que ningún color, casta, país o creencia sea un obstáculo para excluir a alguno de entrar como estudiante; que se juzgue esencial para la elegibilidad de alguien para el puesto de maestro en el Colegio el que crea en las verdades cristianas; que se dé anualmente un informe público del procedimiento del Colegio; que cualquier grado había de ser gratis para el recibidor; que cualquier amigo a la erudición y al cristianismo en la India tenga libertad para establecer una cátedra en el Colegio; y que el número de los profesores y estudiantes sea limitado, conforme a la providencia de Dios.

Durante todos estos años Carey seguía adelante sin interrupción en sus inmensos trabajos para la propagación del evangelio. Pero no le era posible sostener el peso del trabajo, los muchos cuidados que le oprimían, y la influencia del clima, por tantos años, sin pagarlo caro. En el principio del año 1821, el anciano -porque ya tenía sesenta años -fue acometido de repente con una fiebre que le llevó al borde del sepulcro, y que disminuyó hasta un grado considerable su poder de trabajar. Justamente como a la crisis de la fiebre llegó una carta del rey, que, después de desempeñar por muchos años los deberes de regente, había últimamente subido al trono. En esta carta aseguró a los misioneros su constante interés, tanto en ellos mismos como en sus trabajos. Previamente les había ofrecido una "orden" danesa, la de Dannebrog, la cual había rehusado respetuosamente como no conveniente para su puesto y carácter; la carta que envió, ahora venía acompañada de una medalla de oro para cada uno y tenía por fin el expresar la aprobación real de su trabajo.

Poco después de restaurarse de la fiebre tuvo que sufrir una de las pruebas más duras de su vida, que fue la muerte de su esposa, cumplida y amante, quien había compartido con él sus goces y pesares por trece años. De repente le sobrevino un ataque de epilepsia, seguido por otros de sucesión rápida, y después de una enfermedad de solamente cuatro días, el 30 de mayo de 1821, pasó a la eternidad, muriendo, al parecer, sin sufrimiento. En una de sus cartas, refiriéndose a su muerte, dice Carey: "Si ha habido alguna vez un verdadero cristiano, ella era cristiana;" y en otra dice: "Fue eminentemente piadosa, y vivía cerca de Dios. La Biblia era su deleite todos los días; y después de Dios, vivía para mí. Su solicitud por mi felicidad era incesante; y con tanto acierto

podía ella en todo tiempo interpretar mi semblante que habría sido inútil cualquier esfuerzo para ocultar ansiedad o angustia mental. Fue su hábito constante comparar todo versículo de Escritura que leía en las versiones alemana, francesa, italiana e inglesa, y nunca pasar por alto una dificultad hasta que estuviera aclarada. En este aspecto me era eminentemente servicial en la traducción de la Palabra de Dios... Tantas y tan misericordiosas son las circunstancias que acompañan esta muy dura aflicción, que me suministran consuelo más que lo que he sentido antes en ninguna prueba. No tengo que reflexionar sobre ninguna contienda doméstica para añadir así amargura a la aflicción. Estaba lista para partir. Había vivido por largo tiempo en los límites de la tierra celestial, y me parecía que últimamente había negado a ser cada vez más espiritual en sus pensamientos y conversación. No sufrió ninguna larga y penosa enfermedad. Fue quitada antes que yo, los que ambos habíamos anhelado y deseado en nuestras pláticas; porque, aunque estoy seguro de mis hermanos y mis hijos habrían hecho lo posible para aliviar su aflicción, si me hubiera sobrevivido, sin embargo, nadie, ni todos juntos, podrían haber hecho lo que su marido". "Notaba todo cambio en mi semblante" dice en otra carta, "con la mayor solicitud, y con frecuencia estaba llena de ansiedad si percibía la menor señal de cansancio, enfermedad, pesar o aflicción. Con frecuencia ha venido y me ha suplicado que le perdonara algo en que sin saberlo, me hubiese ofendido. Por cierto no tenía ocasión para hacer semejante súplica pero su corazón era tiernísimo sobre este punto. Mi pérdida es irreparable; pero su ganancia es infinite".

Estos trece años eran tal vez los más felices de la vida de Carey -hechos felices especialmente por la comunión con ella. Siendo en muchos aspectos una mujer singularmente dotada, estaba maravillosamente adaptada para su posición como la esposa de semejante hombre en un lugar como lo era Serampore. Aunque por mucho tiempo no podía salir mucho de su cuarto, y eso solamente cuando su esposo la bajaba al primer piso en los brazos para que hiciera ejercicio en su silla de ruedas, la viveza e inteligencia de su mente iluminó su hogar como la continua luz del sol. Era una favorita universal, pues "la mezcla de cultura patricia y la sencillez cristiana en su comportamiento" cautivaba a todos los que la conocían.

La familia de Carey consistía de una hija llamada Ana, que murió en Paddington en su segundo año; Félix, Guillermo, Pedro, que murió en Mudnabaty, a los seis años de edad; Lucia, que murió en Leister en su segundo año; Jabes, nacido un poco antes de que la familia se diera a la vela para la India; y Jonatán, que nació en Mudnabaty. La carrera de Félix ya se ha relatado; Guillermo y Jabes ambos se dedicaron al trabajo misionero; Jonatán estudió la jurisprudencia en Calcuta.

Casi cien cartas, la mayor parte de ellas de tamaño considerable, escritas a Jabes por su padre, han sido conservadas. Forman una serie extremadamente interesante, y arrojan mucha luz sobre la vida de familia de Carey, así como sobre su interés profundo e invariable en la misión. Sus hijos le son muy caros; nunca deja de orar por ellos; los aconseja con la fidelidad de un hombre que teme a Dios, y con el afecto de un padre que los ama con mucha ternura; su ambición más alta para ellos, es que pertenezcan al Salvador, y que le sirvan a él verdaderamente; les hace saber todos los incidentes y acontecimientos pequeños en Serampore y en sus alrededores que puedan interesarlos, así como con los eventos más importantes que influyen en el progreso del evangelio. Apenas hay carta en que no expresa su solicitud de que su hijo "viva cerca de Dios", adornando el evangelio con su vida, y no contando ningún sacrificio demasiado grande para

adelantarlo. Unos pocos extractos de estas cartas indicarán suficientemente el tono de todas ellas: "Suponiendo que hayas entrado ahora en tus trabajos (en Amboyina) siento un deseo aún mayor que de ordinario de que glorifiques el evangelio de Jesucristo en todas las cosas. Por esto, con el afecto de un padre, lo ruego que andes cerca de Dios, y que cultives diligentemente toda gracia del Espíritu Santo. Todos, por más carnales o malos que sean esperan que tú seas santo y si los hombres del mundo lo ven carnal o conformado al mundo, sufrirán una decepción en ti y no dejarán de repetirlo a lo desventaja y al descrédito de la religión. No digo esto por tener sospechas acerca de ti; pero estoy celoso de ti con celos que lo son de Dios, deseando no solamente que seas salvo al fin, sino que glorifiques el evangelio de Dios en todas las cosas".

"Guárdate de la tentación de charlar con los europeos. Muéstrales todo respeto, pero considera siempre que lo deber principal está entre los malayos. No olvides nunca que eres ahora un ministro cristiano... Sobre todas las cosas, mi querido Jabes, vive cerca de Dios, y evita la conformidad con el mundo europeo. Donde estás tienes mucho qué temer de esa parte. . . pero anda como si vieras a Dios delante de tus ojos, y con el tiempo todo lo llegará a ser más fácil, se desvanecerán las dificultades, y las bendiciones lo acompañarán."

"No puedo perder esta oportunidad de asegurarte cuánto lo tengo en el corazón. Te sigo con mis oraciones, para que no sólo seas sostenido bajo todas las pruebas, sino que abundes en todos los dones y gracias del Espíritu Santo y que seas preparado por la gracia de Dios para aquella obra tan importante que tienes delante. Necesitarás celo, prudencia, ternura de conciencia, perseverancia y firmeza a casi todo paso. El Señor, que lo ha abierto esta puerta importante, por su providencia, es poderoso para suplir todo lo que lo falta conforme a sus riquezas, en gloria, en Cristo Jesús, y para hacer que tú seas el instrumento para evangelizar a los países que ves ahora cubiertos de las tinieblas más densas. Sal, mi querido Jabes, en su fuerza; haz mención de su justicia y de la suya solamente; y deja que él escoja la porción. Es de poca importancia si somos pobres o ricos, admitidos a la sociedad de los hombres grandes de este mundo, o que éstos se nos muestren ceñudos. Si Dios nos da trabajo que hacer, nos prepara para él, y nos sostiene en él, eso nos basta".

"Nunca lo he mencionado el asunto tan delicado del amor excesivo de El. . . para adornos, y su apariencia tan ostentosa. Le escribiría acerca de ello si no me desesperara de hacer bien así. . . Será mil veces más respetada con un vestido *thassa* que no en cosas charras más Idóneas para una actriz que para la esposa de un ministro del evangelio... Considera que nadie espera que tengas una casa o una mesa como las de los ministros del Gobierno. No serías respetado si lo procuraras, pero todo el mundo espera una apariencia en lo casa, lo vestido, y en todas las cosas, conveniente para un discípulo humilde del Señor. Hace mucho que he deseado escribirte sobre este asunto, porque estaba muy afligido acerca de él cuando estabas aquí, y mi conciencia no está limpia hasta que lo haya instado seriamente que remedies ese mal. Tu honra me es tan cara como la mía propia. . . Como un padre que lo amo con suma ternura, siento todas estas cosas profundamente; pero si no dijera nada . . . me haría cómplice del mal. Frecuentemente y con mucha y grande aflicción derramo mis suplicas por ti delante de Dios".

Después de referirse a los obstáculos en el camino de su hijo como predicador del evangelio, dice: "Tu última carta contiene un abandono formal de la obra de Dios, y por lo tanto debe considerarse como un paso escogido por ti mismo, que no uno que has sido forzado a dar por las circunstancias exteriores. Por lo que toca a los hombres estás en plena libertad para abandonar

una manera de vivir y adoptar otra; pero seguramente no puedes suponer que nuestras determinaciones puedan librarnos de las obligaciones que debemos a Dios. . . La Escritura dice explícitamente, 'No sois vuestros; porque comprados sois por precio: glorificad pues, a Dios en vuestro cuerpo, y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios'. Toda la parábola de los talentos se basa en la misma verdad; es decir, que nosotros y todo lo que tenemos pertenecemos a Dios, y que él espera que aprovechemos todas nuestras oportunidades y ventajas para promover su causa... Por esto me parece claro que ningunos de nosotros podamos deshacernos en nuestras obligaciones de servir a Dios, y que el trabajar en su servicio no es una cosa meramente electiva, sino que toda persona está bajo obligación indispensable de servir a Dios promoviendo su obra hasta donde le permitan sus habilidades y oportunidades. Dios no exige el empleo de habilidades más grandes que las que él confiere, pero sí exige el empleo y el mejoramiento de las que da, sean cinco, dos o un talento; y no podemos con más impunidad sacar nuestras habilidades, por más pequeñas que sean, de su servicio, que podría el que tenía un solo talento, sin perjuicio propio, esconderlo en la tierra o guardarlo en un pañizuelo . . . Si no pudieras soportar los reproches de lo conciencia por descuidar de la obra de Dios, ¿cómo has de soportar los reproches de lo conciencia por retirarte absolutamente de ella? Este peso, mi querido Jabes, no puede vindicarse. Tu deber era confirmar las cocas que estaban pare morir, ser celoso y trabajar entre tanto que el día dura."

"Mi corazón desea lo provecho, tanto espiritual como temporal, mi querido Jabes, y rara vez lo olvido en mis oraciones; pero sobre todo ansío lo bienestar espiritual. Sin la prosperidad espiritual toda la prosperidad mundana será Inútil a Insípida; pero si vivimos cerca de Dios, esa circunstancia dará un gusto genuino pare todas las bendiciones exteriores, y aun estando éstas ausentes nos dará goces genuinos tales que nos harán triunfar en medio de decepciones y pesares terrenales". Estas líneas fueron escritas justamente después de una temporada de severos sufrimientos corporales, y mientras las perspectivas de la misión de Serampore eran muy oscuras.

XI

Otras Fases de su Vida

Como ya hemos dicho, la afición de Carey para la Historia Natural empezó a manifestarse durante su niñez en Paulerspury. El terreno adjunto a la escuela lo hizo un jardín botánico en pequeña escala, cultivando en él sus plantas y matas favoritas regaladas por vecinos y amigos, o cogidas en los bosques cercanos. Ningún lugarcito donde crecería alguna planta fue dejado sin ocupar. Hackleton, Peddington, Moulton y Leister cada uno en su turno nutrió los mismos gustos, y aumentó sus conocimientos.

En la India no obstante que la misión ocupó el lugar supremo en su afecto, y absorbió tanto su tiempo como sus fuerzas, el amor Innato a la naturaleza se hizo evidente aun en los años más ocupados y más cuitados. En Mudnabaty, solitario y con mil desalientos, tenía su jardín, cultivado por varios "malis", a que tenía la costumbre de retirarse para meditar y orar, y donde nunca

dejó de encontrar consuelo en sus horas de abatimiento. Escribiendo a amigos en Inglaterra se refiere a menudo al deleite y refresco encontrados por él en la Historia Natural; y "ninguna parte de aquel agradable estudio me es tan familiar," observa, "como lo es el reino vegetal." Al establecerse en Serampore le cedieron dos acres de terreno (aumentado después a cinco) para formar un jardín botánico, el cual, desde un principio empezó a surtir con todo lo que era más escogido en la botánica trópica, y en el que también probó naturalizar los productos de otros climas. Las primeras papas que se habían visto jamás en Bengala fueron sembradas por él. Cultivó la vid con tanto éxito que las uvas producidas por él fueron consideradas no indignas de ser presentadas al mismo Gobernador General. Procuró también naturalizar el roble Inglés, pero no pudo hacer que tuviera más de seis a ocho pulgadas. Un hermoso grupo de árboles caobas plantados por él llaman aun la atención de los visitantes.

A veces en sus cartas a Inglaterra suplica a sus amigos que le manden semillas o plantas. Escribe así a sus hermanas: "Hacedme el favor de enviarme unos tulipanes, asfodelos, lirios y semillas de otras clases. No es necesario gastar nada; cualquier amiga os dará esas cosas. Las margaritas y mayas de sus prados serían grandes tesoros aquí." Otra vez: "Si dierais un penique al día a algún niño para coger semillas de violetas y margaritas, y sacarme las raíces de otras plantas silvestres, después de que acaban de florecer podríais llenarme una caja cada cuarto de año; y seguro que algunas vecinas enviarían unos snowdrops, azafranes y otras plantas pequeñas. Cuido muchísimo aquí de todas las yerbas de allá, aun de las ortigas y cardas." Se ve en estas súplicas y otras semejantes no solamente el amor a las flores, sino el amor a la patria nativa-justamente como en los renglones del Obispo Heber, donde, después de hablar de la maravillosa belleza de una escena en Bengala, agrega:

Pero ¿quién, en las enramadas de la India,
Haya dejado de pensar en los bosques verdes de la Inglaterra
Y bendecido aun en la sombra de palmeras,
Los paseos bajo el avellano y el oxicante,
Y suspirado una oración (¡cuántas veces en vano!)
Que le sea permitido volver a ver sus robles?

El jardín en Serampore fue enriquecido paulatinamente con todo lo escogido y raro que pudo recoger, llegando así a ser el mejor en la India, pues contenía tres mil especies de plantas. Se ocupaba constantemente una compañía de jardineros, y cuando él estaba en casa pasaba una parte de cada día Inspeccionando y dirigiendo el trabajo. Así como en Mudnabaty su jardín era su lugar para la meditación y la oración; y allí, como si fuera un Paraíso, oía la voz de Jehová Dios al fresco del día. Cambiar arriate o margen sembrado era tocar la niña de su ojo; ni podía soportar que arrancasen de su tallo una rosa o un ramito de cualquiera clase. En medio de sus numerosos y fatigosos trabajos, predicando, enseñando, traduciendo, "perseguido por impresores como los galgas persiguen el ciervo," trabajando hasta el límite para alistarles los manuscritos o corregir las pruebas, y no obstante su fuerte repugnancia a escribir cartas, halló tiempo para corresponder con botánicos científicos tanto en la Europa como en la América sobre asuntos especiales. En compensación de contribuciones de sus correspondientes les envió colecciones raras del Oriente. Una parte de su recreo era describir los pájaros, los cuadrúpedos y unos pocos de los insectos de la Bengala; pero su deleite era la botánica. Dos árboles y una yerba de la India llevan su nombre, la *Careya arborea*, la *Careya aphérica* y la *Careya herbacea*.

Cuando volvió a su país nativo el Dr. Roxburgh, el encargado del Jardín Botánico de la Compañía recomendó que las llaves fuesen confiadas al Dr. Carey como al hombre más competente para dicho trabajo. En 1812 Carey redactó el *Hortus Bengalensis* de Roxburgh, que era un catálogo científico de las plantas en el jardín de la Compañía; y en 1821-1824 publicó en dos tomos los otros manuscritos de Roxburgh con el título de *Flora Indica*, y una, nueva edición en tres tomos en 1832. Esta fue considerada por los botánicos como una obra autoritativa.

La amplitud de sus miras se manifestó en los diversos planes que proyectó o promovió para el bienestar de la India. Entre éstos puede especificarse el Banco para Ahorros establecido según el modelo inglés en 1820, con el propósito de enseñar la economía y la independencia de espíritu especialmente entre los conversos y adherentes nativos. El mismo éxito que alcanzó, sin embargo, motivó su discontinuación en conexión con la misión, puesto que la debida atención a él era incompatible, según no tardaron en ver, con la prosecución de labores todavía más importantes.

Cerca del mismo tiempo la primera máquina de vapor que se había visto en la India fue introducida en la misión de Serampore. Fue pequeña, de solamente doce caballos de poder, y había sido hecha en Inglaterra para la fábrica de papel; excitó mucha curiosidad no solamente en la vecindad, sino entre hombres de inclinación científica, los cuales vinieron aun desde lejos para examinar su mecanismo y su manera de funcionar. Entre los naturales se conocía como "la máquina de fuego;" y muchos de ellos la consideraban "un hijo de fuego del diablo." Está conservada en Serampore- como la que se llama "Puffing Billy" (Guillermito soplante) en el museo de South Kensington.

Después de larga experiencia y observación, Carey llegó a la conclusión de que mucho podría hacerse en pro del bienestar de la India por medio de la agricultura moderna, cercas mejores y mejores Instrumentos de labranza, y la Introducción de cereales y plantar útiles. La cultivación del terreno fue efectuada de la manera más descuidada; los labradores eran miserablemente pobres a ignorantes; los dueños de las haciendas les exprimían todo lo posible, dejándolos en su mayor parte sin la inspiración de la esperanza. Le parecía a Carey que si una Sociedad Agrícola pudiera formarse para la India, enseñaría a los dueños de los terrenos que no promovían sus propios Intereses exigiendo rentas exageradas a los campesinos, sino en desarrollar los recursos del país, y podría además servir de preparación para el tiempo cuando los hombres volverían sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces. Su idea fue aprobada cordialmente por Lady Hastings, esposa del Gobernador General, y después por el Lord Hastings mismo; y por lo tanto publicó un prospecto fechado "Casa de la Misión, Serampore, 15 de abril de 1820", en el que manifestó sus miras en un estilo familiar y lleno de sentido común. Este prospecto lo diseminó tan extensamente como le fue dable en todas partes del país. Una reunión de personas favorables al proyecto fue convocada para el 14 de septiembre en Calcuta, cuando solamente tres además de él mismo y el Dr. Marshman concurren, no siendo ningunos de estos naturales. Con la misma resolución de siempre que no sabía desesperarse y que había sido probada con tanta frecuencia, constituyeron la Sociedad en esta misma reunión, llamándola la Sociedad Agrícola de la India. Dentro de un par de meses alistaron como cincuenta miembros, unos de los cuales eran naturales ricos y el Lord Hastings consintió en ser patrón de ella. Las esperanzas de los fundadores han

sido realizadas en su mayor parte, tanto en lo que respecta al mejoramiento de la condición de los campesinos como en la ilustración de los grandes hacendados.

Aunque Carey no pensaba nunca volver a Inglaterra, nunca dejó de pensar en su patria nativa con profundo afecto. Puede citarse como ejemplo un pequeño incidente tan conmovedor a su manera como el de Mungo Park y el pedacito de musgo. En un poco de tierra en que le habían sido enviadas otras semillas, brotó, para su intenso deleite, una margarita inglesa, tal como había visto en su villa nativa. Cuidó y cultivó el exótico humilde con el interés más tierno, y lo perpetuó en su jardín como un anual. Escribe al amigo (que será tal vez el señor Cooper, el jardinero principal del Lord Milton) quien le había enviado el paquete: "Para estar seguro de no perder ninguna parte de su regalo valioso, sacudí el costalito sobre la tierra en un lugar sombrío; visitando el lugar unos pocos días después, y para mi gusto indecible, encontré que había brotado un *bellis perenis* de nuestros prados ingleses. Creo que nunca me ha sucedido cosa alguna desde que parte de Europa, que me ha suministrado un placer sencillo tan exquisito como el que me ha dado esta margarita inglesa por no haber visto una hacía treinta años, ni esperado volver a ver una".

En la debilidad que le sobrevino en sus últimos días se sentía afligido por no poder pasearse allí como había tenido por costumbre hacerlo; por esto le conducían allí en una silla de ruedas. Cuando ya estaba demasiado débil aun para esto, mandaba llamar al jardinero principal a su cuarto para platicar con él acerca de las plantas; y cerca de su cama colocó el grabado de un hermoso arbusto, el cual contemplaba con deleite. Un día, durante su última enfermedad, viéndole el Dr. Marshman abatido más que de costumbre, le preguntó la causa. "¡Ah!, hermano Marshman, estaba pensando que cuando yo muera, dejarás las vacas pacer en mi jardín." Marshman procuró después cumplir con los deseos de su amigo moribundo instituyendo un pequeño dote suficiente para pagar a tres jardineros. El señor Urwick, que visitó Serampore últimamente, dice, sin embargo, que el jardín es ahora un matorral, y ha sido vendido a hombres de negocios. Hullodhur, el cual entró al servicio de Carey como jardinero, estando todavía muchacho, y a quien enseñó el nombre latino de todas las plantas favoritas, vive todavía (en 1881) aunque es muy anciano.

XII

Ancianidad y Deceso

En el año 1821 Ward volvió a la India llevando consigo a Juan Mack, un joven escocés de veintitrés años, para la cátedra de filosofía y química en el Colegio de Serampore. Con el tiempo se demostró que no podía haber escogido a otro mejor. Era un hombre raro, cuyo carácter, espíritu, habilidades y educación todos merecían respeto. En él un carácter, al principio vehemente y apasionado, había sido templado por la gracia, hasta que la firmeza de los antiguos pactos se había mezclado con la dulzura de Cristo. Su inteligencia fuerte era disciplinada a ilustrada; su juicio era singularmente recto; su elocuencia era imponente. La ayuda que dio a la obra en Serampore fue de la clase más alta. Por veintitrés años le fue concedido que dedicara al bien de la India sus grandes aptitudes. A su muerte, al principio de 1846, el establecimiento en

Serampore fue transferido a la Sociedad Misionera Bautista, habiendo pasado a Serampore misma en el año anterior desde el gobierno danés al británico.

Carey ahora recibía amonestaciones de que le sobreviniera la vejez; de vez en cuando estaba malo; su vida era "solitaria y melancólica"; por esto en el año 1822 se casó con la señora Hughes, una viuda de cuarenta y cinco años de edad. Aunque no poseía ésta ningunos de los conocimientos y dotes mentales de su finada esposa, era mujer de principios realmente cristianos y se mostró muy atenta para ministrarle y consolarle. En medio de las enfermedades de la vejez que iban siempre aumentándose, no podía haber tenido una enfermera más bondadosa, y solícita. Un incidente que enseña el carácter del hombre sucedió en conexión con el matrimonio. Se había señalado el día, convidado a los huéspedes y hecho todos los arreglos necesarios, cuando, tres o cuatro días antes del tiempo, llegó a saberse que sería necesario que consiguiera licencia, lo cual habría exigido que prestara un juramento. Se oponía concienzudamente a hacer esto, y como no podían recibir su afirmación, hizo aplicación para que los bandos fuesen publicados, y pospuso el matrimonio tres semanas.

El año siguiente, que era el de 1823, fue roto el triunvirato de Serampore por la muerte de Ward, el más joven de la compañía, a la edad de cincuenta y tres años. El miércoles, 5 de marzo, parecía estar de salud excelente, pero el día siguiente fue acometido del cólera de un tipo virulento. Fueron llamados inmediatamente dos doctores, y no se perdonó medio alguno para salvar una vida que les parecía tan valiosa; pero todo fue en vano. A medio día del viernes su pulso comenzó a desfallecer, y para las cinco de la tarde todo se había acabado. El pesar de Carey y Marahman era abrumador. Durante veintitrés años había habido armonía no interrumpida entre ellos, y ahora lo repentino del golpe casi aturdió a los dos sobrevivientes. Esa tarde Marshman escribió: "Este es para nosotros el infortunio más tremendo y terrible, y no encuentro consuelo ninguno sino cuando miro hacia arriba" y un poco más tarde: "He perdido deseos de vivir, sino por la causa del Redentor". El golpe cayó también pesadamente sobre Carey, aunque dijo menos.

Lo que hizo más pesada la aflicción fue el embarazo pecuniario en que se encontraban entonces. Se habían esforzado esperando salvar al fin la misión de Serampore de deshonor y "tener la satisfacción de ir al sepulcro libres de deudas y del temor de deshonor así la causa que nos es más cara que la misma vida"; pero ahora parecía como al la lucha hubiera sido inútil, y la esperanza casi perdida sin remedio. Pero justamente en la hora de necesidad, la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera acudió a ellos con mucha generosidad para ayudarlos, y gracias a este socorro oportuno fueron sacados de sus dificultades inmediatas, de modo que pudieron volver a proseguir su trabajo con nuevas esperanzas. El señor Mack resultó ser un coadjutor muy valioso y simpático y su alegre resolución hizo mucho para sostener el valor de los dos ancianos.

(En aquellos días tristes, y los que siguieron, que eran más oscuros todavía, cantaron con tanta frecuencia un himno, que negó a conocerse como "el canto de los misioneros de Serampore". No tiene mucho de poesía, pero su espíritu es grande: es el himno que empieza:

"Oh, Señor Dios nuestro, levántate,
La causa de la verdad mantiene;
Y entre todos los pueblos de la tierra,

Extiende lo reino bendito".

Una noche oscura de octubre en el año 1823, volviendo Carey tarde a Serampore después de predicar en Calcuta, se resbaló al salir del bote y recibió una lesión severa por la caída. Sufrió muchísimo por diez días; se siguió una fiebre intensa; y por algún tiempo creyeron que moriría. Se restauró poco a poco, pero tuvo que andar con muletas por medio año. Fue conmovedor ver al anciano absorto en su trabajo mucho antes de que pudiera andar en el cuarto sin ayuda. Su constitución física nunca se restauró plenamente del choque; y aunque siguió con su trabajo de traducir y revisar, halló que le era necesario contraer el círculo de sus trabajos en unos pocos de los dialectos más importantes, especialmente el bengalí, para hacer lo posible para perfeccionarlos.

Las desdichadas diferencias con la Sociedad en Inglaterra se hicieron cada vez más penosas hasta que se verificó la separación formal; y aún entonces continuaron haciéndose las acusaciones más serias hasta que se completaron todos los arreglos con respecto a la propiedad. Se aseguró abiertamente que los primeros misioneros vivieron con "pompa oriental", que habían "acumulado muchos bienes, de esa manera enriqueciéndose a sí mismos y a sus familias, estando al mismo tiempo olvidados de la grande causa a que se habían dedicado originalmente", y se declaró que su conducta no era "consecuente con la verdad ni con la honradez común". Las acusaciones hechas y creídas en la Inglaterra llegaron a la América; y el Dr. Staughton, que era tenedor de ciertos fondos destinados para el Colegio de Serampore, rehusó por sí mismo y por los otros tenedores, transmitir algún dinero hasta que no se diera la seguridad de que no sería apropiado enseñar las ciencias ni mucho menos el engrandecimiento de las familias de los misioneros, sino solamente a la preparación de conversos nativos para el ministerio del evangelio. Con referencia a la enseñanza de las ciencias, Carey preguntó: "¿En la América educan ustedes acaso a los jóvenes para el ministerio cristiano sin darles ningunos conocimientos de las ciencias?" Y en cuanto al engrandecimiento de sus familias dice como sigue: "¿Dónde está la elevación de nuestras familias a que se refiere usted? Si es verdadera puede percibirse; pero ¿dónde está? El Dr. Marshman es tan pobre como yo, y yo apenas puedo ahorrar una suma cada mes para ayudar a tres o cuatro parientes indigentes en Europa. Podría haber tenido grandes posesiones; pero he dado todo, con excepción de lo que comía, bebía y vestía, a la causa de las misiones: el Dr. Marshman ha hecho lo mismo; y así lo hizo el señor Ward también". Con esta respuesta dejaron al Dr. Staughton y sus cotenedores para que hicieran lo que juzgaran recto.

(Lo siguiente es una manifestación, sacada de los libros de la Misión de las sumas gastadas por los misioneros de Serampore para varios propósitos desde el principio hasta 1828. Exceptuando 10,795 libras esterlinas, todo había sido contribuido por los mismos misioneros. Después de 1828 agregaron otros muchos millares de libras esterlinas.

Compra de bienes raíces, incluyendo el título de la Sociedad.....	3,050
Composturas, ensanchamiento y defensa contra intrusiones del río.....	9,500
Gastos por veinte años, incluyendo el sostenimiento de varias misiones, impresión de tratados, etc.....	18,385

Pagados a misioneros europeos desde 1805 hasta 1812.....	6,378
Construcción de los edificios del colegio y biblioteca de cuatro mil tomos.....	15,400
Suscripción a escuelas nativas (tres años)...	2,000
Para el Hall Bazar Capilla.....	2,000
Imprimir seis versiones del Nuevo Testamento.....	3,000
	58,613

La prueba que resultó de las desavenencias con la Sociedad en Inglaterra fue aumentada por la quiebra de los comerciantes de Calcuta en dos millones de libras esterlinas y como consecuencia de ésta, un agotamiento de los refuerzos que habían sostenido el trabajo. Para mayor desgracia, la guerra con Birmania resultó tan costosa que en 1830, por motivos económicos, el Gobierno abolió los profesorados en el Colegio Fort William, reduciendo de un golpe el sueldo de Carey en 800 libras al año; y poco después abolieron también el oficio de traductor para el Gobierno, del cual había sacado el sueldo de 360 libras al año. Su único sentimiento por esta reducción de sueldo era que limitaba las operaciones misioneras, a las que había sido dedicado todo fuera de los gastos necesarios. Bajo semejante acumulación de calamidades habría sido abrumado el espíritu de muchos hombres; pero él retuvo su calma y serenidad. "EL buen hombre", dice Marahman, "ya para entrar en su año septuagésimo está tan contento y alegre como es largo el día; anda a caballo cuatro o cinco millas cada mañana, volviendo a casa para cuando sale el sol, sigue adelante con las traducciones de día en día, hace dos discursos sobre la teología y uno sobre la historia natural en el Colegio, y predica a su turno tanto en bengalí como en inglés". Las circunstancias y las necesidades de la misión fueron presentadas a los amigos cristianos en Inglaterra en un memorial especial, seguido poco después con folletos, uno de los cuales fue escrito por Carey, que vindicaron la integridad de los misioneros. El resultado fue que el dinero les fue enviado en cantidad suficiente para satisfacer todos los requisitos actuales, y el trabajo pudo continuar en todas las misiones. "Por lo que toca a mí", escribe Carey, acusando el recibo de sumas enviadas de Inglaterra, "considero que mi carrera ya casi se acabó. Los días de nuestros años son setenta años; y me faltan sólo tres meses para llegar a esa edad, y repetidos achaques biliosos han debilitado mi constitución. Pero no tengo ningún recelo a la muerte. . . ¿Cómo podemos adecuadamente alabar y glorificar a Dios, el cual, en el tiempo de nuestro grande aprieto apareció y animó a su pueblo a contribuir con tanta espontaneidad de sus bienes a su cause? Mi corazón agradece especialmente a aquellos amigos fieles y constantes que nos han sostenido y defendido cuando nuestra integridad fue cuestionada, nuestra veracidad dudada, nuestros motivos representados falsamente, y nuestra reputación calumniada". Después de mucha dilación y muchas palabras emerges, escritas y habladas, se concluyó un arreglo final con respecto a la propiedad en Serampore, y Carey espera "que este asunto molesto concluirá, y que cesará la calumnia, pare que nuestras canas descendan en paz al sepulcro". Durante todo este período triste, la energía de los misioneros de Serampore no había menguado, y nunca había ellos mostrado un ejemplo más noble de fortaleza cristiana y de perseverancia paciente en bien hacer.

El año 1829 es memorable en los anales de la India por la abolición de *suttee* (o sea la práctica de quemar a las viudas en las piras fúnebres de sus maridos). Una de las escenas horrorosas presenciadas por Carey y descrita en una de sus cartas en el principio de su vida misionera, fue el quemar a una viuda junto con el cadáver de su marido. El horror de la escena nunca se borró de su mente. Mientras el Lord Wellesley era Gobernador General le había presentado un Informe cuidadoso sobre el asunto, manifestando el número de estos suicidios durante los seis meses precedentes, dentro de un radio de treinta millas en derredor de Calcuta, que llegaban al número de ciento diez y seis, y demostrando que, aunque era cierto que el rito se permitía, sin embargo, no fue prescrito por el derecho canónico del Indostán. La partida de Wellesley de la India interrumpió sus planes; y sus sucesores en el Gobierno permitieron el mal por más de un cuarto de siglo, hasta el tiempo del Lord William Bentinck, quien, luego que llegó, comenzó a considerar la cuestión. Con calma y deliberación, pero con un propósito invariable, el Lord William persistió, hasta que en diciembre de 1829, se hizo una ley que prohibía el *suttee* en todos los países de Bengala. Se declaró que la práctica era criminal y toda persona que la ayudaba o la instigaba, había de ser considerada culpable de homicidio. Parecía conveniente publicar simultánea e inmediatamente el original y la traducción; y de consiguiente, la ley fue enviada a Carey para que la tradujera en bengalí. Era el Día de Descanso cuando la orden llegó a sus manos, y estaba preparándose para el servicio de la mañana. Apresurándose a quitarse su casaca negra de estilo antiguo, exclamó: "No hay culto para mí hoy. Si me retardo una hora en traducir y publicar esto, las vidas de muchas viudas pueden ser sacrificadas". Llamando a su *pundit*, y dejando que otro ocupara el púlpito, completó la traducción antes de obscurecer. Era una hora para la cual él y sus colaboradores habían orado por la tercera parte de un siglo. Por primera vez durante dos mil años "el Ganges corrió sin sangre a la mar".

Un rasgo de Carey en este tiempo se encuentra en "la Vida del Dr. Alejandro Duff". Duff llegó a la India en 1830, de un poco más de veinticuatro años de edad, alto y bien parecido, con ojos vivos, voz vibrante y gestos inquietos. Inmediatamente se propuso recoger todos los datos con respecto a la empresa misionera en el país, y con este fin visitó a cada misionero y a cada misión, escuela y capilla en Calcuta y en sus arrabales, pasando horas enteras observando tanto a la gente como la predicación. Llegó a dos conclusiones: primera, que Calcuta debía ser su centro de trabajo misionero; y, segunda, que su modo de trabajar debía ser diferente de él, de todos sus predecesores. Con una sola excepción todos los misioneros se opusieron a sus conclusiones. La excepción era Carey, a quien no visitó hasta el mero fin de sus investigaciones. La entrevista es descrita así por el Dr. Smith: "Desembarcando frente al Colegio un día de los más calientes de julio, este natural de las montañas de Escocia, todavía rubio, ascendió con pasos firmes la escalera que conduce al más hermoso edificio moderno en el Asia. Volviéndose hacia la izquierda buscó la oficina de Carey en "la casa construida para ángeles", como dijo uno, por encontrarla tan sencilla -donde el más grande de los eruditos misioneros trabajaba todavía para la India. Allí vio a un viejito, pequeño de estatura y amarillo, con una chaqueta blanca, el cual se acercó tambaleante al visitante a quien había oído mentar con frecuencia, y que con las manos extendidas lo bendijo solemnemente. Un contemporáneo escribió poco después los renglones siguientes acerca de este humilde santo:

'Te traemos en el corazón-tú con pelo escaso y canoso, Y ojos que conocían tan bien el Libro de la vida, Y frente tranquila, coma solías pasearte En medio de tus flores-como Adán antes de su caída'.

El resultado de la conferencia fue una bendición doble; porque Carey podía hablar con el énfasis de un erudito que había creado el mejor Colegio que había en ese tiempo en el país, y de un natural que había predicado al pueblo en su propia lengua por la mitad de un siglo. El joven escocés le dejó con la aprobación de la única autoridad cuya opinión le valía más que la de ningún otro".

Últimamente había proseguido en la obra de la misión con ardor y esperanzas; pero al principio de 1833 les sobrevino un nuevo desastre. El tres de enero una de las grandes casas de comercio de Calcuta, suspendió pagos con obligaciones que pasaron de 3, 000,000 de libras esterlinas; y este desastre fue seguido de estruendo tras estruendo al Paso que caían las casas en bancarota, hasta que fueron sepultadas en sus ruinas 16,000,000 libras esterlinas. La catástrofe afectó todo Interés en la Presidencia. La misión de Serampore sufrió más que ningún otro por tener sus fondos Invertidos en casas que estaban en bancarota. En este aprieto, un amigo de corazón generoso, el señor Carrett, se adelantó para suplir sus necesidades Inmediatas; y cuando el estado de sus asuntos negó a conocerse en la Inglaterra, los amigos allí volvieron a socorrerlos en la emergencia, de modo que la misión de Serampore fue salvada, con sus dieciséis sumisiones y cuarenta y siete trabajadores. En la hora más oscura el anciano no vaciló en su convicción de que todo evento estaba "bajo el manejo de nuestro Señor Jesucristo, el cual es Señor de todo en la tierra y en el cielo" y así "esperaba plenamente el cumplimiento de todas las promesas"

Unos pocos extractos de cartas escritas durante los últimos años de su vida, mostrarán al hombre cómo estaba en su vejez. Refiriéndose a la enfermedad que siguió a su caída al salir del bote cuando llegó tan cerca de la muerte, dice: "No tenía gozo, ni tampoco temor a la muerte, ni repugnancia a ella; pero nunca antes había sido tan profundamente convencido del valor de la propiciación hecha por el Salvador como lo fui entonces. Solamente podía decir: 'Sin amparo miro a Ti', y adoptar el lenguaje del Salmo 51:1,2 el cual deseaba que fuese el texto del sermón en mis funerales. Por la providencia misericordiosa de Dios estoy restaurado de nuevo a mi trabajo y diariamente hago un poco, según me lo permiten mis fuerzas. . . Hay ahora muchos de otras denominaciones dedicándose al trabajo misionero, y tengo gusto en decir que todos trabajamos juntos". Al saber de la muerte del Dr. Ryland escribe: "Hay ahora en Inglaterra muy pocos ministros a quienes yo conocía. Fuller, Sutcliff, Pearce, Fawcett y Ryland, además de otros muchos a quienes conocía ya han ido a la gloria. Los de mi familia también, excepción hecha solamente de los que eran niños cuando yo partí de Inglaterra o los que han nacido después, todos han muerto menos solamente dos hermanas. En donde quiera que miro en la Inglaterra veo un vasto vacío; y si alguna vez volviera a visitar esa querida patria, tendría que hacer amigos todos nuevos. Yo, sin embargo, al dejar a Inglaterra, nunca pensaba volver, a menos que sucediera algo muy inesperado; y ahora estoy seguro de que no lo haré. Estoy plenamente convencido de que encontraría a muchos que me mostrarían la mayor bondad posible; pero mi corazón está enamorado de la India; y aunque soy de poca utilidad, tengo placer en hacer lo poco que puedo, y un interés muy profundo en el bien espiritual de este vasto país, sea quien fuera el instrumento de promoverlo".

Escribe a sus hermanas con fecha 5 de junio de 1830: "En el último año y medio he tenido una sucesión de ataques de fiebre que me han reducido mucho. . . Con frecuencia he pensado que el tiempo de mi partida está cercano; y creo, hasta donde puedo juzgar, que dejé mis intereses eternos a la misericordia de Dios por nuestro Señor Jesucristo. Sentí que había hecho una plena propiciación por el sacrificio que ofreció; y siendo que la vida eterna es prometida a todo aquel

que tres en él, podría esperar humildemente el tiempo cuando todos los que son aceptos en el Amado serán manifestados como perdonados y justificados y hechos aptos para participar de la suerte de los santos en luz”

A su hijo Jabes, en una carta "que iba con el fin principal de ser un recuerdo afectuoso de su cumpleaños” dice: "Hoy cumpla setenta años; soy un monumento de la misericordia y bondad divinas; y esto, no obstante que al hacer una revista de mi vida, encuentro mucho, muy mucho, por lo cual debo estar humillado hasta el polvo. Mis pecados directos y positivos son innumerables; mi negligencia en la obra del Señor ha sido grande no he promovido su causa y buscado su gloria y honra como debía haberlo hecho. No obstante todo, me ha perdonado la vida hasta este momento y me ha retenido en su trabajo. Parece ser acepto con él confío solamente en la sangre de Cristo; y espero firmemente que he sido recibido en el favor divino por él. Deseo estar más absolutamente dedicado a su servicio, más completamente santificado, y ejercitar más habitualmente todas las gracias cristianas, dando frutos de justicia a la alabanza y honra de aquel Salvador que dio su vida como sacrificio por el pecado. Por la bondad de Dios estoy ahora enteramente bueno; pero en los últimos tres meses he tenido cinco o seis ataques severos de fiebre, que me han debilitado mucho; en verdad opino que el tiempo de mi partida estará cerca; pero el tiempo lo dejo a Dios. Confío en que estoy listo para morir por la gracia de mi Señor Jesús; y espero el goce pleno de la sociedad de hombres y ángeles santos, y la plena visión de Dios para siempre jamás".

Casi dos años más tarde ascribe al mismo hijo: "Está tranquila mi mente. Me parece que nunca he tenido un sentimiento más profundo de mi propia culpabilidad, y la naturaleza mala de todos mis pecados, que lo que he tenido por algún tiempo; pero veo que el sacrificio propiciatorio de Cristo está perfecto y completo, que es acepto a Dios, y que es el motivo porque él me concede todas las bendiciones espirituales; y creo que confío en Cristo diariamente y de continuo que me reciba en su favor divino, que me perdone, justifique y renueve del todo mi naturaleza”.

Recobró sus fuerzas hasta el grado de poder, en la reunión mensual para oración, cuarenta años después de haberse dedicado al servicio misionero, hacer un discurso interesante a los amigos que se habían reunido, animándolos a que perseveraran en su trabajo. Se refirió particularmente a la propiciación de Cristo como la base en que es menester fundar todas nuestras esperanzas de éxito; a la condición degradada, pecaminosa y miserable en que yacía aún el mundo, con este motivo demandando con tanta instancia esfuerzos más enérgicos; a las promesas de Dios, que no sólo incluyen una provisión de todos los instrumentos y medios necesarios para llevar a cabo la obra, sino también aquella influencia de lo alto, la cual sólo puede asegurar el éxito; y concluyó exhortándolos a que no se desanimaran por las dificultades y decepciones, las cuales en verdad han de esperarse, pero pueden vencerse todas por la bendición de Dios.

La última carta que escribió a Inglaterra iba dirigida a sus hermanas, y es como sigue:

"Serampore, 8 de septiembre de 1833.

"Mis queridas hermanas:

"El que yo tenga fuerzas para escribiros ahora es muy inesperado de mi parte, y creo de parte de todos los demás. (En la carta previa, escrita dos meses antes, les había dicho: "Adiós, hasta que nos encontremos en el mundo mejor".) Pero parece ser la voluntad de Dios que yo continuara otro poquito de tiempo. Hasta cuándo he de quedarme, lo dejo enteramente a él, y sólo digo: 'Todos los días de mi milicia esperaré hasta que llegue la hora de mi relevo'. Hace dos meses o más que me vela reducido a un estado de debilidad tal, que parecía como si mi mente fuera extinguida; y tal fue la debilidad de mi cuerpo y la sensación de fatiga y agotamiento extremados, que apenas pude hablar, y me parecía que no sentiría la muerte más que el cambiarme de una silla a otra. Ahora puedo sentarme y acostarme en mi canapé y de vez en cuando leer una página de las pruebas de las Escrituras. Estoy demasiado débil para andar más que justamente de un lado al otro de la casa; y no puedo pararme, ni aun por unos minutos, sin que me sostengan.

Tengo todas las comodidades que amigos bondadosos pueden suplirme, y tengo por lo regular la mente tranquila. Confío en que el asunto de más Importancia está arreglado, y que estoy listo para partir; pero, en cuanto al tiempo, lo dejo a Dios.

Oct. 3. No estoy peor que cuando empecé esta carta.

Soy su muy afectuoso hermano, Guillermo Carey."

Había seguido trabajando en su escritorio hasta que se habían agotado sus fuerzas y el cansado cerebro no pudo mandar sus dedos; y ahora, cuando ya no pudo ir ni aun con peso vacilante a su querido jardín, fue llevado allí en una silla de ruedas. Su mente continuó perfectamente tranquila: "pare él lo esencial era que el evangelio es verdadero". En su extremada debilidad, cuando se extraviaban sus pensamientos, sin ser consciente de ello, exhibía la sencillez y sinceridad que había caracterizado toda su carrera. Todas las clases de la comunidad, sean nativos o europeas, manifestaron un Interés afectuoso en su condición. Lady Bentrick, esposa del Gobernador General, le visitó con frecuencia; el Obispo Wilson, de Calcuta, vino a pedirle su última bendición; los cristianos nativos nunca se olvidaron de orar por él. Por grados lentos su vide iba menguando, hasta que apenas se podía decir que respiraba.

Entre los que venían a verle, estaba Alejandro Duff, el misionero escocés. En una de las ocasiones últimas en que le vio -sino fuera justamente la última,- pasó algún tiempo hablando principalmente acerca de la vide misionera de Carey, hasta que al fin el moribundo dijo con voz apagada: "Ore". Duff se puso de rodillas, oró, y luego se despidió. Al salir del cuarto le pareció que oía una voz débil que pronunciaba su nombre, y volviendo la cabeza vio que fue en efecto llamado. Volvió a la cama y oyó estas palabras pronunciadas con una solemnidad bondadosa: "Señor Duff, usted ha hablado mucho acerca del Dr. Carey; Deseo que cuando yo haya partido no diga nada acerca del Dr. Carey, -Hable usted acerca del Salvador del Dr. Carey". Duff se fue reprimido y asombrado, con una lección en su corazón que nunca olvidé.

Hubo breves intervalos de restablecimiento cuando sus fuerzas parecían volver. Así fue cuando llegaron las noticias del proyecto de ley presentado en el Parlamento para la emancipación de los

esclavos de las Indias Occidentales; se llenó su corazón, y con lágrimas en los ojos bendijo a Dios, y propuso que se dieran gracias en todas sus reuniones.

Un mes o dos después -como dos días antes de su muerte- llegaron cartas de Inglaterra, dando noticias del nuevo interés que se sentía en la misión, del espíritu de oración que había sido despertado, y de las ofertas espontáneas y liberales que se traían. El señor Mack le comunicó las noticias suavemente y paso a paso, como se da el vino a los labios moribundos; sus fuerzas agotadas parecían volver y sus ojos brillaron con gratitud por la bondad manifestada así a la causa que amaba. El señor Leechman le vio poco después y relata cómo el anciano débil levantó sus manos temblorosas y con débil respiración expresó su gozo y agradecimiento a Dios. La última cuerda que vibró en su corazón fue de gratitud a Dios y a su pueblo por el favor mostrado a la India. Poco después empezó a extraviarse su mente, pero esto era lo principal en sus pensamientos Incoherentes.

Las puertas eternas fueron abiertas para él a la salida del sol el 9 de junio de 1834. Como dieciocho horas antes, Marshman, su hermano anciano y compañero en las tribulaciones y en el reino y paciencia de Jesucristo, se arrodilló y oró con mucha emoción al lado de su cama, bendiciendo a Dios por la bondad de más de cuarenta años; habiendo concluido, la señora Carey preguntó: "¿Sabes quién ha orado contigo?" "Sí, lo sé" repuso quedito el moribundo apretando la mano de su amado hermano. Así se separaron "a la hora de la tarde", para estar lejos el uno del otro sólo corto tiempo. Antes de que Marshman volviera, Carey había entrado en la eternidad.

Fue sepultado temprano la mañana siguiente en el cementerio de la misión, donde descansa ahora el polvo de casi tres generaciones de conversos nativos. Fue seguido al sepulcro por sus hermanos los misioneros, los cristianos nativos, tanto hombres como mujeres, el Gobernador danés y su esposa, y los miembros del Concilio, además de machos hombres prominentes de Calcuta. Lady Bentricks, esposa del Gobernador General, miró el cortejo desde Barrackpore al otro lado del río. La procesión se adelantó lentamente entre una multitud de naturales en cada lado del camino, entre musulmanes a indostanes, mientras la bandera danesa estaba a media seta. Llegados al sepulcro se unieron cantando el himno de la resurrección, que empieza:

¿Por qué lamentamos si marcha el hermano,
Por qué ante su tumba temblamos de horror,
Si todos creemos que vive su alma,
Y Cristo la estrecha en brazos de amor?

Marshman hizo el discurso diciendo lo que Dios había efectuado trayendo al Dr. Carey a la India, esforzándole para pacer una obra tan grande, conservándole durante tantos años, y al fin coronando su vida larga y laboriosa con un fin tan pacífico y bendito. Después de una oración por el señor Robinson, el polvo fue entregado a la tierra con lágrimas de pesar y de Bozo también, "en la esperanza segura y cierta de una resurrección bendita y una inmortalidad gloriosa". El servicio era muy solemne, y al alejarse nadie habló palabra.

El siguiente Día del Señor, el Dr. Marshman predicó el sermón fúnebre, en la iglesia cristiana nativa Johnnuggur, cantaron el himno bengalí "*Paetrah Krister morone*", "Salvación por la muerte de Cristo"; Pran Krisnu, el discípulo más anciano, oró; y Mack habló a la asamblea que le

escuchaba llorando, de las palabras, "Porque a la verdad David, habiendo servido en su edad a la voluntad de Dios, durmió".

El sepulcro está a la izquierda de la puerta de entrada del cementerio nativo cristiano. Está señalado con un bloque alto y cuadrado sostenido en cada esquina por columnas y con cúpula. En su lápida está esta inscripción:

WILLIAM CAREY,
Nacido: Agosto 17 de 1781,
Murió: Junio 9 de 1834.
"Un gusano miserable, pobre y desamparado,
En lo bondadoso brazo caigo".

No es necesario escribir más: cuando los muertos benditos descansan de sus trabajos, sus obras con ellos siguen, hasta la hora prometida del triunfo del Redentor:

"Cuando a tus pies han de yacer
Todo dominio, autoridad y poder,
Debajo del amplio cielo".
